



GRAMSCI

ANTONIO LEAL

GRAMSCI

ANTONIO LEAL

GRAMSCI
ANTONIO LEAL



Antonio Leal, Sociólogo, Doctor en Filosofía, Director del Magíster en Ciencia Política y Comunicación y del Diplomado en Ciencia Política y Nuevas Tecnologías de la Comunicación de la Universidad Mayor. Ha sido Diputado y Presidente de la Cámara de Diputados de Chile. Autor de libros y ensayos políticos y filosóficos, publicados en Italia y en Chile, entre los cuales destacan “George Luckács: La Ética de la Libertad”, “Gramsci: La Ciudad Futura”, “La Izquierda Después de Marx” “El Crepúsculo de la Política”, “Gramsci oltre Gramsci” y el libro que hoy se presenta en versión on-line “Gramsci” donde el autor revaloriza el pensamiento y aporte a la Ciencia Política del gran filósofo italiano, al cumplirse 121 años de su nacimiento.

INDICE

Introducción	6
--------------	---

Capítulo I

La Estrategia de los Consejos de Fábrica Democracia de base y asalto al Estado

1. La Revolución contra El Capital	26
2. El jacobinismo de Gramsci y el “Ordine Nuovo”	33
3. Bibliografía	47

Capítulo II

La Revolución en Occidente: de la Guerra de Maniobra a la Guerra de Posición

1. El Repensamiento de Gramsci y la Revolución en Occidente	50
2. Guerra de Posición y Primera Visión de la Hegemonía	58
3. Supremacía de la Política en la Transición	73
4. Bibliografía	80

Capítulo III

EL Horizonte Teórico de la Transición Hegemonía y Teoría Política

1. Gramsci y la Concepción del Bloque Histórico	84
2. Sociedad Civil y Sociedad Política Gnoseología de la Superestructura	92
3. Lenin y el Concepto de Hegemonía	110

4. Hegemonía y Extensión del Concepto de Estado en Gramsci	115
5. Hegemonía y Dictadura del Proletariado	133
6. El Anti estalinismo de Gramsci	141
7. Hegemonía, Dictadura, Democracia en Marx y Gramsci	148
8. Hegemonía y Pluralismo en Lenin y en Gramsci	154
9. Bibliografía	165

Capítulo IV

El Bloque de los Intelectuales y “El Moderno Príncipe”

1. Cultura y papel de los Intelectuales	172
2. Maquiavelo : “Príncipe Moderno” y Partido Revolucionario	191
3. Bibliografía	201

Capítulo V

Teorización del Fenómeno Fascista en Gramsci

1. Individualización del Fascismo en Italia	205
2. Gramsci y la lucha contra el Izquierdismo	208
3. Fenomenología del Fascismo	212
4. Disgregación del Bloque Fascista y Objetivos Democráticos del Proletariado	224
5. Bibliografía	231

A Modo de Conclusión 233

1. Bibliografía	255
-----------------	-----

INTRODUCCION

Hace 74 años muere, después de 11 años de rigurosa prisión, Antonio Gramsci, una de las figuras más relevantes del pensamiento político del siglo XX. El Tribunal Especial Fascista para la Defensa del Estado, lo condena a 20 años, 4 meses y 5 días de prisión, bajo la arenga del Fiscal Michele Isgró: “por veinte años debemos impedir a este cerebro que funcione”¹.

La vida de Gramsci fue trágica, no sólo por la cárcel y la destrucción gradual y dolorosa de su cuerpo, sino, también, por su enorme soledad privada y, especialmente, política, derivada, esta última, de una elaboración contracorriente, original, alternativa al marxismo-leninismo, - transformación que sufre el pensamiento de Marx con la elaboración de los marxistas rusos y, sobretodo, después de la muerte de Lenin- contraria, en sus fundamentos, a las concepciones estalinistas y a muchos pasajes de la política de la Internacional Comunista y que supera, en un nuevo tiempo y escenario, muchas de las propias tesis de Marx, especialmente en el ámbito de la política pura y de los fenómenos superestructurales.

El Gramsci de los Cuadernos de la Cárcel (2), es un teórico incómodo dentro del comunismo oficial.

Su marxismo, como el de Korsch (3) y el de Lukács (4), fue elaborado en el ámbito del renacimiento del hegelianismo, de la supremacía de la política y de la subjetividad y en crítica con las teorías del “objetivismo científico” que establecía la ineluctabilidad del cumplimiento de las “leyes históricas” y de las previsiones.

Ello fue posible porque, desde su génesis, el pensamiento de Gramsci no es fundativamente monocultural, sino que se sitúa en el ámbito de tres ases ideológicos principales, que en sí mismo le confieren originalidad creativa y lo ligan a lo más avanzado de la cultura contemporánea: el filón idealista –con Hegel, Croce, Gentile- , el filón revolucionario dialéctico –con Marx, Labriola y Lenin- el filón voluntarista –con Sorel y Bergson (5). Es decir, el marxismo de Gramsci recorre un camino propio, se entrelaza firmemente a la cuestión nacional, a la historia, que es releída en clave de filosofía de la práctica, y se liga con espíritu crítico a lo más avanzado de la cultura de su época.

De allí que los Cuadernos de la Cárcel se articulen a través de un estudio y un cronograma inédito: El Materialismo Histórico y la Filosofía de Benedetto Croce; en los Intelectuales y la Organización de la Cultura; el Resurgimiento; Notas sobre Maquiavelo, sobre la Política y el Estado Moderno; Literatura y Vida Nacional; Pasado y Presente (6); contenido de una investigación completamente atípica para un pensador político que sin embargo, a través de estas vertientes culturales reorganiza la estrategia de las transformaciones y las características de una nueva sociedad para el Occidente desarrollado.

De esta forma Gramsci se vincula críticamente a la cultura europea, en especial, al idealismo clásico italiano y al liberalismo, que ya incorporaba las conquistas democráticas, que Marx había conocido sólo incipientemente, analizando la historia de Italia, de Europa y el naciente modelo norteamericano de desarrollo del capitalismo moderno, y, a la vez, el capitalismo en una fase de su desarrollo 60 años después de El Capital de Marx⁷ y 30 años después de El Desarrollo del Capitalismo de Lenin en Rusia⁸.

Gramsci tuvo a su alcance un material teórico e histórico muy superior al de Marx y pudo verificar, en la práctica, los límites de algunas de las tesis de los creadores del “socialismo científico” y pudo cambiar el significado de otras a la luz de los nuevos acontecimientos y de su investigación histórica.

Ciertamente, el mundo de Gramsci, no era ni el de la guerra civil en Francia, ni el de la comuna de París, ni el del triunfo social demócrata alemán en las elecciones de fin de siglo, que determinaron, en gran medida, las diversas fases de la reflexión de Marx y de Engels sobre el Estado. No era, tampoco, el clima insurreccional de la Revolución de Octubre, ni el de la guerra civil y de las tareas de la Nueva Economía Política rusa, como tampoco el de un Estado milenariamente totalitario, como el del zarismo, por el cual no había pasado, ni pasaría durante los 70 años del comunismo soviético, ni la Revolución Francesa, ni las conquistas, valores, principios y formas de organización de la democracia representativa.

Gramsci comprende, ya antes de la elaboración de los Cuadernos de la Cárcel, que el camino de los soviets, en Europa Occidental, era inviable y que la Revolución y la idea misma del socialismo debían situarse en el desarrollo de la sociedad civil y el paso de las contradicciones que se dan en la esfera de la estructura a una sede más compleja y articulada: el bloque histórico.

El joven Gramsci, en su primer aprendizaje filosófico, recibe, sin duda, el impacto cultural, a su llegada como estudiante de filología en Turín, de la utopía liberal y comienza una búsqueda intelectual que lo lleva al marxismo pero recorriendo el hegenialismo antipositivista de Croce⁹ y Gentile¹⁰, del voluntarismo ético de Bergson¹¹, de los valores de la razón de Rolland¹² y del sindicalismo antideterminista de Sorel¹³. Este recorrido del joven Gramsci acompañará su elaboración madura de los Cuadernos de la Cárcel en prisión,

Gramsci que como veremos impulsó en 1919, en homología a los soviets rusos e inspirado en las esperanzas que abría la Revolución de Octubre, la creación de los “Consejos de Fábrica”, que conmovió las fábricas de Turín y del Norte de Italia durante el período del “bienio rosso”, comprendió tempranamente que después de la derrota de los tentativos revolucionarios en Alemania, Baviera, Austria, Hungría, la Revolución Rusa, no obstante su impacto mundial, era una situación particular, que de ninguna manera podía convertirse en un modelo y que era necesario repartir desde el Occidente para configurar una nueva estrategia que valorizara las peculiaridades y la historia de cada nación, la cultura, la dimensión ético-espiritual, el individuo, la continuidad del conocimiento, de la historia y la discontinuidad que implicaba la configuración de las transformaciones.

Todo ello, comportaba, no sólo una visión alternativa a la del leninismo y de la experiencia rusa, sino además, el enriquecimiento y la superación del marxismo, al menos en la parte más determinista del historicismo de Marx y de sus seguidores en el ámbito de la estrategia revolucionaria, y la redefinición y creación de un horizonte teórico nuevo capaz de indagar, ya no sólo en la fase del ascenso del movimiento obrero y de la crisis del capitalismo, sino, también, y muy especialmente, en este nuevo fenómeno llamado fascismo y en la nueva fase expansiva del capitalismo determinadas por el Fordismo y el Taylorismo¹⁴ en Estados Unidos, que Gramsci apreció como el elemento más progresivo de la economía y que le llevó a pensar, como una de sus más agudas intuiciones, que era el “Americanismo” y no la economía de guerra estatal de Stalin lo que definiría el futuro productivo y tecnológico de la humanidad.

Es así, entonces, que mientras la Internacional Comunista teorizaba sobre el social-fascismo, Gramsci proponía para Italia la Asamblea Democrática

Constituyente como la salida al fascismo; mientras la Internacional Comunista hablaba en los años 20 de la crisis global y definitiva del capitalismo y de la inminencia del socialismo, Gramsci hablaba de una nueva fase de expansión capitalista y de la necesidad de preparar al movimiento obrero para operar en las nuevas y “complejas trincheras” de la ideología y de la cultura y veía como signo de progreso la racionalización de la industria norteamericana.

Mientras la Internacional Comunista, en una larga fase, impulsaba el asalto al poder, la instalación de la dictadura del proletariado y la violencia como método, Gramsci hablaba de construir la hegemonía del sujeto histórico para acceder a la sociedad civil y al Estado a través del consenso y de las mayorías; mientras la Internacional Comunista ubicaba todos los fenómenos de la vida humana en el ámbito de las clases y transformaba las necesidades políticas en razones éticas, Gramsci elaboraba una idea de transformación que liga estrechamente, ética y política en la dimensión de un moderno universo social.

Sin embargo, su vecindad política con Lenin y su aguda polémica con la socialdemocracia, impidió que Gramsci pudiera apreciar la elaboración que desarrollaban los teóricos de la II Internacional, y especialmente de Kautsky¹⁵, el principal teórico de ella. Massimo Salvatori en “Kautsky e la Rivoluzione Socialista”¹⁶, sostiene que tanto Gramsci como Kautsky coincidían en la valorización de las condiciones democráticas para alcanzar el socialismo. Sin embargo, la fuerte crítica de Lenin en el “Renegado Kautsky...”¹⁷ y la división comunista con el socialismo italiano hizo que Gramsci no se ocupara de las tesis del marxista alemán aún cuando existían importantes reflexiones que los acomunaban. La verdadera interlocutora alemana de Gramsci fue Rosa Luxemburgo aún cuando el pensador sardo

mantuvo una permanente valoración respecto de ella pero, también, una tenaz crítica a lo que consideraba sus posturas extremistas.

Kautsky planteó la teoría de la supremacía de la clase obrera, renunciando explícitamente al concepto de dictadura del proletariado explicado como una formulación de Marx que no implicaba una forma de gobierno sino, más bien, decía Kautsky, a un estado de cosas. Kautsky reemplazó dictadura del proletariado por supremacía o dominio del proletariado, se apoyó en las formas más abiertas de la elaboración de Marx, y sostuvo que el Estado no se destruía, como planteaba Lenin, sino que cambiaba su contenido, se vaciaba su contenido burgués y se utilizaba de otro modo. El sostenía la tesis del desgaste de la supremacía de la burguesía y rechazaba la vía insurreccional y el asalto al poder 18.

Kautsky y la socialdemocracia no adhirió y fue crítico de la revolución bolchevique ya que esta liquidaba la democracia y el pluralismo y transformaba la dictadura del proletariado por la dictadura de un partido. La elaboración de Kautsky llevó a la socialdemocracia alemana plenamente a la democracia, al Estado de Derecho, a la lucha parlamentaria y se diferenció completamente de aquella de la Internacional Comunista.

Sin embargo, entre la elaboración de la estrategia revolucionaria para occidente de Gramsci y la Teoría de la Supremacía Política de Kautsky habían vasos comunicantes importantes que la división entre ambos sectores impidió que se juntaran en una visión que habría servido a Gramsci para avanzar plenamente en una estrategia democrática del socialismo y no en las dos fases en que el estructuró su pensamiento.

La investigación que Gramsci lleva adelante desde la cárcel está determinada por un paulatino desapego a la experiencia rusa, ajena a la cultura europea, y por su fuerte contradicción con el autoritarismo de Stalin cuyo régimen era considerado por Gramsci ya en 1929, como “cesarista regresivo” calificativo que también usaba para nominar nada menos que al régimen de Mussolini¹⁹. Es decir, percibía nítidamente la regresividad de Stalin²⁰ que conducía la experiencia socialista a un fracaso inevitable, mucho antes que los mayores intelectuales europeos lograran siquiera imaginarse la dimensión de la transformación totalitaria que produciría el dictador comunista georgiano.

Los Cuadernos 21 y las Cartas de la Cárcel 22 entregan no sólo formas útiles o abiertas de preocupación respecto de lo que ocurría en la URSS, sino además, un método interpretativo sobre el estalinismo.

Gramsci nunca nombra a Stalin directamente, más bien el aborda las raíces del estalinismo y, con su elaboración, busca contrarrestar no solo la influencia, que consideraba nefasta, del estalinismo en la teoría marxista sino, más en general, la elaboración determinista, religiosa, de Bujarin²³ y de los manualistas rusos que codificaron el marxismo.

Señalaba que la exacerbación del “estatismo” en lo político y en lo económico sólo conduciría a una creciente concentración del poder, a un Estado de funcionarios “elemental, pobre y autoritario” cuyas características estaban más ligadas al viejo Estado zarista que al Estado expansivo que el capitalismo creaba en occidente.

De igual manera, en el período, formuló una dura crítica a los rudimentarios y sesgados métodos de la planificación económica del socialismo que

inspirados en los economistas oficiales, Lapidau²⁴ y Ostrovitranov²⁵, se llevaban adelante, produciendo la colectivización forzada del campo, las grandes migraciones de pueblos enteros que Stalin trasladó brutalmente y el exceso de planificación económica centralizada que a partir de ese momento caracterizó no sólo la experiencia rusa sino toda la vida de los “comunismos reales” que se desplomaron a partir del 89.

La elaboración de Gramsci fue considerada tan lejana al marxismo “oficial” que este comenzó a ser estudiado en la URSS solo con el advenimiento al poder de Gorbaciov²⁶. Habían pasado casi 70 desde la Revolución de Octubre antes que se reconociera el aporte de Gramsci en el centro del comunismo mundial.

Hay que tener claro que Gramsci, era y lo fue siempre, un pensador marxista, que estudió a Marx en la universalidad de su pensamiento y asociado a la historia que a este le tocó vivir.

El perteneció al núcleo de los pensadores más abiertos de la “belle époque” del marxismo y compartió, con énfasis, tiempos y realidades diversas, con Lukacs y Rosa Luxemburgo, altos niveles de autonomía y de elaboración que se diferenciaron definitivamente del marxismo-leninismo que se transformó en la doctrina oficial de los partidos comunistas de todo el mundo.

Su elaboración se inscribe en la corriente que coloca de relieve el factor de la subjetividad, de la espiritualidad, de la ética, de la estética, estableciendo un nuevo nexo entre sujeto y objeto, entre medio y fin, que permite descubrir en ellos profundas categorías que nunca fueron parte de la tradición marxista clásica: solidaridad, rechazo a la indiferencia, catarsis, eticidad,

valor de la cultura nacional en la configuración de la estrategia, entre otros conceptos nuevos y perdurables en el tiempo.

Tal vez una sola cita de Rosa Luxemburgo permita graficar la lejanía de reflexión de estos pensadores con la experiencia que por 70 años fue el modelo socialista mundial. Ella escribe en 1919, a escasos dos años de la instalación del poder ruso y aún vivo Lenin, desde la Cárcel de Breslau donde es asesinada ese mismo año: “Una privación de derechos que no es una medida concreta para un objetivo concreto sino una regla general de efecto duradero, es una improvisación de un camino sin salida...la libertad no es producto de ningún concepto fanático de justicia, sino que se debe a que todo lo instructivo, integral y purificador en la libertad política depende de esa característica esencial y su efectividad se esfuma cuando la libertad se convierte en un privilegio”²⁷

Estas expresiones de Rosa Luxemburgo coinciden netamente con las que Gramsci expresa en su Carta al Comité Central del Partido Comunista de la URSS²⁸.

Esto muestra no sólo el coraje intelectual de Gramsci, sino su capacidad de visión política que le permitió diferenciarse radicalmente de ese marxismo y crear una nueva visión dentro del marxismo, en buena medida más allá de él, y un nuevo léxico de la política.

Muchos estudiosos han calificado a Gramsci, Bobbio²⁹ entre ellos, como el **“teórico de la superestructura”**. Como veremos esta calificación es útil pero reductiva ya que Gramsci es el teórico del bloque histórico y siempre subraya el significado de la interrelación entre ambas esferas, es más se siente incómodo en esta definición, va mas allá y establece que el propio

proceso productivo es necesario enmarcarlo no solo en la visión de la economía sino también en el de la filosofía de la praxis. Dicho esto, lo cierto es que Gramsci reconceptualiza y reubica formulaciones filosóficas y políticas anteriores para determinar un nuevo escenario cultural.

Desde el punto de vista metodológico, Gramsci supera una forma de aproximarse a los problemas que fue típica de una parte de la izquierda: ver la realidad filtrada por un conjunto de pre-supuestos más que como un proceso de descubrimiento de las novedades. Gramsci es un crítico implacable de las tesis preconstituídas, de los “objetivismos” y de los “determinismos” económicos que caracterizaron una parte importante de la elaboración del marxismo clásico.

El busca desentrañar el saber, el conocimiento, a partir de los procesos y de las complejidades analíticas que detrás de ellos se encierran. Pero, además, busca establecer la supremacía de la razón para comprender la conflictualidad, las contradicciones, los aspectos globales, la visión de conjunto de los fenómenos y su proyección, la nacionalización de los procesos que apunta a la creación de una voluntad colectiva como base de la hegemonía en sus diversas fases, que es justamente lo que permite pensar la “gran política” que es el verdadero objetivo filosófico de Gramsci.

Son notorias la novedad y la flexibilidad de los instrumentos en las categorías gramscianas y la forma no definitiva con que cada uno de ellas son presentados por Gramsci.

Hay núcleos del pensamiento de Gramsci, como bien lo subraya Giuseppe Normanno³⁰, que se transforman en un patrimonio no solo del marxismo

y de la cultura política italiana, sino del pensamiento político en general y que constituyen una parte esencial de lo que presentaré en este trabajo.

El primero está constituido por la dialéctica entre estructura y superestructura, por la importancia de las culturas nacionales, por la fuerza de la subjetividad colectiva, por la acción política de las masas. La segunda, está constituido por la supremacía de la política y por la constitución de los subalternos como fuerza no solo dominante sino dirigente. Nace la valoración de la irrupción de las masas en la historia que se transforman en protagonistas de la construcción de lo nuevo. El tercer núcleo es la constitución de una nueva visión, no catastrofista, de las crisis endógenas del capitalismo y de sus eventuales salidas.

Todo ello, y la posterior elaboración de sus dirigentes e intelectuales, permitió al Partido Comunista Italiano transformarse en la mayor fuerza comunista y en gran parte de la izquierda mundial, ya que la visión realista de Gramsci, contraria al espontaneísmo como al verticismo monolítico y burocrático, ha permeado su devenir político, intelectual y la elaboración de su estrategia democrática en el curso de los decenios posteriores.

El marxismo de Gramsci no es solo previsión morfológica o un instrumento de análisis económico del cual derivan el resto del aparataje ideológico, sino que es la asunción moral, la voluntad colectiva de la acción, sin la cual el marxismo de los primeros decenios del siglo XX corría el riesgo de devenir en pura metafísica. La categoría ética se transforma en Gramsci en un imperativo categórico de la construcción de la hegemonía.

Otro aspecto que subyace en este trabajo dentro de la originalidad del pensamiento gramsciano será su realismo historicista como una visión in-

tegral de la vida y de la política ubicada en una consideración de los procesos singulares, nacionales, en los cuales las clases subalternas construyen su hegemonía. Esto permite a Gramsci superar sea una metafísica espiritualista, derivada esencialmente del idealismo de Hegel y de Croce, que la metafísica materialista que construye un principio dialéctico apoyado solo en los principios materiales.

Por ello es que el realismo histórico de Gramsci, en los Cuadernos, se liga a Maquiavelo, a su consideración de la autonomía de la política e introduce las consideraciones del florentino dentro de su filosofía de la práctica inspirada en Marx, lo cual se constituye en una inspiración en la creación de la concepción del bloque histórico. Es la ética, a su vez, lo que permite a Gramsci, en esta proficua relación teórica con Maquiavelo, no subsumirse solo en la política como táctica en la configuración de su estrategia.

Es, como veremos, la polémica con el antipositivismo lo que impulsa a Gramsci a concebir la realidad, sea natural que política, como continuamente modificable por la cultura, por la voluntad, por la conciencia, por la acción, lo cual permite colocar la subjetividad en el centro de la elaboración gramsciana.

Pero, además, es evidente que su incursionar prevalentemente en la superestructura, en los fenómenos de la cultura, de los aparatos ideológicos y de la espiritualidad de la sociedad, tiene que ver con el hecho de que para Gramsci el socialismo como objetivo histórico es mucho más que un sistema económico o político; es antes que nada, un valor moral profundamente liberador.

Por ello la visión sobre la ideología deja de ser en Gramsci un factor negativo o neutro y se transforma en un factor positivo. Es el propio Gramsci quien señala “que un potencial error en la consideración del valor de las ideologías se debe al hecho de que se da el nombre de ideología tanto a la superestructura necesaria de una determinada estructura como a las elucubraciones arbitrarias de determinados individuos. El sentido peyorativo de la palabra se ha hecho extensivo, y eso ha modificado y desnaturalizado el análisis teórico del concepto de ideología”³¹. Sobrepasa, por tanto, una visión reduccionista y economicista del término, en tanto pura especulación incapaz de cambiar la estructura, y deja con ello de ser una mera apariencia para convertirse en un factor esencial de una estrategia revolucionaria.

Esto permite a Gramsci, como lo analizaremos en este trabajo, ligar la ideología, la voluntad subjetiva que de ella surge a partir de la asimilación de la filosofía de la práctica, con la hegemonía e instalar los elementos intelectuales y morales, y no principalmente la fuerza, en el centro de su estrategia política para occidente.

Como lo dice el propio Gramsci y aquí se resume toda su visión del rol positivo de la ideología en la construcción y permanencia de la hegemonía, cuestión clave y original de su elaboración, “ un grupo social puede, y en verdad debe, ya ejercer “liderazgo” antes de ganar el poder de gobierno (esta es en verdad una de las condiciones principales para ganar tal poder),subsecuentemente llega a ser dominante cuando ejerce el poder, pero aún si lo tiene firme en sus manos ,debe también continuar liderando”, por tanto ejerciendo hegemonía ideológica y ética, es decir un nuevo tipo de dominación consensual.³²

Es en este punto en que en este trabajo insertamos el rol de los intelectuales a los cuales Gramsci dedica una importancia desconocida en el marxismo clásico. Bien lo subraya el sociólogo Jorge Larraín “la filosofía de la praxis fue desarrollada por los intelectuales, como todas las concepciones del mundo, pero es necesario hacer tres modificaciones. Primero, el intelectual orgánico es creado como tal por la clase y no puede haber una distinción absoluta entre intelectuales y no intelectuales. Segundo, no se trata de introducir desde el principio una ciencia creada separadamente sino que de renovar y hacer crítica una actividad que ya existe. En otras palabras, la filosofía de la praxis no constituye una conciencia absolutamente deficiente sino que reconoce y expresa una voluntad colectiva, una orientación que está ya presente en la clase. Tercero, la filosofía de la praxis, la ideología proletaria puede ser vivida como una fé y como un buen sentido que es informado por elementos filosóficos fragmentarios” 33

Esta afirmaciones son importantes y coinciden con la presentación que hacemos de estos temas en este trabajo. Destaca el rol de los intelectuales en la formación de la ideología proletaria y vemos como para Gramsci todos son intelectuales aún cuando no todos ejercen esta función; filosofía de la praxis como fe o como buen sentido, como señala Jorge Larraín, es decir, el proletariado nutre su conciencia de la filosofía de la praxis pero ella está mezclada con el sentido común preexistente y, por tanto, si bien ello contribuye a su recepción, a la vez, la hace imperfecta a raíz de esta mediación.

Hay una contaminación de la propia filosofía de la praxis puesto que ella misma es fruto de la historia y se mezcla con las costumbres, los sentidos comunes, hasta construir una voluntad colectiva nacional y popular, que es el objetivo de la hegemonía.

La elaboración de Gramsci permite liberar a la ideología como fe. Gramsci busca crear militantes y revolucionarios conscientes y no creyentes, que ven en la propia filosofía de la praxis una concepción no inmutable sino inmersa en la historia y por tanto susceptible de permanentes cambios. Esto significa, después de la Revolución Rusa y de su impacto teórico, volver al estado laical el marxismo y en verdad toda la elaboración de Gramsci está marcada por este esfuerzo.

En esta perspectiva se coloca este trabajo, discernir sobre la originalidad de Gramsci y de su elaboración, de la forma como este coloca caminado de pié el marxismo después de su paso “ruso” y lo traslada a occidente, aprendiendo, cotejándose y diferenciándose con lo que surge de la Revolución de Octubre y creando o reinterpretando un conjunto de categorías políticas y filosóficas, un verdadero léxico gramsciano, que engloban los conceptos de bloque histórico, sociedad civil, hegemonía, guerra de posicionamiento, intelectuales orgánicos y tradicionales, fascismo, revolución pasiva, catarsis, moderno príncipe y muchos otros términos con los cuales Gramsci construye una verdadera ciencia política y una teoría del estado, de la superestructura, completamente nueva dentro del marxismo y mas allá de él.

He decidido titular este trabajo como “Supremacía de la Política en Antonio Gramsci” porque creo que ésta idea fuerza resume mejor que ninguna el aporte del gran pensador sardo a la filosofía de la praxis y a la política. Ciertamente, Aristóteles³⁴ y Maquiavelo³⁵, liberan la política y Gramsci repite en su obra la expresión del filósofo griego del hombre como “animal político”. Para Aristóteles, que visualizó y determinó antes que nadie la autonomía de la política, la politicidad era natural – pasiva. Para Gramsci, más de dos milenios después, el hombre es esencialmente político porque en “la actividad para transformar y dirigir conscientemente a los demás hom-

bres realiza su “humanidad”, su “naturaleza humana”. 36 Creo que este pensamiento de Gramsci lo dice todo respecto del peso de la subjetividad humana, de la construcción de identidad y de la realización personal ligada a las transformaciones sociales y políticas.

BIBLIOGRAFIA DE AUTORES CITADOS Y MENCIONADOS

1. Isgró Nichele, en Gramsci dopo Gramsci, Capone Editori, Lecce, 1986, pag. 97
2. Vease en Gramsci dopo Gramsci, Capone Editori, Lecce, 1986, pag. 204
3. Vease en Gramsci dopo Gramsci, Capone Editori, Lecce, 1986, pag. 74
4. Lukács G, L' Uomo e la Democrazia, Lucarini, Roma, 1977
5. Vease en Gramsci dopo Gramsci di Normanno, Capone Editori, 1986, pag. 7
6. Vease en Quaderni del Carcere, Einaudi, Turin, 1977
7. Vease Marx Karl, Riuniti, Roma, 1964
8. Vease Lenin Vladimir, Riuniti, Roma, 1960
9. Vease in Gramsci A, Il Materialismo Storico e la Fil de Benedetto Croce, Riuniti, Roma, 1971
10. Vease Gramsci dopo Gramsci di Normanno, Capone Editori, Lecce, 1986
11. Vease in Invito G. Le filosofie italiana attraverso le Riviste, Milella, Lecce, pag. 194
12. Vease in Invito G "Le Filosofie..." Milella, Lecce, pag. 224
13. Vease Santonastaso G. George Sorel, Laterza, Bari, 1932
14. Vease Americanismo e Fordismo, Universale Economico, Milano, 1950
15. Kautsky K, Etica y Concepción Materialista de la Historia, Cuadernos Pasado y Presente, 1975, pag. 133
16. Vease Salvatori Massimo, Kautsky e la Rivoluzione Socialista, Einaudi, Torino, 1987
17. Vease Lenin Vladimir, Rinegato Kautsky, Riuniti, Roma, 1972
18. Vease Kautsky K, La Nuova Italia, La Strada del Potere, Firenze, 1985
19. Vease Gramsci Antonio, Sul Fascismo, Riuniti, Roma, 1974
20. Vease Oltre Gramsci con Gramsci, Critica Marxista, Riuniti, Roma, Mayo 1987

21. Vease en Quaderni del Carcere, Einaudi, Turin, 1977
22. Vease Lettere del Carcere, Einaudi, Torino, 1975
23. Vease bujarin N Saggio di Materialismo Storico, La Nuova Italia, Firenze , 1977
24. Vease, en Gramsci dopo Gramsci, Capone E.,Lecce, 1986
25. Vease en Gramsci dopo Gramsci, Capone E, Lecce,1986
26. Gorbachov M. Proposte para una svolta, Riuniti, Roma, 1986
27. Luxemburgo Rosa, Scritti Politici, Riuniti, Roma, 1967, pag 86
28. Vease Gramsci Antonio, Garin E, Gramsci, Il Movimento Operaio, Riuniti, Roma,1976
29. Vease Bobbio Norberto, Politica e Cultura, Einaudi, Torino, 1982
30. Vease en Gramsci dopo Gramsci, Capone E, Lecce, 1986
31. Larraín Jorge, El Concepto de Ideología, LOM, Santiago, 2008, pag 106
32. Gramsci Antonio, en Larraín Jorge, El Concepto de Ideología, LOM, Santiago, 2008, página 121
33. Larraín Jorge, El Concepto de Ideología, LOM, Santiago, 2008, página 121,
34. Vease Gramsci dopo Gramsci, di Normanno, Capone Editori, Lecce, 1986
35. Vease Gramsci Antonio, Notte sul Machiavelli, Riuniti, Roma, 1974
36. Gramsci Antonio, Pensamiento de Gramsci, Salemi, Roma, 1987, página 40

CAPITULO I

La Estrategia de los consejos de fábrica,
democracia de base y asalto al estado.

CAPITULO I

LA ESTRATEGIA DE LOS CONSEJOS DE FABRICA, DEMOCRACIA DE BASE Y ASALTO AL ESTADO

1. La Revolución contra El Capital

En Noviembre de 1917, a pocas semanas del estallido de la Revolución Rusa, Gramsci publicó un artículo con un título problemático: **“La Revolución contra El Capital”**.

El Capital –dice Gramsci –“era la demostración crítica de la fatal necesidad de que en Rusia se formara una burguesía, empezara una Era capitalista, se instaurase una civilización de tipo occidental, antes de que el proletariado pudiera pensar siquiera en su ofensiva, en sus reivindicaciones de clase, en su revolución. Los hechos han superado las ideologías. Los hechos han provocado la explosión de los esquemas críticos en cuyo marco la historia de Rusia habría tenido que desarrollarse según los cánones del materialismo histórico”¹.

Gramsci veía la Revolución Rusa como el resultado de la voluntad política, de la conciencia y del surgimiento de nuevos valores éticos que, engendrados en el movimiento obrero, habían permitido superar los límites objetivos del proceso.

El elemento subjetivo de la transición aparece como primer gran momento de novedad política y teórica respecto a la época de Marx.

Pero se trataba también de una crítica a algunas afirmaciones de Marx, que consideraba contaminadas con tendencias positivistas y naturalistas. En esta visión, y en una cierta indiferencia del joven Gramsci, por el análisis de la dialéctica de la estructura y su impacto en la formación económica y social, pesa su origen y las influencias –sobre todo en Francia e Italia– del clima neoidealista de los primeros decenios de 1900.

En su descubrimiento del marxismo, y mediatizado por la cultura italiana, este camino recorrido le permitió rescatar sobre todo la importancia de los factores intelectuales y nacionales, del elemento subjetivo, su contenido ético, a la vez como meta y como instrumento moral de la acción revolucionaria del proletariado. En Gramsci se subraya el valor del espíritu humano que es creador de nuevos valores intelectuales, morales, sociales y políticos, fuente de la propia praxis humana.

Volviendo a Marx, es cierto que *El Capital*, al analizar las estructuras económicas y políticas, prefigura como lo más factible el estallido de un proceso revolucionario en Alemania, Inglaterra o Francia, es decir, en los países más industrializados y donde la clase obrera había alcanzado niveles de organización y experiencia política más significativos.

En otro texto de Marx, que el joven Gramsci no conoció en el momento de su primera visión de la Revolución Rusa, se observa cómo en su autor estaba presente, como excepción, la superación de la normalidad de la lucha de clases a través de crisis y saltos revolucionarios, producto de la maduración de la voluntad colectiva. Haciendo referencia a la posibilidad de la revolución en Rusia, en su carta a la redacción de *Otietchestveni Sapiski*, Marx afirmaba: “Así, pues, acontecimientos de llamativa analogía, pero desarrollados en diferentes medios históricos, desembarcaron en resultados

completamente diferentes. Si se estudia cada uno de esos procesos por sí mismo y luego se compara con otros, se encuentra la clave del fenómeno. Pero nunca se conseguirá abrir sus puertas con la ganzúa de una teoría histórico filosófica general, cuya excelencia consiste en ser suprahistórica”2.

En el prólogo a la segunda edición rusa del Manifiesto, de 1882, que aún cuando fue escrito por Engels, Marx lo compartió plenamente, se dice: “Si la Revolución Rusa servirá de señal a una revolución obrera en Occidente de manera que entre ambas se completen, la actual propiedad comunal rusa podrá servir como punto de partida para una revolución comunista”3.

Ciertamente, de acuerdo con las ideas de Marx y Engels, no se trataba de una revolución proletaria sino del desarrollo de un 1789 campesino-jacobino-populista.

La Segunda Internacional construyó su estrategia política basándose en lo expresado por Marx, quien señalaba que incluso cuando una sociedad ha logrado entrever la ley de la naturaleza del propio movimiento, no puede saltarse o eliminar por decreto las fases naturales de su desenvolvimiento.

Gramsci percibió la Revolución Rusa como un hecho filosófico, como filosofía de la praxis. En ella, el paso del reino de la necesidad al de la libertad se produce a través de dos factores: la toma de conciencia colectiva y la voluntad revolucionaria, “que se han movido al unísono, de manera mecánica primero, y activa y espiritual después de la primera revolución”4.

A partir de marzo de 1924, en la tercera serie de *Ordine Nuovo*, Gramsci profundizaría su concepto de jacobinismo, en estrecha relación con la concepción y la praxis de la hegemonía del proletariado. Los soviets constitu-

yen el elemento fundamental de la Revolución Rusa, en tanto preparan a las masas para una participación cada vez más amplia y profunda en el poder.

La apreciación de los soviets como democracia de base fue lo que en Gramsci determinó la idea de la transitoriedad de la dictadura del nuevo poder y de su ejercicio en plena mediación con las grandes masas que recién se asomaban a la historia. Percibía los soviets como una forma de democracia revolucionaria llevada a la fábrica, a la producción; como un gobierno y una democracia de productores. En esta fase de su pensamiento, el soviet aparece como el lugar de superación de la dictadura.

Al menos en parte, Gramsci preveía las enormes dificultades por las que atravesaría la Revolución Rusa en el poder, señalando que ésta no debía considerarse la instauración del “paraíso en la tierra”, paradigma ideal de la felicidad socialista, sino el inicio de un “colectivismo de la miseria y los sufrimientos”, ya que para introducir el colectivismo en un país es necesario que éste haya logrado niveles de madurez y desarrollo económico suficientes, que por cierto la Rusia zarista no había alcanzado.

Y añadía: “Son los propios revolucionarios quienes deberán crear las condiciones necesarias para la realización completa y plena de sus ideales”. En otras palabras, nuevamente consideraba que la voluntad y la conciencia eran el terreno donde las masas podrían enfrentar y resolver las dificultades, extender la democracia haciendo desaparecer los factores coercitivos, dejando gráficamente en la sombra el problema del Estado y estableciendo una relación extremadamente simple entre dictadura y libertad. “El soviet dará vida a una organización de la libertad de todos y para todos, que no tendrá un carácter definitivo sino que será una búsqueda continua de formas nuevas, de relaciones nuevas, que siempre se adecuarán a las necesidades de

los hombres y de los grupos para que todas las iniciativas sean útiles y todas las libertades tuteladas, con la condición de que no sean de privilegio”.

Lo mismo que en Lenin, en la reflexión de los marxistas revolucionarios europeos estaba presente de manera determinante la experiencia de la Comuna de París, donde se encontraba el fundamento de los soviets de la Revolución de Octubre.

En La Comuna, Estado proletario, Marx señalaba: “He aquí el verdadero secreto de la Comuna: era, por sobre todo, un gobierno de la clase obrera, el resultado de la lucha entre la clase que produce y la clase que se apropia de los productos, la forma política, al fin descubierta, donde era posible realizar la emancipación del trabajo”⁵.

Como Lenin, Gramsci estableció claramente la continuidad histórica y la identidad de valores entre la Comuna y los soviets, señalando: “El obrero forma parte de la sociedad como productor, es decir, como consecuencia de su carácter universal, de su posición y su función en ella, lo mismo que el ciudadano forma parte del Estado democrático parlamentario”⁶. En Gramsci, y en otros intelectuales revolucionarios, la Comuna aparece como la antítesis del Estado, como el antigobierno directo de los productores, como la democracia de base que no requiere una estructura burocrática jurídico militar.

Lenin, en su calidad de líder de una revolución, tuvo diversas necesidades teóricas y prácticas, entre otras, el asalto insurreccional al poder y luego la defensa de la revolución transformada en poder. Por ello, para él la Comuna aparece no sólo como el antecedente histórico de los soviets, sino como la base social de la dictadura del proletariado.

Lo anterior tiene gran importancia para entender, en el concepto de Lenin y de la ideología que derivó de la Revolución de Octubre, las diferentes articulaciones de masas y de participación obrera en las decisiones del poder revolucionario transformado en dictadura del proletariado y en Estado. Lenin establece su concepción en los términos siguientes: “Había que encontrar la forma práctica que permitiera al proletariado ejercer su Dominio. Esa forma es el régimen de los soviets con la dictadura del proletariado. Hasta hace poco, esas palabras sonaban a “latín” en los oídos de las masas, pero ahora, gracias al sistema de los soviets, ese latín se ha traducido a todas las lenguas modernas: las masas populares han encontrado la forma práctica de la dictadura proletaria. Y ésta se ha hecho inteligible para la gran masa de obreros, gracias al poder de los soviets en Rusia, a los espartaquistas en Alemania y a las organizaciones análogas en otros países, como el “Shop Stewards Committees” (Comité de Delegados de Fábrica), en Inglaterra”⁶. Y más adelante, subraya: “El regimen de los soviets con la dictadura del proletariado, que por su esencia es el medio más adecuado para acercar a las masas trabajadoras al Estado”⁷.

En la primera visión gramsciana había elementos de espontaneísmo, de sobrevaloración de las posibilidades del poder obrero, de subestimación de las respuestas que daría la burguesía en el plano de la acentuación del autoritarismo –con el fascismo- y del desarrollo productivo y tecnológico estadounidense.

En la fase inmediatamente post revolucionaria, en Gramsci, como en Lukács, Korsch, Luxemburgo, y en general en los líderes del marxismo revolucionario, había una visión aún utópica de los problemas de la conquista y consolidación del poder. No estaba lo suficientemente presente la aguda resistencia del poder autoritario en Rusia, manifestada

no sólo en la conservación de los institutos y en la agresión contrarrevolucionaria, sino sobre todo en la mentalidad, en el retraso cultural de la enorme población multinacional de un territorio que es prácticamente un continente.

Además, las tareas económicas, la electrificación, la colectivización y la industrialización demostrarían ser mucho más complejas, y requerirían los esfuerzos gigantescos de una población que desconocía la disciplina y la cultura que el capitalismo moderno entrega a los obreros y a las clases subalternas. A todo ello se unía la lucha interna en el Partido Bolchevique, agravada después de la muerte de Lenin, y la agresión externa de la que fue víctima el poder soviético. Todo esto generó el desplazamiento cada vez más acentuado del poder de base expresado en los soviets a un poder organizado como Estado centralizado y fuerte.

Gramsci y los revolucionarios europeos confiaban en una rápida universalización de la experiencia de los soviets. El, y en general toda la Tercera Internacional, creían en este período en una veloz descomposición del sistema capitalista y en la consolidación de la revolución proletaria en toda Europa.

Esta tesis, junto con la consigna de actuar como se había hecho en Rusia, carecía de sólidos fundamentos de análisis científico, basándose más bien en una actitud de fidelidad que no consideraba la escasa preparación de las masas, las peculiaridades de la Revolución Rusa y la incapacidad de los intelectuales europeos de los años veinte para constituirse en un núcleo creador, capaz de elaborar una nueva visión de la revolución, que fuese más allá de la experiencia de Octubre.

La propia lucha embrionaria de los obreros de Turín fue la que proporcionó a Gramsci las enseñanzas significativas para la elaboración de la estrategia

de los consejos en Italia. Bajo el influjo de los acontecimientos de la Unión Soviética, en agosto de 1917 estalló en Turín una huelga que durante una semana convulsionó la ciudad.

Con la consigna “Pan y Paz”, el movimiento de barricadas y manifestaciones callejeras de masas fue adquiriendo clara connotación política. Pese a que no logró constituirse en una perspectiva concreta de poder –cosa que difícilmente podría haber hecho, por tratarse de un movimiento espontáneo y sin dirección estratégica –, Gramsci consideró que abría una fase nueva, al expresar la decisión de lucha de las masas obreras que, con la influencia de la Revolución de Octubre, pasaban directamente a la acción contra el régimen capitalista. Pero, al mismo tiempo, la lección que Gramsci extrajo de la derrota de agosto fue que el proletariado italiano no tenía una preparación ideológica y política, siendo aún insuficientes sus organizaciones sindicales y políticas.

2. El Jacobinismo de Gramsci y el Ordine Nuovo

Después de este movimiento de 1917, la primera iniciativa desplegada por Gramsci fue la creación de la revista Ordine Nuovo, que se convertía en el órgano de los consejos de fábrica. Precisamente a través de esta revista, en 1919, Gramsci inició una nueva fase, caracterizada por la aparición de un movimiento organizado en consejos de fábrica en quince industrias que agrupaban más de 50 mil trabajadores.

En Mayo de 1919, Gramsci señaló: “La revolución internacional ha adquirido fuerza y cuerpo desde que el proletariado ruso creó el Estado de los Consejos, a partir del análisis de su experiencia de clase explotada”⁸. Al respecto, se preguntó si existía en Italia alguna institución de la clase

obrero que se pudiera ser parangonada con el soviético, que participara de su naturaleza, respondiéndose que en efecto existía, y se encarnaba en la Comisión Interna. Dando más solidez a esta reflexión, en octubre de 1919 señaló que “el Consejo de Fábrica es el modelo del Estado proletario”⁹

Para Gramsci, los viejos organismos existentes en la fábrica - como la Comisión Interna -, al cambiar su papel de manera radical, se convertían en consejos de fábrica, representando un sistema democrático de productores que abre el camino a la conquista del poder proletario en el conjunto de la sociedad. Por ello, se trataba a su juicio de organismos de educación política de masas, de la conquista por parte de los trabajadores de una nueva forma de institución de base, constituyendo un rechazo a las formas institucionales asumidas por el régimen capitalista.

Por su carácter de organismo de masas, el Consejo no excluía a los trabajadores asalariados de ninguna corriente que adhiriera a la idea y los objetivos del Estado obrero. A la vez, el papel del partido era llevar la política revolucionaria al seno de los consejos de fábrica, y ganar a las demás corrientes políticas y a la masa de trabajadores en general para una política revolucionaria.

Gramsci concibió los Consejos de Fábrica como el terreno cualitativo del enfrentamiento con el capitalismo, desarrollando el siguiente razonamiento: La fábrica es la célula del Estado burgués moderno. El Consejo de Fábrica permite a la clase obrera pasar de la simple lucha reivindicativa del sindicato tradicional al problema del control de la producción; es decir, del aprendizaje preparatorio de los cuadros obreros para el reemplazo del personal capitalista, al cuestionamiento del sistema capitalista y de su enfrentamiento y creación del nuevo poder revolucionario. Consideraba que

el Consejo de Fábrica era el gran escenario donde se generaban las condiciones culturales, políticas y de masas para emprender la obra de desarticulación del antiguo régimen y de construcción del nuevo, que toda revolución se debe proponer.

Al mismo tiempo, lo concebía como el punto de agregación social que se extendía a los consejos campesinos y a los regimientos, que incorporaba a las grandes masas, que lograba superar la burocracia sindical y las influencias reformistas; en definitiva, que reunía las tareas económicas y políticas, preparando al proletariado para constituirse en clase dirigente en el nuevo orden social.

En este período, Gramsci pensaba en la creación de las condiciones de organización del pueblo para el asalto al poder. Es decir su estrategia no sólo era rupturista en relación con el sistema capitalista, sino netamente insurreccional, al proponerse la conquista del poder político. Compartiendo los puntos de vista de la Internacional Comunista, sostenía que el capitalismo de los años veinte había agotado todas sus posibilidades de desarrollo ulterior de las fuerzas productivas, convirtiéndose en capitalismo parasitario. Así, señalaba que “sólo la clase obrera puede salvar a la sociedad humana de la barbarie y la destrucción económica hacia donde empujan fuerzas exasperadas de la clase proletaria. Y puede salvarla organizándose en clase dominante, para imponer su propia dictadura en el terreno político industrial”¹⁰.

Para el logro de su objetivo, los Consejos de Fábrica debían constituirse en verdaderos bloques de productores donde convivieran todos los que participaban en la creación de la riqueza: obreros, administradores y técnicos. En otras palabras, en la construcción de una democracia productiva en el paso a la toma del poder político el proletariado debía constituir un bloque

de alianzas, desarrollar un pluralismo social y político que no podía subvalorarse, dada la ubicación de estos sectores en la producción. Este pluralismo, en la visión de Gramsci, iba más allá de aquel concebido como formulación pluripartidista, ya que debía construir el nuevo Estado en el seno de un sistema productivo no centralizado burocráticamente sino ejercido de manera democrática al interior de la fábrica misma. De esta dinámica surgiría el poder proletario.

En estas conclusiones primarias está el germen de lo que Gramsci desarrollaría posteriormente en Cuadernos de la Cárcel. Se trata del problema de la hegemonía, referido en este caso a la hegemonía en la alianza del “bloque de los productores”. Ello más allá de las similitudes que buscaba establecer con la Revolución Rusa, daba un carácter menos jacobino a la lucha de los Consejos, constituyendo un esfuerzo ya perceptible por producir una conquista del Estado a través del control del aparato productivo y de su transformación en aparato socialista. Con ello, otorgaba una dimensión social a la revolución, yendo incluso más allá de la alianza obrero campesina, tocando de manera directa el factor consenso en la generación del nuevo orden.

Por otra parte, debe tenerse presente que el soviet ruso era un consejo de carácter territorial, donde coexistían obreros, campesinos, militares e intelectuales; el consejo, en cambio, era un núcleo vital enraizado en la producción, un consejo de productores. Ello está relacionado con el distinto nivel organizativo, cultural y disciplinario, en definitiva, con el diferente nivel de desarrollo industrial y tecnológico de Italia del norte y de Rusia de los primeros años de la etapa revolucionaria.

En esta fase, y precisamente a través del desarrollo que adquiere la estrategia de los consejos, Gramsci supera su visión positivista del autogobier-

no de masas, llegando a la conclusión de que, obligatoriamente, al Estado burgués que se quiere derrocar se debía oponer un Estado proletario que garantice el paso de una formación a otra. Además, gracias a su propia experiencia conciliar, se reencuentra con la teoría leninista de la revolución y da, a la vez, un nuevo significado a la concepción marxista del derrocamiento del Estado burgués, donde la revolución adquiere un valor jurídico, moral y cultural bajo la forma de un Estado, sin por ello perder lo que lo identificaba con Lenin: el soviét, el consejo, como la base participativa democrática de masas, garantía para impedir la burocratización del aparato estatal.

En este período, Gramsci plantea que el Estado proletario se articula a partir del carácter de proceso de la revolución expresado en la continuidad entre la toma del poder y la destrucción de un ordenamiento jurídico institucional seguido del surgimiento de otro, imbuido de conceptos tales como la civilización del trabajo, la moralidad laica, la solidaridad de los nuevos sujetos colectivos, la nueva cultura de la clase ascendente.

En este momento, el Consejo de Fábrica constituye precisamente la alternativa radical al Estado representativo burgués, y es concebido como una institución pública mientras el sindicato y el partido se conciben como instituciones voluntarias privadas, no existiendo una identificación partido clase ni una superposición partido Estado. En ello se basa la visión distinta de la base social y política del nuevo Estado proletario. La fábrica y los consejos son “el territorio nacional de autogobierno proletario”, y representan el paso de una sociedad unicelular (individuos ciudadanos) a organismos pluricelulares, “a los núcleos ya organizados de la sociedad misma”.

La revolución no se agota con la toma del poder - aún cuando haya un partido comunista a la cabeza del proceso - ni con la modificación radical

del aparato estatal burgués. Es necesario observar la modalidad en que el nuevo aparato se vincula a la producción y las formas de democracia de base que es capaz de establecer. Es decir, con ello Gramsci está planteando el problema de la solución de la relación entre clase obrera y producción, como médula y núcleo del nuevo Estado proletario.

La diferencia del enfoque gramsciano de los consejos radica en la visión de una nueva civilización comunista que parte de la producción y es soberana desde la base, en la fábrica, donde se produce el salto cualitativo del poder de las masas proletarias. Ello tendrá una importante influencia en toda la elaboración posterior de Gramsci, en su teorización acerca de la ampliación del concepto de Estado a través de la hegemonía, y en la formulación de su teoría política.

Según Gramsci, para que la clase proletaria se transforme en clase dominante de la sociedad a través de su propia experiencia en el Consejo de Fábrica “debe lograr una psicología similar a la de la burguesía en el arte de gobernar, en el arte de saber conducir a buen término una iniciativa, una acción general del Estado obrero”

A fines de 1919, el Partido Socialista Italiano (PSI) obtuvo una gran victoria electoral, eligiendo 156 diputados. De este hecho, Gramsci extrajo una conclusión coherente con el proyecto revolucionario que se proponía. En la práctica, se trataba de la coexistencia de dos poderes: el burgués de la votación liberal y el proletariado de la votación socialista. Sin embargo, ello era insuficiente desde un punto de vista político más general. Según Gramsci, una fuerza consistente, extendida a nivel nacional y apoyada fundamentalmente en los ideales socialistas debería haber utilizado mejor la estrategia de los consejos, ya que la batalla política realizada por los “ordinovistas”

dentro del PSI para lograr un apoyo real de la masa socialista - tanto dentro como fuera de la fábrica - se había demostrado insuficiente, no habiendo obtenido un apoyo real al proceso que los consejos creaban al interior de la fábrica, y no logrando así evitar en el momento decisivo el aislamiento de los consejos y de los núcleos revolucionarios de vanguardia. Al respecto, se trataba de utilizar los propios canales del PSI para generar un mecanismo de solidaridad con los consejos.

Sin embargo, erróneamente Gramsci privilegió las tesis de la descomposición del aparato productivo capitalista y de la dualidad de poderes, comparando esta situación a la del período entre febrero y noviembre de 1917 de la Revolución Rusa, e insistiendo en que el control obrero fuese la vía para la toma del poder del Estado. Así el control obrero debía operar, por una parte, como poder antagonico de la burguesía en la fábrica y en el Estado, constituyendo, al mismo tiempo, el terreno de adquisición de la ideología y la capacitación técnica, de la conciencia de clase y de la preparación en la dirección productiva, factores indispensables para arrebatar el poder político a la burguesía.

En su etapa correspondiente al Ordina Nuovo, Gramsci pensó encontrar en los obreros del norte de Italia las condiciones objetivas y subjetivas para realizar una transformación radical de las relaciones laborales en la fábrica, a partir de la asunción de un papel dirigente en la producción por parte de una clase hasta el momento subalterna. Con ello, la clase obrera asumiría la tarea de unificar económica y espiritualmente al pueblo italiano, a partir de la propia unificación territorial provocada por el sistema de producción capitalista. Este objetivo podría realizarse sólo a través del ascenso del poder de la clase obrera y de la desarticulación del aparato estatal burgués.

Sin embargo, ello demostró ser un objetivo extremadamente más difícil de lo que al comienzo pensaron los “ordinovistas”, y fue el propio Gramsci quien lo puso de relieve, en un artículo publicado en septiembre de 1920 en el Diario Avanti, señalando: “Es necesario decir toda la verdad a la masa obrera. No es posible, ni siquiera por un instante, que los obreros creen que la revolución comunista será tan fácil y lineal como lo ha sido ingresar en una fábrica sin protección. Estos acontecimientos deben servir a los comunistas para explicar a las masas lo que significa la revolución en toda su complejidad. Son una demostración aplastante de la utopía reformista y sindicalista anárquica... La ocupación de las fábricas por las masas obreras es un momento necesario del desarrollo revolucionario y de la lucha de clase; sin embargo, es necesario establecer con exactitud su significado y alcance, y sacar de ello todos los elementos necesarios para la elevación política de las masas y para el reforzamiento del espíritu revolucionario”¹¹.

En Italia, como en Europa en general, la derrota de la estrategia de los consejos, cuyo origen fue la ocupación de la fábrica de Turín, constituyendo una fuerza que perduraría en la memoria histórica del pueblo italiano, significó un grave retroceso para la clase obrera, no sólo porque la esperanza de una rápida extensión de la revolución en Europa demostró carecer de fundamentos, sino porque además la salida a la crisis - como Gramsci lo había previsto con lucidez inmediatamente después de la experiencia del “bienio rojo” - se dio bajo una forma autoritaria, de revanchismo contra el movimiento obrero y de aislamiento de la Revolución de Octubre.

La respuesta burguesa fue, primero, el surgimiento del fenómeno fascista, que rigió en Italia durante veinte años y que en Hungría significó el aplastamiento de la naciente República de los Consejos, con una feroz represión contra la

clase obrera y el pueblo húngaro; y, más tarde, el nacimiento del nazismo en Alemania, con las graves consecuencias que tuvo para toda la humanidad.

En su informe al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista de 1920, Gramsci señaló como factores de la derrota la oposición tenaz del sindicato oficial y del PSI a la experiencia de los consejos, por intentar mantener la tutela de las organizaciones e impedir el vuelco de la masa obrera a la lucha revolucionaria; la falta de iniciativa revolucionaria del PSI, que no intentó extender a nivel nacional la experiencia de Turín, conduciéndola al aislamiento; la propia incapacidad del movimiento turinés para transformarse en un elemento nacional de lucha contra el capitalismo, y el no haber previsto la extrema violencia del contraataque patronal contra la huelga.

Un año más tarde, Gramsci señalaba que la derrota no podía atribuirse a la inmadurez revolucionaria de la clase obrera, que con la ocupación de la fábrica había demostrado la existencia del factor subjetivo, en plena correspondencia con la crisis capitalista. Por el contrario, consideraba que el factor determinante de la derrota estaba en el hecho de no haberse producido la coyuntura necesaria entre la voluntad subjetiva y el partido político, es decir, entre el “hecho económico” y el “hecho político químicamente puro”, para iniciar un proceso revolucionario. Y añadía: “La experiencia industrial no ha bastado; el hecho económico ha determinado la formación de una nueva psicología obrera, ha contribuido con fuerza a la pérdida del prestigio del ‘patrón’, y por lo tanto ha hecho aumentar la autonomía y el espíritu de libertad de las masas; sin embargo no ha sido suficiente para determinar la caída de la burguesía de la oficina de dirección de la hacienda central: El Estado”¹².

El análisis hecho por Gramsci en el período inmediatamente posterior al “Bienio rojo” estaba imbuido de un fuerte maximalismo, de un traslado

mecánico de la forma que adquirió la Revolución de Octubre en Italia y de una sobrestimación de la capacidad del PSI de generar un proyecto diverso y de transformación.

En la derrota pesó el exceso de optimismo de los revolucionarios italianos y europeos en cuanto a las posibilidades de una rápida descomposición y desarticulación del capitalismo, que demostró ser bastante fuerte no sólo para resistir el ataque obrero, sino también - y esto en Italia fue lo predominante en los años posteriores - para pasar al contraataque e imponer a la clase obrera un regreso al trabajo productivo en condiciones más difíciles, bajo una disciplina dictatorial, con un deterioro de las condiciones laborales, llegando incluso a la destrucción de los sindicatos, que fueron transformados en aparatos del régimen fascista.

Gramsci, como Rosa Luxemburgo y en general los revolucionarios de la época, no captaron en profundidad que el paso al imperialismo, a los monopolios, al capital financiero y a la racionalización productiva constituye un proyecto global de reestructuración capitalista de la economía, de transformación de la producción del Estado.

Por otra parte, la posición de Gramsci sostenida en 1919, que consideraba la situación italiana revolucionaria debido a que la estructura económica del país era atrasada y pobre, así como la comparación que hacía con Rusia de la época de Kerensky, son claramente arbitrarias.

La inmediatez de la relación atraso – revolución carecía de fundamento real pues Gramsci no basaba su hipótesis en un estudio detallado del capitalismo italiano similar al realizado por Lenin en su escrito de 1889. El Desarrollo del Capitalismo en Rusia. Además de las limitaciones, producto

de la insuficiencia de estudios “en terreno” sobre la maduración de los factores objetivos, la política ordinovista presentaba otras limitaciones significativas. G. Scalia señala: “Las limitaciones históricas y teóricas de la experiencia ordinovista, más que en la falta de coordinación de la revolución de los consejos con la formación y consolidación de las estructuras partidaria, residen en la tesis gramsciana de que los Consejos de Fábrica eran en sí mismos una anticipación del Estado en su totalidad, sin extender el análisis y la acción a los demás aspectos de la representación del poder”¹³.

Al respecto se observa una clara idealización, en el sentido de considerar que el consejo en sí mismo podía contener la solución del conflicto entre sociedad civil y sociedad política, y que en el fondo el real y casi único poder de la burguesía estaba en la propiedad de los medios de producción, por lo que el capitalismo debía ser eliminado en Milán y no en Roma, donde se encontraba el poder político. Se debe tener presente al respecto que Mussolini y los fascistas hicieron el camino inverso, marchando sobre Roma para conquistar el poder.

Además como lo señala de manera acertada M. Telo, el Estado aparece circunscrito sólo al conflicto entre las clases principales, lo que determina una incapacidad de elaboración y proyección de los consejos para establecer alianzas con otros estratos sociales, proletarios o de clase media, participantes en la articulación de la sociedad civil. Ello provoca un aislamiento territorial y social de los consejos, creando el riesgo de una concepción reductiva del futuro Estado obrero”¹⁴.

Por otra parte, es evidente que Gramsci y los revolucionarios no habían tomado en cuenta en toda su magnitud los límites reales del movimiento so-

cialista, y habían confiado en una explosión espontánea de las masas populares, que por una parte debía superar las vacilaciones de las tendencias reformistas, y por la otra, colocar definitivamente en jaque el Estado burgués.

En relación con la experiencia de los consejos, Gramsci realizó una operación completamente diversa a la de Marx relativa a la Comuna. Marx había puesto en tela de juicio las diversas posibilidades de éxito que tenía la Comuna. Sin embargo, luego de su derrota, defendió el significado que tenía para el movimiento obrero y a partir de ésta experiencia inició una nueva reflexión, que a la postre unilateralizó su concepción del Estado y limitó - a partir de esta breve experiencia de poder obrero - la estrategia revolucionaria del proletariado. Este análisis influyó de manera determinante en Lenin, en la elaboración del primer Gramsci y de otros pensadores revolucionarios del siglo XX.

Gramsci extrajo numerosas enseñanzas de la etapa de los consejos y de la ocupación de las fábricas, poniendo en particular relieve su significado ideológico y político para el movimiento obrero. Según él, los consejos habían demostrado la capacidad del proletariado para autogobernarse, para mantener y aumentar la producción capitalista, para emprender de manera creativa la lucha revolucionaria.

Analizando las conclusiones de Gramsci, Massimo Salvatori sintetizó de manera rigurosa la experiencia de los consejos señalando que “marcó el fin del maximalismo, es decir, de la revolución como ideología abstracta, aspiración mesiánica, religión popular; denunció el carácter moderado y subalterno del sindicalismo tradicional y del socialismo reformista; puso en evidencia el carácter sectario de la concepción “Bordiguista” del partido, y reforzó las bases para una concepción moderna de la revolución.¹⁵

Había también en Gramsci una visión semejante a la de Korsch en cuanto al valor de la socialización como patrimonio de la experiencia de los consejos, asunto que no puede reducirse sólo al traspaso de los medios de producción a la propiedad colectiva, sino que como punto de partida incluye una nueva reflexión sobre la base democrática del Estado, el problema de la democracia industrial, la presencia decisiva de la clase obrera y de todos los productores en la gestión directa de las haciendas.

Del resultado de la experiencia de los consejos, Gramsci extrajo además la convicción acerca de la necesidad de crear el Partido Comunista - tarea a la que dedicó todos sus esfuerzos desde el período inmediatamente posterior al “bienio rojo” y hasta su detención, en 1926 -, y replanteó el problema de la defensa de la revolución triunfante. En una carta enviada a Zino Zini, transcrita por Spriano en su *Storia del PSI*, planteaba que incluso si se hubiese conquistado el poder habría sido extremadamente difícil mantenerlo.

Ello muestra que su reflexión va en distintas direcciones, y que a partir de la experiencia de los consejos elaboró más tarde - sobre todo en los Cuadernos de la Cárcel - los elementos básicos de la nueva estrategia revolucionaria: dominio, dirección, hegemonía, y preservación consensual del nuevo poder.

Gramsci vivió intensamente la experiencia de la Revolución Rusa, y en un escenario tan distinto como el de la Italia de los años veinte, se enfrentó a problemas semejantes a los que debió resolver Lenin antes y durante la Revolución de Octubre. En esta situación, donde la derrota de la experiencia de los consejos cerró una fase y abrió otra completamente diferente, Gramsci, - lo mismo que Lenin en relación con Rusia prerrevolucionaria - debió dedicarse a una investigación profunda de la realidad y de la histo-

ria de Italia para elaborar el instrumental teórico, de filosofía de la praxis, que permitiera enfrentar de manera nueva la lucha por el socialismo en el Occidente capitalista.

BIBLIOGRAFIA DE AUTORES CITADOS Y MENCIONADOS

Capítulo Primero

1. Gramsci Antonio “La Revolución contra El Capital” en Antología, Siglo XXI, México, 1970, pag 32
2. Marx Karl, India Cina, Russia, Otiecesvennyz Zapisky, Progreso, Moscu, 1977, p.232
3. Marx K y Engels F, “Prefazione all” Edizione Rusa del 1882 del Manifiesto Comunista”, en opere Complete, Riuniti, Roma, tomo VI, p. 663
4. Gramsci Antonio, “La rivoluzione contro Il Capitale”, en Scritti Giovanili 1914-1918, Einaudi, Turin, 1975, p.313
5. Marx, La Comuna, Estado Proletario, Progreso, Moscú, 1969, p. 136
6. Gramsci Antonio, “Estado Proletario”, Ordine Nuovo, Turín, Junio 1920.
7. Lenin V.I. Discurso de Apertura del Primer Congreso de la Internacional Comunista, Obras Escogidas, Progreso, Moscú, 1969, pag 87
8. Lenin V.I. Discurso de Apertura del Primer Congreso de la Internacional Comunista, Obras Escogidas, Progreso, Moscú, 1969, Pag 180
9. Gramsci Antonio, Ordine Nuovo, Turin, 15 de mayo de 1919
10. Gramsci Antonio, Ordine Nuovo, Turín, 11 de Octubre de 1919
11. Gramsci Antonio, Ordine Nuovo, Turin, 11 de octubre de 1919
12. Gramsci Antonio, Scritti 1915-1921, Feltrinelli, Milan, 1968, pag 314.
13. Gramsci Antonio, Scritti 1915 – 1921, Feltrinelli, Milan, 1968, pag 332
14. Scalia G, en Mondoperaio, Roma, 1957.
15. Telo M. en Problemi del Socialismo, Roma, N° 2, 1976.
16. Salvatori Massimo, Gramsci e il Problema Storico della Democrazia, Einaudi, Turín, 1977, pag 393

CAPITULO II

La Revolución en Occidente: de la guerra
de maniobra a la guerra de posición.

CAPITULO II

LA REVOLUCION EN OCCIDENTE: DE LA GUERRA DE MANIÓBRA A LA GUERRA DE POSICION

1. El Repensamiento de Gramsci y la Revolución en Occidente

La derrota de la estrategia de los consejos cerró y enseguida abrió un nuevo capítulo de la lucha revolucionaria italiana. Gramsci comprendió que algunos de los puntos de los cuales había partido para considerar que era posible universalizar y concretar con relativa rapidez la revolución de los soviets en Italia y en Europa en general se apoyaban, tanto desde puntos de vista objetivos y subjetivos como desde una perspectiva metodológica y de acción política, en premisas equivocadas que, sobre todo, no tenían en cuenta las diversas reacciones posibles de la burguesía y la capacidad de expansión del capitalismo, en la nueva fase que abría la tendencia histórica del paso del monopolio al imperialismo.

En realidad, tras la victoria de la Revolución de Octubre, se subvaloraron las contramedidas del capitalismo incluidas las más extremas como el fascismo, el nazismo y la guerra, así como la potencialidad del sistema para controlar el ciclo económico con un carácter fuertemente expansivo. No se previó la capacidad de la burguesía para expandir su propia hegemonía a través de la articulación de un nuevo sistema de instituciones democráticas, lo cual le permitió lograr un consenso más amplio.

Gramsci se vio en la necesidad de recurrir a la metodología utilizada por Lenin en el estudio de terreno de las condiciones históricas concretas de la Revolución de Octubre. Debó indagar acerca de la naturaleza del fenó-

meno fascista que apareció por primera vez en la historia, desentrañar las debilidades del sistema italiano desde el Resurgimiento hasta el Estado liberal giolittiano, y elaborar una nueva estrategia que tuviese en cuenta el escenario occidental. En un retorno a las fuentes del marxismo y de la cultura italiana, debió construir el instrumental teórico que permitiera dotar a la Revolución, en Italia y en Occidente en general, de una estrategia correspondiente con las particularidades que en esta fase y en esta área del mundo se presentaban.

Como lo hiciera Lenin, se vio en la necesidad de buscar una estrategia de continuidad y de discontinuidad al mismo tiempo, con los clásicos del marxismo y con el propio Lenin. Ya no podía tratarse de una traslación a la realidad italiana de los clásicos ni de las experiencias de la Revolución de Octubre. Era preciso desentrañar las peculiaridades nacionales y abordar el marxismo con un espíritu profundamente creativo y renovador.

En este sentido, el pensamiento político de Gramsci debe considerarse en su esencial como la unidad de elaboración de una estrategia para alcanzar la revolución en Occidente, y al mismo tiempo, en su comprensión de nuevo horizonte político, resultado de la voluntad colectiva, de la revolución ideológico ética, producto de la síntesis, del paso de una instancia objetiva a otra subjetiva.

Como ya se ha señalado, si al analizar con un espíritu polémico la Revolución Rusa, Gramsci se refiere a ella como “la revolución contra El Capital”- es decir, la revolución donde la voluntad supera los límites estructurales -, la estrategia para Occidente – en tanto capitalismo desarrollado, escenario propio del análisis de Marx en El Capital - podría formularse como “la revolución con El Capital, más la revolución de la cultura y del espíritu”.

Gramsci volvió a Marx en su intento por interpretarlo dentro de los límites de su experiencia histórica específica, tratando de acercarse a Lenin no sólo en el terreno de las formulaciones que le servían de base para la elaboración de su instrumental, sino sobre todo desde el punto de vista de la filosofía de la praxis.

Gramsci parte aquí del Marx político, que en su Tesis XI señala: “Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo”¹. De este modo, se revoluciona el vínculo entre filosofía y política, ya que la filosofía debe llegar a ser política para continuar siendo filosofía. Fue allí donde Gramsci encontró el elemento de la subjetividad y del modo en el cual la filosofía de la praxis se convierte en el terreno de la construcción de la conciencia y de la ampliación de la base de la historia.

Como señala D Giovanni: “la política es la constitución densa de la subjetividad que deposita en el sujeto aquello que estaba en el objeto, que transfiere la acumulación de fuerza de las cosas a la práctica, que en definitiva hace de la superestructura (conciencia, hegemonía) aquello que se determina como la actualidad del presente, siendo también resultado de aquella concentración de la filosofía en política, que difunde la potencia de ésta y la hace el punto de concentración de la vida”².

El análisis de las tentativas revolucionarias que se habían producido en Alemania, Baviera y Hungría convencieron cada vez más a Gramsci de las pocas probabilidades de repetición de la Revolución Rusa en países con una estructura económica más compleja. “La experiencia de la Revolución Rusa ha mostrado como, después de ella, todas las demás revoluciones en dos tiempos han fracasado”³. Y la conclusión que extrae no es aún el análisis

sis posterior de la diferenciación entre la revolución en Oriente y Occidente, pero representa una interpretación nueva y dialéctica de la experiencia de la fase de los consejos. “La revolución como conquista del poder social por parte del proletariado solo puede concebirse como un proceso dialéctico en el cual el poder político hace posible el poder industrial, y el poder industrial hace posible el poder político”.³

La distinción que hace Gramsci, de carácter histórico cultural aun cuando las esferas estructurales son también distintas en grado y magnitud de desarrollo, no depende tanto del nivel de desarrollo económico (sociedad agrícola/sociedad industrial) como del papel que, en sentido estricto, desempeña el Estado sobre la sociedad civil. “En Oriente, el Estado era todo... En Occidente, entre el Estado y la sociedad civil hay una justa relación, y en el tramado del Estado se advierte de inmediato una fuerte estructura de la sociedad civil. El Estado es sólo una trinchera de avanzadas tras la cual se despliega una sólida cadena de fortificaciones, diferentes entre un Estado y otro. Por ello, se requiere un cuidadoso reconocimiento de carácter nacional”.⁴

En Rusia, la autocracia zarista, y por ende la ausencia de cualquier desarrollo de lo que es típico de las instituciones burguesas y de un aparato hegemónico, unido a un desarrollo limitado de las fuerzas productivas capitalistas, hacían que el peso del Estado fuera determinante, que la coerción fuera recurso casi único para el mantenimiento del sistema.

En una sociedad caracterizada por la separación total y estática de las clases, por la existencia de castas cerradas, con cuadros sociales rígidos, la sociedad civil era débil y estaba alejada de las grandes masas de la población que vivían en un Estado primitivo y feudal. En una situación donde el

Estado personalizado lo es todo, un asalto directo al poder puede arrastrar (como efectivamente ocurrió en la Rusia de Lenin) a millones de seres humanos desposeídos; a una intelectualidad que nada comparte con la autocracia, y que carece de un espacio en el control absolutista del poder; a una parte importante del ejército, que carece de un vínculo ideológico con el sistema, cosa que no ocurre en el capitalismo. Así, la victoria de la Revolución de Octubre cuenta con un elemento determinante: la “simplicidad” de la relación entre el Estado autocrático y la sociedad civil.

Lenin no perdió de vista el vínculo existente entre aristocracia zarista y feudalismo, como se demuestra en el carácter de la formulación de la revolución democrático burguesa, en 1905, y en las tareas que debió asumir la revolución proletaria. Se observa aquí un problema de tipo histórico importante, pues en Europa el régimen absoluto del zar Nicolás II había desaparecido hacía muchos años con el fin de las monarquías absolutistas. El escenario de la sociedad Occidental ya era y lo sería más aun en los decenios siguientes, completamente distinto. En esta fase, el desarrollo mismo de las fuerzas productivas generaron un Estado moderno que necesitaba para su funcionamiento disciplinar ideológicamente tanto a las instituciones a través de las cuáles ejerce su coerción como a las instituciones estatales o privadas de las que se difunde la cultura dominante.

Se trataba de un Estado más articulado, que contaba con un fuerte entramado en la sociedad civil, que le permitía mantener y superar su misión de Estado “veilleur de nuit”, poniendo la “universalidad” del papel de la burguesía en la esfera ideológica, cultural y hegemónica que es siempre “hegemonía organizada de coerción”, pero donde lo principal es el control que la clase dominante ejerce en la sociedad civil, a través de la cual trata de enraizar su forma de vida en las clases intermedias y subalternas, de

imponer su concepción del mundo, en definitiva, de cumplir un papel de “educador” del conjunto de la sociedad.

Al respecto, Marx y Engels señalaban: “La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales... Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores”.⁵

En otros términos, a diferencia de las clases dominantes de la sociedad feudal, la burguesía, en su cambio constante, termina con la concepción de la sociedad de castas rurales y abre paso a una sociedad de masas, donde la clase dominante busca crear los mecanismos del paso orgánico de las clases subalternas al Estado, es decir, ampliar la esfera técnica e ideológica del dominio y la dirección de clase.

En una sociedad de este tipo, donde la sociedad civil desempeña un papel determinante, como dice Lenin en su polémica con Struve, “el poder coercitivo del Estado no puede ser asumido como un elemento característico esencial y definitivo”.⁶

Para enfrentar el tipo de Estado liberal parlamentario, radicalmente distinto al Estado ruso prerrevolucionario y caracterizado por una mayor complejidad de articulaciones institucionales, sociales y de formas de resistencia y solidez político hegemónicas, se requiere, pues, una elaboración original específica de análisis, que tome en cuenta lo nacional y diseñe una nueva estrategia revolucionaria.

Es importante agregar que un Estado capitalista desarrollado posee, además, un aparato coercitivo muy superior y más eficiente que el aparato militar de la autocracia zarista. A ello se debe también el hecho de que no sea factible proponer, desde un punto de vista técnico militar el asalto al poder. Sin embargo - y esto confirma plenamente lo señalado por Gramsci relativo a que la sociedad civil es el principal límite de diferenciación - el elemento determinante es la legitimidad del ataque del Estado. El sistema capitalista ha construido un andamiaje legal, un entramado de valores culturales y éticos tan poderoso que llega a convertirse en el “sentido común” de la población, donde cualquier intento de asalto al poder que sobrepase los límites de la legalidad democrático parlamentaria será considerado, no sólo por el Estado sino también por la mayor parte de la población, como un gesto antidemocrático, y quedará fuera de la ley.

No ocurría lo mismo en algunas sociedades periféricas, donde la “guerra de maniobra” estaba dentro de la normalidad de la lucha por la liberación, pues las sociedades civiles de estos países eran débiles, y las clases principales no habían podido generar una fuerte escala de valores éticos que se constituya en el caparazón del aparato estatal coercitivo.

Además, desde el punto de vista sociopolítico, Gramsci partía del criterio de que en el capitalismo avanzado las clases dominantes poseían reservas políticas y organizativas inexistentes en Rusia.

En estas sociedades, ellos extraían como consecuencia que incluso graves crisis económicas no tuvieran una repercusión de iguales dimensiones en un asalto político, y que en este caso la esfera política se encontraba atrasada en relación con la crisis. El Estado logra encontrar aliados entre las clases que constituyen el enorme tejido intermedio que existe entre la

burguesía y el proletariado, el cual logra tener una ideología propia que muchas veces influye incluso en sectores del propio proletariado. Los grupos intermedios y los valores que engendran, arribismo, afán de lucro, consumismo son utilizados y extendidos por el sistema a los sectores obreros, asociándolos con estas expectativas y alejándolos del que puedan desempeñar como clase subalterna fundamental.

Este análisis, perteneciente al “Gramsci de la segunda fase” anterior a los Cuadernos de la Cárcel, está ya prefigurando el vínculo entre pequeña burguesía y la base de masas del fascismo.

Esta visión de Gramsci significa un rechazo a la concepción mecánica del nexo entre estructura y superestructura - que estaba en la base de las posiciones de la Segunda Internacional y en el análisis tanto del reformismo como del extremismo -, estableciendo un nuevo vínculo de mayor autonomía y a la vez de interdependencia entre ambas, y una nueva concepción de la relación entre crisis económica, crisis social y revolución. La revolución deja de ser una necesidad derivada simplemente de la acumulación de crisis económicas. Para que se produzca una verdadera crisis social se requiere que las clases fundamentales entren en agudo conflicto, es decir, que se presente una crisis de poder de la clase dominante, y además, que la clase subalterna sea capaz de situarse en la sociedad como nueva clase dirigente. De allí que Gramsci llamó al proceso revolucionario “crisis orgánica” o “crisis de autoridad”, y señaló: “Se puede excluir el hecho de que, por sí mismas, las crisis económicas inmediatas produzcan acontecimientos fundamentales; sólo pueden crear un terreno más favorable a la difusión de ciertas formas de pensar, de definir y resolver los aspectos que involucran todo el ulterior desarrollo de la vida del Estado”.⁷

Dicho de otro modo, la revolución es la crisis y disolución del bloque histórico y del surgimiento de uno nuevo, de una nueva relación entre estructura y superestructura, donde la posición, la organización, las alianzas, el nivel ideológico y cultural de las clases en conflicto son determinantes.

2. Guerra de Posición y primera visión de la Hegemonía

En las sociedades capitalistas desarrolladas, que cuentan con una “sociedad civil muy compleja y resistente”, las crisis económicas no son suficientes para producir las crisis históricas fundamentales, pues éstas son capaces de amortizar el golpe y desplegar verdaderas trincheras frente a las que no es posible un asalto simple y puro al poder, producto de una irrupción espontánea de las masas ante la crisis económica, sino que se requiere un cambio de estrategia capaz de degastar, de erosionar e incrustar nuevos elementos en la fuerte sociedad civil dominante.

En Gramsci, la formulación de la estrategia para Occidente se expresa sobre todo en el paso de la “guerra de maniobra” a la “guerra de posición”. En este análisis, utilizó conceptos provenientes de la terminología militar - frecuente en la ciencia política de la época -, advirtiendo que estas metáforas, como cualquier parangón entre el arte militar y la política, había que entenderlas cum grano salis, es decir, como estímulo al pensamiento y en tanto simplificación, ya que la lucha política es siempre más compleja y articulada que la militar. Ambos conceptos están estrechamente ligados al de hegemonía, y determinados por el tipo de articulación de la sociedad civil. La guerra de maniobra se define como el ataque directo y rápido que destruye al enemigo, como el asalto al Estado, tal cual se dio en la Revolución de Octubre. La guerra de posición, en cambio, tiene el carácter de una guerra de desgaste, de cercamiento, y naturalmente requiere tiempos distintos y una gran hegemonía.

Desde luego, la guerra de posición no es sinónimo de inmovilismo, pues no se trata de un simple repliegue defensivo de coyuntura destinado a ganar fuerza, sino de una estrategia de mayor alcance que sobrepasa la concepción leninista y la táctica insurreccional - que en estos países de Occidente provocaría nuevas derrotas -, y se propone ganar el apoyo de la inmensa mayoría de las masas trabajadoras, destruyendo el consenso social en torno a ese Estado y generando uno nuevo, una nueva organización de la vida.

Al respecto, Gramsci señala que en la guerra de posición “se exigen cualidades excepcionales de paciencia e inventiva”, añadiendo que “en política, a pesar de las apariencias, el asedio es recíproco”⁸. De este modo, establece una correlación entre la guerra de posición y la táctica leninista del frente único. En otras palabras, “la guerra de posición la hacen las grandes masas, que sólo con enormes reservas de fuerzas morales pueden resistir el desgaste, y donde únicamente una hábil dirección política puede impedir la disgregación y la derrota. La dirección militar siempre debe estar subordinada a la dirección política”⁹. En la sociedad europea occidental, el terreno del enfrentamiento se traslada del asalto al Estado a su aparato coercitivo y su destrucción en tanto máquina de coerción; al cercenamiento de la hegemonía de la clase dominante, ejercida fundamentalmente sobre la sociedad civil, en el terreno de los valores culturales y ético morales, a través de numerosas instituciones que abarcan desde el papel de la Iglesia ejercido en términos conservadores, hasta el control de los grandes medios de comunicación de masas de la sociedad moderna, con las que se busca hegemonizar la sociedad en torno a la ideología de la burguesía.

El enfrentamiento de la sociedad civil obliga a las clases subalternas a crear su propia ideología, su propia cultura, una nueva escala de valores, organizaciones de masas y un partido revolucionario que le permitan enfrentar

a la burguesía en este terreno y adquirir un papel significativo dentro de la sociedad civil alternativa. Así, la revolución se entiende como un proceso de destrucción – construcción, donde muchas instituciones de la sociedad burguesa deben revertirse y asumir un nuevo papel a través del cambio del contenido de su función.

Cabe recordar que Gramsci, desde la cárcel, manifestó su desacuerdo con la visión de la Internacional Comunista de 1929, reflejo del pensamiento de Stalin, que consideraba irreversible la crisis del capitalismo, por lo que se creaban las condiciones para que en Europa el proletariado se planteara la inmediata conquista del poder, sin pasar por diversas fases democráticas intermedias.

Habría que insistir, con Togliatti, en que quien parte de premisas falsas, siempre e inevitablemente llegará a conclusiones equivocadas.

En su polémica con la dirección del Partido Comunista Italiano (PCI), Gramsci recuerda que “no se puede elegir la forma de guerra que se desea” ni ponerse objetivos derivados de la voluntad. En Occidente, es la situación objetiva de la correlación de fuerzas la que impone la guerra de posición, y el proletariado, como lo ha hecho la burguesía, debe saber pasar de la guerra de movimiento a la guerra de posición, y elaborar una nueva estrategia que trae consigo una articulación diferente del régimen político y del poder del Estado proletario.

Gramsci sostiene que entre la Revolución Francesa y el advenimiento del fascismo la burguesía ha sabido alternar la guerra de movimiento y la guerra de posición. Así se observa una guerra de maniobra entre 1789 y 1815, y una guerra de posición entre 1815 y 1870 y en 1921, con la derrota de

la tentativa revolucionaria en Alemania y en general con la política de los consejos en Europa.

Más tarde, se observa una guerra de movimiento (o de maniobra) en la Revolución Rusa de 1917, y una guerra de posición en la instauración del fascismo en Italia. Es decir, esta etapa de la historia europea combinó - especialmente a través de la burguesía - la revolución jacobina con lo que Gramsci llamó la revolución pasiva. En cambio, la revolución permanente o activa del proletariado hasta ese momento se expresó sólo como guerra de maniobra (Comuna de París, Revolución Rusa), y en ese momento debía, según Gramsci, situarse como guerra de posición para abrir un nuevo horizonte a la revolución en Occidente.

La guerra de maniobra y la guerra de posición deben aplicarse en consonancia directa con la situación histórica concreta. En el curso de la revolución, en 1905, Lenin utilizó muchos elementos de la guerra de posición, pasando abiertamente a la guerra de maniobra entre febrero y octubre de 1917. En sus Notas sobre Maquiavelo, refiriéndose a la guerra anticolonial en la India, Gramsci señala que representa tres formas de guerra: de movimiento, de posición y subterránea.

Gramsci nunca consideró que hegemonía y fuerza fuesen términos excluyentes, dejando de lado la relación histórico dialéctica que existe entre ambos conceptos. Sin embargo, propuso una aproximación distinta a la conquista del Estado y a su transformación, a través de la acumulación de mayores reservas de fuerzas, de una política de alianzas diferentes, de una relación distinta entre las clases y grupos subalternos - que el propio desarrollo del capitalismo ha extendido - , y de una nueva forma de concebir lo que Marx llamaba el advenimiento de una sociedad regulada y de una nue-

va civilización, sobre todo, a través de una revalorización del frente cultural, de la ideología, de los valores morales, y los principios políticos democráticos, que, como más adelante veremos, Gramsci consideraba patrimonio del movimiento obrero moderno, consistente en una diversa valoración del régimen político que existía en Occidente, que el proletariado y las fuerzas revolucionarias debían considerar en su nuevo proyecto de Estado.

En Occidente, el proletariado debía construir una estrategia nacional capaz de generar lo nuevo en el plano de la superestructura antes de que lo viejo muera. Ello se planteaba como una condición efectiva para destruir lo viejo y consolidar el nuevo Estado, teniendo como eje principal la teoría del partido político, la reforma moral e intelectual de las masas y el carácter plenamente autónomo y globalizante de la filosofía de la praxis en tanto filosofía de la transformación, capaz de renovarse a si misma.

Hay que advertir que Gramsci estudió el fenómeno de la guerra de posición en medio de la dictadura fascista, por lo que tuvo objetivos políticos e históricos prácticos. Entendió que en Italia la guerra de posición debía asumir plenamente el problema nacional y reivindicar objetivos democráticos. Al respecto señalaba: “Para todos los países capitalistas se plantea un problema fundamental, el del paso de la táctica del frente único - en sentido general- a una táctica que se plantee los problemas concretos de la vida nacional, y actúe sobre la base de las fuerzas populares tal como están determinadas históricamente”.¹⁰ En algunas tareas de la situación meridional, Gramsci insistía en que el proletariado puede llegar a ser clase dirigente y dominante en la medida en que logre crear un sistema de alianza de clases que le permita movilizar contra el capitalismo y el estado burgués a la mayoría de la población trabajadora. Planteaba, sobre todo, la alianza obrero campesina, que en Italia adquiere formas concretas en el problema meridional y en el problema vaticano.

Al vislumbrar, en esta fase el carácter de una revolución democrática antifascista para Italia, buscaba apropiarse del terreno de la lucha democrática desde un punto de vista de clases. Pero, naturalmente, el concepto de guerra de posición no sólo se refería al fascismo y al estado liberal, sino que también se consideraba la vía para alcanzar el socialismo. Por lo tanto, Gramsci elaboró una estrategia específica para Occidente, y de su particularidad, evitando así extraer conclusiones sectarias o una copia mecánica de la obra de Lenin.

Fue en esta fase y en la siguiente, que corresponde a los Cuadernos de la Cárcel, cuando Gramsci se enfrentó y superó una concepción dogmática y reductiva de la Revolución de Octubre y del marxismo. Polemizó abiertamente con Trotsky y Rosa Luxemburgo (aunque con connotaciones distintas en ambos casos), a quienes podríamos llamar teóricos de la guerra de maniobra, y lo hizo afirmando la visión del último Lenin y su propia convicción estratégica. Esta polémica le sirvió para conocer sin mediaciones el pensamiento de Marx y para elaborar el concepto de guerra de posición.

Para Gramsci, Rosa Luxemburgo, a quien consideraba no obstante una revolucionaria de gran valor, tenía una concepción típica del espontaneísmo, tendiente a subvalorar el papel de la organización y a afirmar una tradición “subversivista”, carente de preparación y de dirección concreta. Rechazaba además la teoría del “derrumbe”, que con una visión determinista confiaba en la caída del capitalismo como producto de sus propias contradicciones internas al llegar a la fase imperialista.

Refiriéndose a La huelga general, el partido y los sindicatos, de Rosa Luxemburgo, Gramsci emitió un juicio profundamente crítico, señalando: “A propósito de la comparación entre los conceptos de guerra de maniobra

y guerra de posición en el arte militar y los conceptos relativos en el arte de la política, cabe recordar el libro de Rosa... En él se teorizan, con cierta ligereza e incluso con superficialidad, las experiencias históricas de 1905: Rosa, en efecto, descuidó los elementos “voluntarios” y de organización que en esos acontecimientos fueron muchos más extensos y eficaces de lo que ella creyó, debido a un cierto prejuicio “economicista” y espontaneísta suyo. No obstante, este libro (y otros estudios de la misma autora) constituye uno de los documentos más significativos de la teorización de la guerra de maniobra aplicada al arte de la política. El elemento económico inmediato (crisis, etcétera) se considera como la artillería que en la guerra abría un forado en las defensas enemigas, un forado suficiente para que las propias tropas irrumpieran y obtengan un éxito (estratégico) definitivo, o por lo menos un éxito importante en las directrices de la línea estratégica... Se trataba de una forma de fuerte determinismo economicista, con el agravante de que los efectos se concebían como rapidísimos en el tiempo y en el espacio; por ello, era un verdadero misticismo histórico, la expectativa de una especie de fulgor milagroso”.¹¹

Gramsci rechazaba también la idea de la imposibilidad de que el proletariado pudiera crear una cultura propia en el marco de la sociedad burguesa, en circunstancias de que, como se ha visto, la guerra de posición parte precisamente del criterio opuesto. Pero sobre todo era polémico con Trotsky y su teoría de la “revolución permanente”, ya que para Gramsci el factor nacional y las condiciones socioeconómicas y culturales en general eran determinantes para la definición del carácter de la revolución.

Al respecto, señala: “En este caso, se podría decir que Bronstein (Trotsky), quien se presenta como un `occidentalista`, era en cambio un cosmopolita, es decir, superficialmente nacional y superficialmente occidentalista o

europeo. Ilich (Lenin), en cambio era profundamente nacional y profundamente europeo”¹²

Con ello, Gramsci apoyaba la teoría del socialismo en un solo país, lo que era plenamente coherente con su visión de la búsqueda de lo nacional para operar en consonancia con los instrumentos teóricos. Al respecto, subrayaba que Trotsky olvidaba la función nacional de la clase obrera, contraponiendo en el plano teórico la revolución permanente al concepto de hegemonía civil. Cabe recordar que, muerto Lenin, Gramsci apoyó al grupo dirigente bolchevique, que siguiendo la última inspiración leninista, adoptada sobre todo por Bujarin, privilegió el carácter estratégico de la NEP como vía nacional de avance del socialismo en la Unión Soviética para consolidar la alianza obrero campesina, y por ende la base social y el consenso popular del Estado proletario.

En este sentido, su polémica con los teóricos alemanes agrupados en torno a la revista *Kommunismus* y los acontecimientos provocados por la revolución alemana sirvieron a Gramsci para reafirmar la necesidad de una nueva visión para el Occidente. Pero Thalheimer¹³, Trohlich¹³ y el propio Lucás insistían en la actualidad de la revolución, confundiendo época histórica con coyuntura histórica, e impulsando la táctica de *Teilaktran*, es decir, la acción armada parcial contra el Estado: “La característica principal del período actual de la revolución consiste en que estamos obligados a llevar a cabo batallas, incluso parciales, incluyendo las económicas, utilizando los medios de la batalla final, sobre toda la insurrección armada”.¹³

Se trataba aquí de un razonamiento lineal: vivimos una época revolucionaria, la estrategia correcta es la ofensiva, para rescatar a la clase obrera de la influencia reformista y despertar el proletariado adormecido. Esta

política de todo o nada y de absoluta sub-estimación de las condicionales nacionales, caracterizadas por la unidad integral que había adquirido el Estado tras la caída de los imperios Hohenzoller y Hasburgo en Europa Central, condujo al desastre del movimiento obrero alemán en el levantamiento de marzo de 1921, donde fueron arrestados cuatro mil militantes y se redujo a menos de la mitad la influencia del Partido Socialista Alemán, que durante la República de Weimer no volvió a recuperar sus niveles de fuerza. El aventurerismo alemán, combatido por Gramsci, fue condenado abiertamente por Lenin en el III Congreso de la Komintern.

Por todo ello, la elaboración gramsciana aparece como la inmediata corrección frente a los acontecimientos alemanes, y en esta fase se relaciona con la táctica de la Internacional Comunista del Frente Unico, que Lenin, con el lema “A las masas”, puso como base de una estrategia diferenciada para Occidente respecto a Rusia. En polémica con Bordiga y con la tendencia extremista de la Internacional Comunista, Lenin decía:

“En Rusia triunfamos porque tuvimos de nuestro lado no sólo a la mayoría indiscutible de la clase obrera (durante las elecciones de 1919, la aplastante mayoría de los obreros estaba con nosotros contra los mencheviques), sino también porque, inmediatamente después de haber conquistado el poder, la mitad del ejército y las nueve décimas partes del campesinado, en el curso de algunas semanas, se convirtieron en partidarios nuestros. Triunfamos porque adoptamos el programa agrario de los eseristas. Por eso fue tan fácil la victoria. ¿Es acaso posible que ustedes, en Occidente, puedan hacerse semejantes ilusiones? ¡Es ridículo! Comparen las condiciones económicas concretas. En Rusia, éramos un partido pequeño, pero estaba con nosotros la mayoría de los soviets de diputados obreros y campesinos de todo el país. De nuestro lado estaba casi la mitad del ejército, que en ese

entonces contaba con al menos diez millones de hombres. ¿A ustedes los sigue realmente la mayoría del ejército? Muéstrenme tal país. Indíqueme un solo país de Europa donde se pueda atraer a las masas campesinas en pocas semanas”.¹⁴

Lenin mismo ponía énfasis en la necesidad de concebir el proceso revolucionario como un proceso de masas, con y por las masas, como un requisito indispensable para lograr la victoria el proletariado.

A estos principios se unió Gramsci para señalar que la resistencia de la sociedad civil debía ser superada por la política del frente único, para enfrentar con éxito el problema de la conquista del Estado en una nueva correlación de fuerzas en los planos político y cultural.

Como señala Occhetto, Gramsci supo determinar con lucidez y oportunidad histórica “primero, los profundos cambios de las condiciones generales en que se producía la lucha por la toma del poder después de la Revolución de Octubre; segundo, las diferencias entre la revolución en los países subdesarrollados y en los países del capitalismo moderno”.¹⁶ En consecuencia, supo establecer la necesidad de elaborar una vía distinta para desbloquear y superar los obstáculos de resistencia que la revolución encuentra en Occidente.

En este período, esta reflexión coincide con la política de la Internacional Comunista del frente único obrero, representa una profundización y un desarrollo de esta estrategia. Es evidente, entonces, que la elaboración de Gramsci en la primera mitad de los años veinte iba aparejada con una reflexión que en tal sentido realizó la Internacional Comunista y en particular el propio Lenin.

En él, esta primera intuición ya estaba presente en 1918, cuando en su relación sobre la guerra y la paz al VI Congreso del Partido Comunista alertó sobre el hecho de que la revolución en Alemania –país considerado como el más avanzado en Occidente capitalista- se desarrollaba más lentamente y encontraba mayores obstáculos de los que se esperaba al comienzo. En diversos textos de este período, al poner énfasis en la originalidad y especificidad de la Revolución Rusa, Lenin mostraba las diferencias que iba adquiriendo la revolución en Occidente. Consciente de las enormes dificultades que encontraba la construcción del socialismo y de la necesidad de que otras revoluciones se sumaran a la rusa, no podía dejar de constatar, sin embargo, que en Europa occidental era infinitamente más difícil comenzar la revolución de lo que había sido en Rusia, no obstante las dificultades para su continuidad.

Hay un momento en la relación citada de Lenin y que sin duda sirvió de inspiración a la reflexión que en años posteriores realizó Gramsci, tras la derrota de la política de los consejos: “La revolución no llegará tan pronto como esperábamos. La historia lo ha demostrado y hay que saber aceptarlo como un hecho, hay que aprender a tener en cuenta que la revolución socialista en los países avanzados no puede comenzar tan fácilmente como en Rusia, país de Nicolás y de Rasputín, y en donde para a gran parte de la población le era completamente indiferente saber qué clase de pueblos viven en la periferia y qué es lo que allí ocurre. En un país de esta naturaleza, comenzar la revolución era tan fácil como levantar una pluma. Pero en un país donde el capitalismo se ha desarrollado y ha dado una cultura democrática y una organización que alcanzan hasta el último hombre, comenzar la revolución sin la debida preparación es un desacierto, un absurdo”.¹⁵

Esta intuición de Lenin sobre las diferencias de enfoque de la revolución en Oriente y Occidente se profundizó cuando llegó a la conclusión de la necesidad de pensar en la construcción del socialismo en un solo país. Aunque eran reflexiones aún fragmentarias, muestran con nitidez que entre 1922 y 1923 Lenin consideraba necesario abrir una reflexión acerca de una nueva estrategia revolucionaria para Occidente.

En este sentido, criticó la resolución del Congreso de 1921 referente a la organización de los partidos comunistas, considerando que se había inspirado casi exclusivamente en las condiciones rusas, y que como tal era absolutamente incomprensible para los extranjeros, que no pueden contentarse con colgarla en un muro como si fuese un ícono y rezar ante ella.

Lenin había sido el gestor del viraje del IV Congreso de la Internacional Comunista, que decidiendo el Frente Unico, levantó como objetivo el gobierno obrero. Gramsci, quien vivió en la Unión Soviética entre 1923 y 1924 - años decisivos, en los que se perfiló la nueva política de la Internacional Comunista -, conoció este enfoque leninista y participó activamente en los debates de la Internacional, reafirmando así una reflexión que ya había iniciado y que maduró durante su estadía en la Unión Soviética, extendiéndola y sistematizándola en sus investigaciones que lo llevaron a escribir los Cuadernos de la Cárcel.

Utilizando el concepto de filosofía de la praxis, Gramsci señala: “El punto que me parece necesario desarrollar es éste: que según la filosofía de la práctica (en su manifestación política), ya en la formulación de su fundador, pero especialmente en las precisiones de su gran teórico más reciente (se refiere a Lenin), la situación internacional tiene que considerarse en su aspecto nacional...”¹⁶.

Es decir, se debía partir de la situación nacional e indagar profundamente sobre ella, buscando todos los aspectos propios que le confieren su originalidad y unicidad para caminar en la perspectiva internacional. Este es un concepto clave en la elaboración gramsciana y en el nexo histórico que estableció con la Revolución de Octubre, y revela el valor de la acentuación de lo específico de las situaciones nacionales.

La Revolución Rusa representa aquí la perspectiva internacional que en su universalización requiere la concreción de la dimensión nacional de la lucha revolucionaria y que la clase obrera, en cada país, pueda cumplir a fondo con esta tarea.

Es decir, la clase obrera, que universalmente y en tanto clase tiene el papel de cambiar el sistema, para cumplir esta misión debe ser capaz de nacionalizarse, debe cumplir este papel de clase dirigente en el plano político cultural, debe establecer una política de alianzas, debe fijar los objetivos intermedios - que sólo se pueden identificar en un estudio de las peculiaridades nacionales - para construir de manera adecuada un gran movimiento progresista auténticamente mayoritario. Es claro que en pleno período de ascenso fascista Gramsci pensaba, por una parte, en la elaboración de los instrumentos teóricos para la acción política en Italia y en la región, y por otra, en la búsqueda de los elementos constitutivos del fascismo y de la política revolucionaria de la clase obrera italiana en esta fase. De aquí derivó su visión del internacionalismo proletario, su apoyo a la línea de la construcción del socialismo en un solo país - que aparece en la reflexión de Lenin y que fue modificada más tarde por el grupo dirigente bolchevique - y su rechazo a considerar esta opción como una forma de repliegue del movimiento revolucionario.

El importante papel desempeñado por Lenin se observa precisamente en su capacidad para “inventar” la Revolución Rusa, creando en torno a ella una enorme voluntad colectiva nacional. Al respecto, Gramsci señala: “Me parece que Ilich había comprendido que era necesario un cambio de la guerra de maniobra –aplicada victoriosamente en Oriente en 1917- a la guerra de posición, la única posible en Occidente”. Esta idea constituye precisamente uno de los temas centrales de toda la construcción conceptual de Cuadernos de la Cárcel.

En diferentes interpretaciones de Gramsci, y sobre todo en aquella realizadas por estudiosos latinoamericanos, se ha pretendido hacer creer que desarrolló su concepción del paso de Oriente a Occidente, es decir, de la guerra de maniobra a la guerra de posición, sólo en ruptura con Lenin y la Revolución de Octubre, lo que es una distorsión del sentido de la elaboración gramsciana, y constituye un desconocimiento del hecho de que la propia dimensión nacional de la lucha, el estímulo para investigar acerca de la realidad, la cultura y la historia de Italia es similar a lo que hiciera Lenin con la Rusia prerrevolucionaria.

Gramsci tomó las categorías generales presentes en el pensamiento y la acción de Lenin, las desarrolló de manera original, e intentó formular las respuestas más adecuadas a la realidad nacional italiana y occidental. Es decir, construyó una alternativa al carácter que asumió la Revolución de Octubre y a su curso posterior en ruptura y, a la vez, en continuidad con el jacobismo de Lenin.

Gramsci entendió su relación dialéctica con Lenin a partir de aquello que consideraba de valor universal en el pensamiento leninista: en el estímulo que hay en Lenin para conocer mejor la realidad efectiva en un ambiente

distinto de aquel donde fue descubierta, y en su incorporación a esta realidad como si fuera su expresión original.

Por cierto, la percepción de este cambio histórico, de las modalidades que asume la revolución en Occidente, en Lenin no podía ser coherente y sistemática, debido a que vivió en un período histórico determinado y sobre todo en el marco de la Revolución Rusa. Por ello, sólo estaba en condiciones de formular principios teóricos, sin entrar a un análisis de las particularidades nacionales.

Como señala Gramsci, Lenin no tuvo tiempo para formular un juicio más sistemático al respecto, y sólo en sus últimos años - hacia 1924 - estuvo en condiciones de invitar a la reflexión y al estudio a los partidos comunistas europeos, consciente de que era necesario desarrollar una nueva teoría de la revolución proletaria en la situación del Occidente capitalista.

Gramsci sostenía que Lenin sólo pudo prever lo previsible, pero había que proceder - a partir del instrumental teórico que dejaba en herencia - a un retorno hacia el pensamiento de Marx y Engels, a un análisis profundo de la crisis del Estado liberal italiano y del surgimiento del fenómeno fascista, a una ampliación original de algunos materiales teóricos del marxismo en las condiciones concretas del nuevo período histórico que se presentaba ante él.

Era necesario profundizar, ampliar y revisar algunos de los conceptos del materialismo históricos ligados a los problemas políticos fundamentales de esta fase histórica, de manera que en Occidente la teoría pudiera asumir plenamente su papel del fundamento de la lucha revolucionaria.

Así, la relación Marx, Lenin, Gramsci en la construcción que este último emprendió de 1924 en adelante, y en especial en la etapa de Cuadernos de la Cárcel, debe entenderse como producto de un desarrollo real de una conciencia histórico política, ya que, como el mismo Gramsci afirmaba, las ideas no nacen de otras ideas ni la filosofía surge de otras corrientes filosóficas, son expresión siempre renovada del desarrollo histórico.

3. Supremacía de la Política en la Transición

La idea de que la Revolución de Octubre se podría extender rápidamente por toda Europa limitó el conocimiento e inhibió el debate sobre la elaboración que el último Marx, y sobre todo el último Engels, llevaron adelante acerca de la estrategia para el desarrollo de la revolución en Occidente, que incorporaba importantes elementos autocríticos y de correlación de algunos juicios anteriores, en virtud de los cambios que experimentaba Europa a finales del siglo XIX. Gramsci conoció varias de estas consideraciones mucho después de la primera visión revolucionaria de los Consejos de Fábrica, e influyeron de manera importante en la elaboración de la teoría política general gramsciana y en su concepción de la hegemonía.

Engels sostuvo que durante un período las características de movimientos minoritarios, de élites revolucionarias, que poseían las revoluciones burguesas parecían ser consustanciales a todas las revoluciones, y por lo tanto, también de la revolución proletaria. Sin embargo, en 1895, concluía que eso ya no podía sostenerse, ya que la visión que se tenía de la Revolución de 1848 no correspondía a los cambios de las condiciones generales de la evolución económica y social que se presentaba en Europa Occidental con el capitalismo desarrollado.

La teoría desarrollada en 1848 y que se mantuvo hasta 1871 tendía a concebir la revolución con bases en el modelo minoritario de las revoluciones burguesas, con lo cual se esperaba que el éxito proletario se produjera mediante un golpe por sorpresa o en una batalla callejera y con barricadas. Engels decía, reconociendo el error de esa primera aproximación: “La historia nos ha dado un mentis, a nosotros y a cuantos pensaban de un modo parecido”¹⁷. Y agregaba más adelante: “La época de los ataques por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de las masas inconscientes, ha pasado. Allí donde se trate de una transformación completa de la organización social, tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida”¹⁸.

También sobre el problema de las vías al socialismo, Engels dejó una herencia teórica valiosa, señalando que en aquellos países donde se dan condiciones específicas y donde la experiencia y fuerza del movimiento obrero lo permiten puede y debe crearse una verdadera vía nacional al socialismo.

Considerando que en ese momento la vía pacífica era una excepción, señalaba: “Se puede originar que la vieja sociedad podría desarrollarse en la nueva por la vía pacífica en países donde la representación popular ha concentrado en sí todo el poder, donde la constitución permite realizar lo que se desea cuando se tiene tras de sí a la mayoría del pueblo”¹⁹

Debe tenerse en cuenta que estas “situaciones especiales”, diferentes a las de Francia de 1871, a finales del siglo XIX se habían extendido a varios países de Europa, y concretamente a Alemania donde entre 1871 y 1890 el Partido Socialdemócrata había pasado de 102 mil a un millón 427 mil vo-

tos. Engels dice: "...con este eficaz empleo del sufragio universal entraba en acción un método de lucha del proletariado totalmente nuevo, método de lucha que se siguió desarrollando rápidamente. Se vio que las instituciones estatales en las que se organiza la dominación de la burguesía ofrecen nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar contra estas mismas instituciones....Y así se dio el caso de que la burguesía y el Gobierno llegasen a temer mucho más la actuación legal que la actuación ilegal del partido obrero, más los éxitos electorales que los éxitos insurreccionales"²⁰. "La ironía de la historia universal lo pone todo patas arriba. Nosotros, los "revolucionarios", los "elementos subversivos", prosperamos mucho más con los medios legales que con los medios ilegales y la subversión. Los partidos del orden, como ellos se llaman, se van a pique con la legalidad creada por ellos mismos.

Exclaman desesperados, con Odilón Barrot: "La legalité nos tue", la legalidad nos mata, mientras nosotros echamos, con esta legalidad, músculos vigorosos y carrillos colorados y parece que nos ha alcanzado el soplo de la eterna juventud. Si no somos tan locos que nos dejemos arrastrar al combate callejero para darles el gusto, a la postre no tendrán más camino que romper ellos mismos esta legalidad tan fatal para ellos"²¹.

En efecto, en el último Engels se trataba de la formulación de una nueva estrategia para la revolución, diferente a la empleada en 1848, que ponía de relieve temas tales como el consenso, la conquista de las mayorías, el vínculo entre democracia y socialismo, la utilización de instituciones de origen burgués con fines revolucionarios, la diversidad de las formas de lucha, el problema de la conciencia y de la organización de clases, las alianzas, es decir, temas a los que en Occidente el marxismo clásico llegó como último punto de elaboración acerca de la teoría del Estado, estrechamente vincu-

lados con la posterior elaboración gramsciana de la etapa de Cuadernos de la Cárcel y en especial con la teoría de la hegemonía.

El impacto de la guerra de 1914 y de la Revolución Rusa de 1917 acentuó elementos particulares, contradictorios con la elaboración general de Engels. Pero el estudio del leninismo permitió sin embargo a Gramsci reencontrarse con Marx y Engels y con esta última elaboración, que constituye un antecedente clarificador en la creación de una nueva estrategia para Occidente. De ella, como se ha visto, los clásicos no solo poseían una inicial comprensión, sino que también habían avanzado en su formulación, cuestión que fue desviada por la revolución producida en Rusia y por la política posterior que de ella derivó en el comunismo mundial.

Sobre todo después de la derrota de los consejos, Gramsci comprendió que la Revolución Rusa, no obstante su impacto universal, era una situación particular, por lo que no podía convertirse en modelo. Siguiendo la última etapa de Engels, Gramsci asoció la fórmula jacobina de 1848 de Marx de la revolución permanente con la guerra de movimiento. Por su parte, la teoría de la hegemonía está vinculada a la guerra de posición, y es en sí misma el principal elemento del paso de una estrategia a otra.

De acuerdo con el razonamiento de Valentino Gerratano²², se puede decir que Gramsci reformuló y amplió el concepto de revolución permanente de Marx, referido a la fórmula jacobina de 1848, caracterizándolo como un concepto que establece la unidad en una época de revolución social, ya sea de guerra de movimiento como de guerra de posición, que ahora deben entenderse como dos fases que determinan “la permanencia de una continuidad revolucionaria también en la discontinuidad de las diversas formas y fases del proceso histórico”²².

En su nuevo contenido, el concepto de revolución permanente se transforma pues en un factor de mediación dialéctica entre los dos momentos del esquema teórico de Marx: el momento del análisis científico objetivo de una situación revolucionaria y el momento de la praxis político subjetiva que debe demostrar el grado de madurez del proceso revolucionario. En este ámbito situó Gramsci los tres momentos de la correlación de fuerzas: el momento objetivo, el momento político y el momento militar. En el paso del primero a los otros dos, y sobre todo al político: objetivo-subjetivo-política-conciencia-organización-fuerza, se articula toda su concepción teórica de la hegemonía y del Estado.

En Cuadernos de la Cárcel, Gramsci superó la idea de un movimiento que consideraba su acción fuera del sistema y veía en las reformas simples paliativos, totalmente separado del problema del poder.

Como ya lo habían señalado los clásicos, la nueva estrategia concebía la revolución como un proceso continuo del cual la efectiva transferencia del poder constituye un momento esencial, pero sólo un momento, ya que la sociedad burguesa se analiza en su doble aceptación de situación de dominio y de hegemonía, donde la toma del poder solo se puede transferir el dominio, en tanto que la hegemonía debe construirse antes, durante y después de la ascensión de la clase a nivel de Estado. Se trata, por tanto, de dos concepciones distintas para aproximarse al tema del poder.

Así, como bien lo señala Hobsbawm²³, en Gramsci, la lucha por la hegemonía no sólo representa un aspecto de la guerra de posición, sino que constituye una característica de toda su estrategia revolucionaria. Por lo tanto, el problema principal no reside en cómo se llega al poder- ello no determina el carácter de un proceso- sino en cómo lo revolucionarios ob-

tienen el consenso, cómo son aceptados por la población, cómo logran la superioridad cultural, política y moral que les permita ejercer su función de guía y dirección del conjunto de la sociedad.

Esto es válido, en Gramsci, tanto cuando el poder se conquista por mayoría electoral como cuando se logra a través de una insurrección armada. El problema es aquí siempre de capacidad hegemónica, que condiciona y determina el grado e incluso la filosofía de la utilización de los mecanismos coercitivos.

Uno de los mayores méritos de Gramsci - y al respecto parte de Engels, pero va más allá, contribuyendo de manera notable en la formulación de una estrategia de la transición - consiste en un elemento clave para la formulación de la estrategia en Occidente: el vínculo dialéctico entre continuidad y revolución.

Dice Hobsbawn: “El problema es determinar qué cosas del pasado debe transformar la revolución, qué permanece, cómo y por qué. Siendo la revolución al mismo tiempo negación y cumplimiento de la historia pasada del pueblo, el elemento fundamental de la hegemonía de los gobernantes es la identificación de la sociedad, de la nación, del pueblo, de ayer y de hoy, con el Estado y la sociedad civil”²³.

La relación entre clase obrera - concebida como parte de la nación - y sociedad, entre pueblo y nación, entre pasado, presente y futuro histórico, adquiere en Gramsci una dimensión teórica y práctica. La investigación que realiza en relación con el camino hacia el socialismo y con el socialismo en sí se da a través del análisis del movimiento político, de la supremacía de la política, que al hacerse práctica, necesita de un movimiento organizado y de un “moderno príncipe” que guíe la conquista de la voluntad colectiva

nacional popular, que debe ser la base de la construcción de esa nueva civilización, presente en la utopía marxiana.

En este punto, deben analizarse las principales categorías que Gramsci creó o profundizó en el proceso de formulación de la estrategia revolucionaria específica para Occidente europeo y para la revolución en general en esta nueva fase histórica, y que permiten también una aproximación al material ideológico útil en el análisis del fenómeno del fascismo.

BIBLIOGRAFIA DE AUTORES CITADOS Y MENCIONADOS

Capítulo segundo

1. Marx Karl Tesis sobre Fierbach en Obras escogidas, Progreso, Moscú, 1969, pag 26
2. De Giovanni B y Pasquino G, Marx dopo Marx, Capelli, Bolonia, 1985, pag 18
3. Gramsci Antonio, Quaderni del Carcere, Riuniti, Roma, 1964, vol. II, pag 865
4. Gramsci Antonio, Quaderni del Carcere, Riuniti, Roma, 1964, Vol. II, pag. 894
5. Gramsci Antonio, Quaderni del Carcere, Roma, 1964, Vol II, pag 866
6. Marx K y Engels F, Manifiesto del Partido Comunista, en obras escogidas, progreso, Moscú, 1969, pag. 35
7. Lenin V.I. El Estado y la Revolución, Obras Completas, Progreso, Moscú, 1967
8. Gramsci Antonio, Note sul Machiavelli ... , Riunite, Roma, 1975, pag. 59
9. Gramsci Antonio, Quaderni del Carcere, Riuniti, Roma, 1964, pag. 802
10. Gramsci Antonio , Quaderno del Carcere, Riuniti, Roma, 1964, pag 805.
11. Gramsci Antonio, Un Essame della Situazione Italiana, Riuniti, Roma, 1964, pag 123
12. Gramsci Antonio, Note sul Machiavelli..., Riuniti, Roma, 1975, pag. 79-80
13. Gramsci Antonio, Note sul Machiavelli..., Riuniti, Roma, 1975, pag. 83
14. Editorial de Kommunismus, Moscú, 15 de Junio de 1921
15. Lenin V.I. Discurso en Defensa de la Táctica de la Internacional Comunista, Progreso, Moscú, 1966, p. 148
16. Occhetto Achille, Un teórico delle Rivoluzione in Occidente, Rinascita, Roma, 1977, pag 26
17. Lenin V.I. Septimo Congreso Urgente del PC (b) de Rusia, 6ª 8 de marzo de 1918, en Obras Escogidas, Progreso, Moscú, 1966, tomo II, pag. 624

18. Gramsci Antonio, “Internacionalismo y política nacional”, en Antología, Siglo XXI. México, 1970, cap. 3.3., pag. 351
19. Engels F, Introducción a la Obra de C. Marx “La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850”, en C. Marx y F. Engels, Obras Escogidas, Progreso, Moscú, 1969, pag 696
20. Engels F , Introducción a la Obra e Carlos Marx “ La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850” en Marx y Engels , Obras Escogidas, Progreso, Moscú, 1969, pag 704
21. Engels F. Para la Crítica del Proyecto del Programa del Partido Socialdemócrata, en C. Marx y F. Engels, Obras Escogidas. Progreso, Moscú, 1969, Pag 341
22. Engels F. Introducción a la obra de C. Marx “La lucha de clase en Francia de 1848 a 1859”, en C. Marx y F. Engels, Obras escogidas, Progreso, Moscú 1969, pag 700.
23. Engels F. Introducción a la obra de C. Marx “ La lucha de clases en Francia de 1848 a 1859 “ en C. Marx y F. Engels, Obras Escogidas, Progreso, Moscú, 1969 p.706
24. Gerratana V. Gramsci come pensatore rivoluzionario, Politica e storia in Gramsci, Istituto Gramsci, Roma, 1977, Tomo 2
25. Hobsbawn Eric, “Gramsci e la teorie politiche marxiste” en Política e Storia in Gramsci, Istituto Gramsci, riuniti, Roma, 1977

CAPITULO III

El horizonte teórico de la transición,
hegemonía y teoría política

CAPITULO III

EL HORIZONTE TEORICO DE LA TRANSICION, HEGEMONIA Y TEORIA POLITICA.

1. Gramsci y la concepción del bloque histórico

Podría definirse el bloque histórico como la articulación interna de una situación histórica determinada, como la relación que se establece entre estructura y superestructura, no sólo dentro de una precisa formación social sino más concretamente en una fase de ella.

Esta es una primera diferencia entre la formulación de Marx y la contribución que hace Gramsci con el concepto de bloque histórico. En efecto, en Marx la relación entre estructura y superestructura caracteriza una formación social determinada y por ende, el momento revolucionario se produce cuando entran en contradicción las fuerzas productivas con las relaciones de producción y de intercambio, lo que condiciona un rápido cambio de toda la superestructura correspondiente.

En Gramsci, el concepto de bloque histórico es más específico: caracteriza una determinada fase de desarrollo dentro de una misma formación social.

En contraposición a lo afirmado por Roger Garaudy, quien sostiene que el bloque histórico es una alianza estratégica que realiza una fusión estratégica de la clase obrera y los intelectuales, para Gramsci es la forma cómo se relacionan y entrelazan orgánica y dialécticamente la estructura y la superestructura. Al respecto, es más preciso el razonamiento de Giorgio Napolitano: “En efecto, la alianza de la clase obrera con las masas campe-

sinas y otros sectores sociales crea las condiciones, se convierte en la base de un nuevo bloque histórico.

Sin embargo, la construcción de este último es mucho más amplia: es el cumplimiento de la lucha que lleva adelante la clase obrera contra el orden capitalista y la ideología burguesa, la consolidación y ulterior expansión de la hegemonía de la clase obrera; en esencia, es la transformación revolucionaria de la estructura y superestructura y la construcción de una nueva relación entre ellas”1.

Gramsci sostiene que, para entender con precisión un determinado período histórico, es necesario conocer las particularidades de la articulación entre estructura y superestructura, es decir, del bloque histórico específico, lo que varía no sólo de una formación socioeconómica a otra, sino que dentro de un tipo de relaciones de producción dominantes es posible encontrar bloques históricos que se diferencian. Un ejemplo típico de ello puede representarse en las diferencias existentes entre un régimen capitalista de democracia burguesa y una dictadura fascista. Ambos regímenes tienen como base las relaciones capitalistas de producción, que varían porque el fascismo, al representar los intereses del gran capital financiero monopolista, concentra y centraliza aún más la propiedad, aumenta las tasas de plusvalía y con ello la explotación de la inmensa mayoría de la sociedad.

En el plano político, estos regímenes se diferencian porque el sistema se torna más reaccionario, y el tipo de superestructura que genera está supeditado a la coerción, expresada en el ejercicio de la violencia como elemento dominante.

Como sabemos, el marxismo considera como el carácter determinante de la estructura económica el hecho de que “a un determinado nivel de desarrollo

de las facultades productivas de los hombres corresponde una determinada forma de intercambio y de consumo. A determinadas fases de desarrollo de la producción, del comercio, del consumo, corresponden a otras formas de construcción social, una determinada organización de la familia de los estamentos, de las clases, en una palabra, una determinada sociedad civil.

A una sociedad civil determinada corresponde cierto régimen político que no es más que la expresión oficial de la sociedad civil”² (Nótese que Marx utilizó en 1846 el término sociedad civil pero ligada a la estructura económica). Marx elaboró esta ley de desarrollo social al precisar: “El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia civil”³.

Consideramos algunas de las connotaciones que la superestructura adquiere para Gramsci en el período de *Cuadernos de la cárcel*. Un primer elemento consiste en que la estructura representa el bloque más estático del bloque histórico: “el conjunto de las fuerzas materiales de producción es el elemento menos variable en el desarrollo histórico y el que puede ser verificado y medido con exactitud matemática”⁴.

Gramsci estableció la variante tiempo histórico, prefiriendo siempre estudiar sea la estructura que su reflejo superestructural en el contexto del conjunto de las relaciones sociales de producción. Así, privilegió el nexo orgánico que cohesionaba el bloque histórico y permite que éste se constituya. Esta relación lograría trasladar el desenvolvimiento de la superestructura al plano social, es decir, realizar una traducción social del nexo en una organización social concreta.

Volviendo al prefacio de Marx de 1859, Gramsci dedujo que, para cualquier análisis del bloque histórico, es necesario moverse “en el ámbito de dos principios: 1) aquel en que ninguna sociedad se pone tareas para cuya solución no existan ya que las condiciones necesarias y suficientes, o al menos que no estén en vías de aparición y de desarrollo; 2) y aquel en que ninguna sociedad puede desaparecer y ser sustituida sin antes haber desarrollado todas las formas de vida que están implícitas en sus relaciones”⁵.

Lo anterior confiere un valor especial a las ideologías orgánicas, que se presentan en una relación de necesidad - ante una determinada estructura - para organizar los grupos sociales y permitir que ellos, como dice Marx, adquieran conciencia de los conflictos en el plano de lo económico. Da a la superestructura el carácter de elemento más dinámico, que representando la esfera de la organización ideológica política de los grupos sociales, permite la crítica histórica social y cohesionan el propio bloque histórico.

Otro de los aportes sustanciales de Gramsci se encuentra en relación entre intelectuales y bloque histórico. Los primeros –como se verá más adelante– son funcionarios de la superestructura, y actúan en representación de una de las clases con la que tienen una estrecha relación económica y social; en este caso, se trata de una relación orgánica. Sin embargo, como los señala acertadamente Portelli, hay momentos en que la relación pierde su organicidad, presentándose entonces movimientos coyunturales siempre ligados a la estructura por un lapso más breve: ello tiene “un significado histórico limitado”⁶.

Otro aspecto se refiere a los errores políticos de los representantes de las clases dominantes, lo que puede generar una crisis interna en el sistema de dirección, la que sin embargo está en condiciones de ser absorbida más o menos rápido, por lo cual no puede confundirse con una verdadera crisis

orgánica. Tampoco se puede considerar crisis orgánica una determinada acción política al interior del partido o de la institución, que se desenvuelve en este ámbito sin lograr un valor de relación directa con la estructura.

Por último, se distingue el fenómeno de la ideología arbitraria, que no posee un nexo directo con la estructura y muchas veces puede representar el aspecto negativo de las ideologías orgánicas.

En consecuencia, sólo una parte de los movimientos superestructurales tiene el carácter de orgánico, lo cual no significa que el resto no adquiriera una importancia específica. La importancia decisiva que Gramsci confiere a la superestructura reside en la organicidad de los elementos que la componen.

Gramsci toma en consideración este punto de vista para elaborar el concepto de bloque histórico: “La estructura y la superestructura forman un bloque histórico, es decir, el conjunto de las relaciones sociales de producción”⁷. Y extiende el concepto a otros problemas centrales de la teoría marxista, como son la relación entre teoría y práctica y entre fuerza material e ideología.

En este aspecto, lo que constituye la novedad de Gramsci es, en primer lugar, el carácter orgánico y de interacción que atribuye a las esferas del bloque histórico, y en segundo lugar, el hecho de considerar que la unidad, la relación entre ambas esferas, está fusionada por la ideología, por lo que resulta obligatorio hacer un análisis concreto de cada bloque histórico y de los cambios que en ellos se producen para determinar las medidas políticas que debe adoptar en su lucha el movimiento obrero. En ello es fundamental, como ya se ha señalado, distinguir entre lo orgánico y lo ocasional. Al respecto, Gramsci señala que para evitar errores que llevan a deformaciones

economicistas o ideológicas, es preciso observar constantemente y cada vez en particular las principales tendencias del desarrollo de la estructura.

A partir de la elaboración de Marx, pero lleno más allá de él, Gramsci rechaza la concepción mecánica del materialismo histórico, que subordina en términos absolutos las experiencias ideológicas y culturales de la sociedad, olvidando el aserto del propio Marx de que los hombres toman conciencia ideológica de los conflictos que se producen en la estructura: es decir, hay un nexo vital entre ambas esferas, lo cual para Gramsci tiene un valor gno-seológico, cognoscitivo, y no puramente psicológico y moral.

A través del concepto de bloque histórico, Gramsci afirma la recíproca necesidad de un proceso de relación que justamente corresponde a una dialéctica real descartando la visión - que por lo general en política se traduce en una visión triunfalista y determinista de los conflictos sociales - de que cada acto político esté rígidamente determinado por la estructura. Una visión de este tipo no toma en cuenta el hecho de que la propia estructura - con su peso determinante - es parte del movimiento de la historia. El economicismo es la base del corporativismo y del aventurerismo político.

De igual manera, la postura dialéctica de Gramsci rechaza el ideologismo, es decir, la tendencia a una interpretación superestructural del bloque histórico, a través del cual se pretende presentar su gran originalidad como contrapuesta a un examen supuestamente economicista realizado por los clásicos del marxismo. El riesgo político del ideologismo es grave, ya que, como ocurrió con Croce, el rechazo del momento estructural da una interpretación de la historia puramente estética y política, que parcializa objetivos de la perspectiva del Estado y conduce, según Gramsci, a una posición reformista débil.

Hay dos momentos en el análisis del bloque histórico que es necesario respetar: uno, el del reconocimiento del carácter de la sociedad, de la fase que se vive, de la estructura y del papel de las clases, de acuerdo con el contenido de las relaciones de producción, con los conflictos que allí se plantean, con la mayor o menor maduración de las condiciones objetivas del salto. Este momento es evidentemente estructural, siendo claro el predominio de esta esfera.

Este momento caracteriza, por ejemplo, lo que en las clases puede llamarse toma de conciencia restrictiva, en el sentido de que se trata de una fase en la cual el grupo social hegemoniza sólo a partir de los intereses económicos específicos, sin cuestionar el sistema; aquí, por lo tanto, el reflejo de la estructura es aún primario.

Otro momento lo constituye la relación dinámica, donde la superestructura, a partir de los datos económicos establecidos, adquiere su autonomía, y en ella, la ideología, la cultura, las instituciones, se transforman en el elemento esencial para determinar el cambio de la sociedad.

En este caso, se logra en el grupo social una toma de conciencia amplia y positiva, donde se produce el paso de la estructura a la superestructura compleja, en que la ideología deja de ser un simple reflejo de la estructura y es adecuada, elaborada, y llega a ser parte integrante de la superestructura, es decir, de lo que Gramsci llama “catarsis”: “es la fase en la cual las ideologías que germinaron antes se transforman en “partido”, se enfrentan y luchan, hasta que una sola de ellas, o por lo menos una sola combinación de ellas, tiende a prevalecer, a imponerse, a difundirse en todo el ámbito social, determinando, además de la unicidad de las finalidades económicas y políticas, la unidad intelectual y moral, poniendo todos los problemas en

torno a los cuales hierve la lucha no sobre el plano corporativo sino sobre un plano “universal”, creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados”⁸

Por lo demás Gramsci explicita claramente lo anterior, expresando: “Creo que el análisis de estas afirmaciones lleva a reforzar la concepción del bloque histórico en el cual, precisamente, las fuerzas materiales son el contenido y las ideologías la forma; una distinción de forma y contenido meramente dialéctica, porque las fuerzas materiales no serían concebibles históricamente sin las fuerzas espirituales”⁹.

Es claro, entonces, que el elemento decisivo es la estructura económica, pero igualmente claro es que en un proceso histórico las contradicciones de fondo se traducen y resuelven en la esfera de la superestructura. La relación entre estos dos elementos es pues dialéctica y orgánica, y comprende el nexo interno del bloque histórico, que impide tanto el economicismo como el ideologismo y las funestas consecuencias políticas que de ello derivan.

Gramsci afirma: “La filosofía de la práctica criticará como indebida y arbitraria la reducción de la historia a sólo historia ético política, pero no la excluirá”¹⁰.

A partir de su concepción de bloque histórico, Gramsci explica la relación que existe entre gran capital financiero y pequeña burguesía como movimiento de masas, o la relación entre economía y grado de eficiencia de la represión. Así, en el estudio de *El Estado y la Revolución* y de otras obras de Lenin donde se formula su “doctrina del Estado” y de la superestructura en general, Gramsci encuentra una visión para la formulación de conceptos que se adecuarán al análisis del Estado burgués moderno, y en particular a las características del fenómeno fascista.

En seguida, necesitaba profundizar las formas concretas que adquirió en Italia ejercicio del poder por parte de la burguesía, y por tanto, desarrollar la teoría de la superestructura: sociedad civil y sociedad política.

2. Sociedad civil y sociedad política: Gnoseología de la superestructura

Uno de los asuntos claves en la fijación de una estrategia revolucionaria diferenciada para el Occidente consiste en determinar el alcance del concepto de sociedad civil y el vínculo que se establece con la sociedad en general. Como se sabe, tanto en Marx como en Gramsci el término sociedad civil deriva de Hegel, y en particular de sus *Reflexiones en Lineamientos de filosofía del derecho*, donde Hegel sitúa en la sociedad civil tanto la esfera de las necesidades económicas como la de las relaciones económicas, extendiéndose el concepto a las formas de su organización y reglamentación por parte del Estado.

En Marx, la sociedad civil sólo se refiere al conflicto de relaciones económicas. En Prólogo de la *“Contribución a la crítica de la economía política”* se señala: “Mi investigación desembocaba en el resultado de que, tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que radican, por el contrario, en las condiciones materiales de vida cuyo conjunto resume Hegel, siguiendo el precedente de los ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de “sociedad civil” hay que buscarla en la Economía Política”¹¹.

J. Texier¹² sostiene la tesis de que la formulación de Marx - en alemán, “Bürgerliche Gesellschaft” - debe traducirse no como sociedad civil, sino

como sociedad burguesa, y afirma que Marx, en la *Critica al programa de Gotha*, al diferenciar el estudio de la sociedad, ha dado al término un alcance similar al que Gramsci da a la sociedad civil.

Sin embargo, es un hecho que en *La ideología alemana* Marx es aún más preciso para definir su concepto de sociedad civil: “Esta sociedad civil es el verdadero escenario, el teatro de toda la historia...La sociedad civil comprende todo el conjunto de relaciones materiales entre los individuos en el seno de un determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas. Ello comprende todo el conjunto de la vida comercial e industrial de un nivel de desarrollo”¹³. Igual versión entrega Marx en *La cuestión judía*, al señalar que la sociedad política en cuanto Estado, en su surgimiento, carácter y leyes que la regulan, está determinada por la sociedad civil, concentrada primordialmente en el ámbito de la economía.

La reconceptualización gramsciana sobre la sociedad civil representa una novedad no sólo respecto de Marx sino de la cultura filosófica y política en general.

Para Adam Smith¹³, en *Sociedad de las naciones*, la sociedad civil (civil society) es la sociedad del intercambio y del comercio. También en Kant¹⁴ es la sociedad de las relaciones económicas, y se basa en la ley de la competencia y en la ambición de poder y riqueza. Voltaire¹⁵ hace su crítica al cristianismo en nombre y desde el punto de vista de la sociedad civil, con la que identifica el progreso económico y moral de Europa. Gramsci utiliza el término remitiéndolo exclusivamente al ámbito de la superestructura; “Por ahora, se pueden fijar dos grandes planos superestructurales, aquel que se puede llamar sociedad civil, es decir, el conjunto de las organizaciones vulgarmente llamadas “privadas”, y el de la sociedad política o Estado, que

corresponde a la función de hegemonía que el grupo dominante ejerce sobre toda la sociedad, y a la de dominio directo y de mando, que se expresa en el Estado y en el gobierno jurídico”16.

El cambio de significado del término sociedad civil de Marx a Gramsci es fruto de la relectura que el segundo hace del materialismo histórico y de la consecuente revalorización que realiza en clave estratégica para Occidente - de la superestructura y de la dinámica que alcanza en el bloque histórico, cuando el dato histórico se interpreta en su acepción de hegemonía y subjetividad colectiva. Recibe la influencia directa del análisis de la crisis del Estado liberal italiano y del advenimiento del fascismo; por ello, es este historicismo de Gramsci, en su vínculo teoría-historia, el que permite una lectura diferente del concepto de sociedad civil, nueva tanto en relación con Hegel como con Marx, pues lo que confiere su originalidad es la relación con el Estado y la individualización de un nuevo nexo entre economía y política.

Así, en Gramsci también la sociedad civil se relaciona con las relaciones económicas, aunque no se limita a ellas.

En efecto, se trata de una concepción original, que Gramsci formula teniendo en cuenta la concepción histórica y dialéctica de Marx de superestructura en su relación con lo económico. Este nuevo acento gramsciano tiene dos direcciones. Por una parte, separa la sociedad civil de la esfera de las relaciones económicas y la pone en la superestructura, concediendo a esta última un papel de mayor dinamismo del que tiene en la visión clásica. Por otra parte, distingue en la superestructura el momento fundamental del consenso, que es típico de la sociedad civil, del momento coercitivo de la ley, que por el contrario es típico de la sociedad política, es decir, del Es-

tado. Desde un punto de vista metodológico, se podría decir que, en tanto ideología, la sociedad civil comprende todas las disciplinas de la ciencia, el arte y la cultura en general; en su interior, encontramos tanto la estructura ideológica que crea y difunde la ideología como los aparatos ideológicos, es decir, los instrumentos técnicos para la difusión de la ideología en el conjunto de la sociedad.

De ella forma parte la concepción del mundo que la clase dominante trata de imponer como la única posible, como un factor objetivo que debe representar a toda la sociedad y se utiliza para mantener ligados a los demás estratos de la sociedad, incorporando la filosofía, la religión, el sentido común, el folclore.

Gramsci define la ideología como una concepción del mundo que se manifiesta en el arte, en el derecho, en la actividad económica, en todas las manifestaciones de la vida individual y colectiva, sin establecer una relación lineal y reductiva de este dato y todo ello se expresa en la sociedad civil. Pero en la sociedad civil - y este es un elemento determinante que la metodología gramsciana permite identificar con claridad - no sólo existe la ideología, la concepción del mundo e incluso los instrumentos ideológicos de las clases dominantes, que aún predominando se ven enfrentados por la “sociedad civil” de la otra clase fundamental, cuando ésta está en condiciones de expresarla. La ideología de las clases fundamentales es orgánica, es decir, sobrepasa la esfera del reflejo de lo económico para interpretar prácticamente todas las actividades de los grupos fundamentales.

En el caso del proletariado, su concepción revolucionaria del mundo es la filosofía de la práctica, que realiza la unidad de la superestructura ideológica. Ello, porque la filosofía es la concepción del mundo más elaborada,

que supera esferas tales como la religión, el sentido común, el folclore. Esta filosofía influye sobre todos los aspectos de la vida de la sociedad, e incluso define las normas a las cuales deben someterse todos los estratos.

En este caso, la filosofía en los estratos subalternos se transforma en sentido común y se transmite de generación en generación, siendo aceptado como algo inherente al funcionamiento de la sociedad. La filosofía transformada en sentido común permite la agregación de los “simples”, que en el capitalismo - pese a los niveles de desarrollo cultural y técnico que los obreros y productores subalternos adquieren en correlación con el propio desarrollo tecnológico productivo - se busca mantener como “simples”; es decir, es como una filosofía primaria y alejada del real ejercicio de la “cuestión pública”, o sea, del poder.

El sentido común - que Gramsci define como “caracteres difusos y dispersos de un pensamiento genérico de una cierta época en un cierto estrato popular”¹⁷ - amalgama las ideologías tradicionales, utiliza la religión, las supersticiones y creencias del pasado que subsisten en especial en las regiones más atrasadas. Esto es evidente en América Latina, incluso en países donde la Iglesia ha renovado fundamentalmente su mensaje a través de la Teología de la Liberación.

El nexo entre filosofía, historia e ideología lo realiza la acción política que desciende desde la filosofía dominante al sentido común, garantizando así la unidad del bloque histórico.

Como se ha señalado, Gramsci estudió la articulación interna de la sociedad civil, extremadamente compleja. A través de la estructura ideológica de la clase dominante - organización material que permite mantener y de-

sarrollar el “frente teórico”-, es decir, de las instituciones de difusión de la ideología, se organizan los medios que utiliza para influir de manera permanente en la llamada “opinión pública”.

Para Gramsci, los instrumentos fundamentales de la estructura ideológica son la Iglesia en su papel conservador –que habiendo perdido el monopolio absoluto que poseía en la sociedad autocrática conserva sin embargo una posición de predominio en especial entre los “simples”-, el sistema de enseñanza y los medios de comunicación de masas. Este esquema debe verificarse a nivel nacional, buscando discernir los papeles que cada institución de la sociedad civil desempeña y sus niveles de dependencia o autonomía de la cultura dominante.

En el mundo católico, la Teología de la Liberación formulada en América Latina aparece en efecto como una toma de conciencia de los problemas que en especial afectan a los sectores populares, en la cual la defensa de los derechos humanos y de los valores democráticos –muchas veces en contraposición a las clases dominantes, en especial en regímenes militares- y la denuncia de los males de la sociedad claramente identificada con un sistema no generan conformismo o pasividad, sino que contribuyen a despertar a enormes masas de creyentes que se incorporan a la lucha social utilizando este canal. En tanto metodología e instrumento de análisis de la realidad social que importantes sectores del mundo católico han incorporado a su bagaje cultural, hay un vínculo con el marxismo más humanista y un nuevo desarrollo positivo de la doctrina social de la Iglesia.

De igual modo, otras instituciones alcanzan grados de autonomía en momentos de agudos conflictos de clase y cuando la burguesía no logra mantener su hegemonía sobre el conjunto de la sociedad. Las reformas univer-

sitarias, el tejido de organizaciones culturales populares donde se suman los elementos de la “sociedad civil alternativa”, es decir, las instituciones e instrumentos de ideología orgánica del proletariado y de las clases subalternas; los partidos, los sindicatos, los medios de comunicación de masas. Todas estas instancias permiten, de acuerdo a la elaboración de Gramsci, que las clases oprimidas, en determinadas condiciones de desarrollo del sistema capitalista, puedan adquirir, incluso antes de llegar al poder político y como condición para generar las situaciones de alianza y de correlación político social, una presencia en la esfera de la ideología capaz de contrarrestar a la sociedad civil dirigente e influir no sólo sobre las clases subalternas sino también en el conjunto de la sociedad.

En síntesis, la sociedad es el lugar específico de producción del consenso, y por tanto la base real, la garantía de estabilidad del Estado, y es también la sede del desarrollo de la hegemonía, en tanto representa la dirección política y moral de un grupo social. Es el contenido ético del Estado. A través de la sociedad civil, el Estado forma el consenso, trata de elevar a las masas al nivel de las exigencias del modelo productivo, para asimilarlas al proyecto del grupo social dominante.

En este mecanismo se fundamenta la transformación de la dimensión parcial de área de influencia de la clase dominante en cuanto hegemonía a una dimensión del conjunto de la sociedad.

De allí el papel esencial que Gramsci otorga a la superestructura y en particular a la sociedad civil. Esta “catarsis”, o paso de lo objetivo a lo subjetivo, es un elemento fundamental en la estrategia revolucionaria en Occidente. La sociedad política o Estado, en un sentido restringido, es la sede de ejercitación del dominio directo sobre la sociedad, ya sea a través

del gobierno jurídico o a través de los aparatos coercitivos estatales que aseguran “legalmente” la disciplina de los grupos que se rebelan. Gramsci subraya cómo el momento político militar representa la prolongación y concretización directa del dominio económico e ideológico ejercitado por una clase fundamental sobre el conjunto de la sociedad.

Gramsci entrega una visión amplia del momento de fuerza, que no se refiere esencialmente a la aplicación de la coerción, sino que se articula de acuerdo con el grado de relación que existe entre la sociedad política y la sociedad civil. Si la primera es autónoma y la sociedad civil dominante es débil, habrá una dictadura pura, aplicándose sobre todo al plano técnico militar.

Si la sociedad política y la sociedad civil tienen igual fuerza - como ocurre en la sociedad capitalista parlamentaria desarrollada - se ejerce una hegemonía política, es decir, hay una dirección política de la coerción.

El Estado ejerce la coerción a veces de manera abierta, a veces oculta. Si la presión de los sectores sobrepasa el consenso establecido por la clase dominante, el Estado recurre a la coerción “legal” para conservar su poder y rearticular - si se trata de una clase dominante con suficiente capacidad política e ideológica - su esfera de consenso a través de la extensión de la sociedad civil, buscando reprimir pero a la vez integrar el disenso en la nueva fase de reorganización del sistema.

En cambio, si se produce una verdadera crisis orgánica del bloque histórico y la clase dominante pierde el control de la sociedad civil, recurrirá a la sociedad política para conservar el poder.

Esta diferenciación de crisis orgánica es vital en Gramsci para fijar una estrategia revolucionaria con capacidad de victoria, ya que no toda crisis, toda descompensación entre sociedad civil y sociedad política, genera una crisis del bloque histórico, o como lo llama Lenin, una “situación revolucionaria”.

Por cierto, Lenin hizo frente en Rusia a un Estado en sentido estricto. Desde hace tiempo, el Estado capitalista ha dejado de ser el Estado, es decir, el Estado que tutela el orden público (el orden del sistema) y el respeto a las leyes, para transformarse - con el advenimiento del capitalismo monopolista de Estado y del imperialismo, como Lenin incluso lo ha explicado - en un Estado que ha sido elemento determinante del sistema en la economía y en la ideología.

Por ello, Gramsci no siempre asocia Estado y sociedad política. Así, la capacidad de coerción del aparato estatal es dirigida por un personal intelectual definido, “es la burocracia... que ejerce el poder coercitivo y que en un cierto momento se transforma en una casta...”¹⁸. Como ocurría inicialmente en el capitalismo y como sucede en países de estructura mixta, las clases dirigentes tradicionales de la sociedad que habían sido desplazadas del poder fueron integradas a través de la concesión de privilegios en la esfera burocrático militar.

Por razones de tipo metodológico se presentan en forma separada la sociedad política y la sociedad civil. En verdad, ambas están íntimamente ligadas en la superestructura, y operan en un cuadro de unidad dialéctica. Es importante destacar que para Gramsci no existe ningún Estado donde se pueda mantener el poder sólo por medio de la coerción o del consenso como elemento de base de la hegemonía.

Hay quienes, dando una interpretación de Gramsci como “teórico de la sociedad civil”, han querido demostrar que en su análisis de la función ideológica del Estado, tanto en la sociedad moderna como en la socialista, dejaba de lado la presencia del Estado en sentido restringido, es decir, como función coercitiva. Por el contrario, Gramsci señala que un sistema que sólo se base en el consenso para conservar la dirección “es pura utopía, pues está basada en el presupuesto de que todos los hombres son iguales, y que por tanto son igualmente razonables y morales, es decir, pasivos en la aceptación espontánea de las leyes, libremente y no a través de la coerción impuesta por otra clase, como algo externo a la conciencia”¹⁹.

Así, en la relación entre sociedad política y sociedad civil, y en tanto que existe el Estado, siempre expresión de una clase predominante y de sus intereses, de su predominio estructural, económico e ideológico, ambas esferas de la superestructura actúan en un vínculo continuo y dialéctico. Sin embargo, es claro que Gramsci, poniendo el acento en la hegemonía y en el consenso como condición para la conquista y el mantenimiento del poder, pensaba que estos elementos, en el capitalismo como en el socialismo, son premisa fundamental de un Estado sólido, seguro y en permanente transformación.

Sin duda, no hay mayor fuerza que aquella derivada del prestigio y de la hegemonía apoyada por un consenso activo, libre y por lo tanto crítico. Gramsci explica en forma esta función, señalando: “Cuando desea realizar una acción impopular, el Estado crea de manera preventiva una opinión pública adecuada, es decir, organiza y centraliza ciertos elementos de la sociedad civil. Hay una historia de la “opinión pública”. Naturalmente, siempre han existido elementos de opinión pública, incluso en las etapas asiáticas; sin embargo, la opinión pública, tal como se la entiende hoy, ha

nacido tras la caída de los estados absolutos, es decir, en el período de la lucha de la nueva clase burguesa por la hegemonía política y la conquista del poder. La opinión pública es el contenido político de la voluntad política pública, que podría ser discordante. Por ello existe la lucha por el monopolio de los órganos de la opinión pública – periódicos, partidos, parlamentos -, de modo que una sola fuerza modele la opinión y por lo tanto la voluntad nacional, disgregando a los discordantes en un polverío individual e inorgánico”²⁰.

No existe una opinión pública imparcial y objetiva, ésta siempre está determinada por las relaciones constantes entre gobierno político y sociedad civil, con la perspectiva de lograr el consenso en torno al Estado. Si el Estado tiene en su poder los principales órganos de comunicación de masas y éstos no son en su mayoría privados, ejerce directamente, sin mediación, la función de moldear la opinión pública.

Esto se apreciaba con claridad, según Gramsci, en los países capitalistas desarrollados. Pero, una vez más, el análisis debe ser concreto, pues el proceso histórico ha producido profundas transformaciones en la distinción de papeles, y en aquellos países donde las fuerzas populares son poderosas y tienen una presencia real en la sociedad civil, el control estatal de los medios de comunicación y la lucha por un relativo pluralismo en la transformación se da a nivel de Estado, y por ende, solo en parte logra una cierta mediación en la correlación de fuerzas en los planos de la cultura y la ideología.

Por lo tanto, es positivo que el Estado tenga en sus manos éstos órganos, ya que la privatización de ellos trae consigo un dominio directo y un control aún mayor de la clase dominante. El problema de los medios de comunicación

de masas es decisivo para un movimiento que busque incorporar sus propias ideas y proposiciones en la sociedad y lograr un papel hegemónico en ella.

El Estado moderno capitalista ha creado un amplio sistema de “servicios públicos intelectuales”, que en otras formaciones sociales estaban en manos de entidades privadas, y en particular de la Iglesia. Ello se debe a la necesidad que tiene la sociedad de masas - donde los mensajes ideológicos son múltiples, diversificados y se transmiten con enorme rapidez - de unificar la ideología difundida a la sociedad civil.

Según Gramsci, la relación y diferenciación entre sociedad política y sociedad civil es vital para determinar una estrategia adecuada a las condiciones específicas del bloque histórico que se proponga cambiar un sistema concreto de hegemonía de una clase dominante.

Desde un punto de vista estratégico, en la sociedad capitalista ambas sociedades experimentan un desarrollo homogéneo, por lo que las clases dominantes pueden mantener siempre el poder a través de una amplia “dirección intelectual y moral”, impregnando de su ideología todo el sistema, aunque en los momentos de conflicto agudo, no renuncie al uso del poder coercitivo del Estado. Existe un bloque social progresivo; en este caso, lo primordial es la sociedad civil, que constituye una estructura fuerte, consistente, de difícil disolución.

En estos países, una revolución que comprometa efectivamente el bloque histórico pasa por una lucha de larga duración para desarticular la sociedad civil dirigente, y con ello poner en una situación de crisis al poder político de la clase dominante. Pero ello es imposible sin que se produzca una des-

articulación de los factores que constituye esa “fuerte cadena de fortaleza” de la cual habla Gramsci.

Esto supone no sólo una poderosa organización de las clases subalternas, sino que ellas sean capaces de elaborar ideología, de crear sus propios núcleos intelectuales. En primer lugar, en las clases subalternas se requiere una revolución intelectual y moral, y en el caso del proletariado, la extensión de su ideología, de la filosofía de la práctica a la mayor parte de los estratos de la sociedad, para poner en crisis el dominio intelectual de la burguesía.

La situación es diferente, decía Gramsci, en Estados donde la sociedad política es todo y la sociedad civil es “primitiva e informe”, puesto que el enfrentamiento de clases se reduce a términos esenciales: la conquista y destrucción del aparato coercitivo del Estado, el desarrollo de la nueva estructura económica y la construcción de una verdadera sociedad civil. Es decir, estamos en presencia de un bloque histórico regresivo. En este caso, la lucha se concentra en el Estado. En cambio, en el primer caso, la lucha se concentra en la sociedad civil, como etapa obligatoria para la conquista del Estado. Se requiere una amplia “guerra de posiciones” que no puede confundirse con una actitud intelectual, de espera, de ausencia de lucha de masas, sino que por el contrario es la forma de lucha que requiere mayor concentración de alianzas, consenso, lucha política y hegemonía, por lo que es más difícil.

En síntesis, para Gramsci “Estado (en su acepción integral) = sociedad política + sociedad civil, es decir, hegemonía acorazada de coerción”¹⁸. Para ser precisos, debemos señalar que en los Cuadernos de la cárcel Gramsci establece una diferencia doble en cuanto a los tipos que asume el Estado:

ESTADO (sociedad política) contrapuesta a sociedad civil.

ESTADO (integral) como unidad dialéctica sociedad civil/sociedad política.

Junto con los conceptos de sociedad civil, sociedad política, Gramsci utiliza los de Estado y gobierno, haciendo así posible la distinción de dos bloques en la sociedad política: el aparato propiamente coercitivo y el aparato intelectual de dirección del Estado, que puede alcanzar diversas formas, de acuerdo con la elasticidad y amplitud del régimen político de que se trate.

Desarrollando la ecuación, Gramsci señala que se debe entenderse por Estado “todo el conjunto de actividades prácticas y teóricas con las cuales la clase dirigente justifica y mantiene su dominio y además logra obtener el consenso activo de los gobernantes”²¹. A través de este proceso, Gramsci identifica las verdaderas raíces del Estado - reivindicando su profunda visión marxista de este fenómeno - en lo económico con las clases, es decir, el Estado con el grupo económico fundamental.

Con esta identificación, señala a la vez que es en el Estado (en su calidad de Estado integral) donde se explica la iniciativa histórica del grupo dirigente, y que el Estado mismo es la realización de esta iniciativa.

Es evidente que en Gramsci la concepción del Estado constituye una extensión y una superación creadora de la concepción leninista, lo cual no es de sorprender, en la medida en que ambos, remitiéndose a Marx y su metodología, operan en situaciones históricas diferentes, donde la acción política se desarrolla en tiempos y climas intelectuales distintos.

Al respecto, cabe recordar la similitud entre la elaboración de Lenin del frente único y la concepción gramsciana de la guerra de posición. Por el hecho de que Lenin murió en 1924, se vio interrumpida su reflexión acerca del Estado, en circunstancias que seguramente habría continuado el camino que ya había abierto en relación con las sociedades intelectuales, siendo incluso es especulativamente posible que la historia del propio Estado soviético de los años treinta se hubiese escrito de diferente manera.

Lo que cambia entre Gramsci y Lenin no es el concepto de la naturaleza del Estado en tanto Estado de clases, sino su fisonomía histórica y su articulación concreta en la sociedad de capitalismo avanzado, a través de la dialéctica entre sociedad civil y sociedad política. Es decir, la originalidad de Gramsci reside en que da una nueva formulación del marxismo en esta fase y en este escenario.

Ello constituye un salto significativo en la teoría política del marxismo, que no se tuvo en cuenta, sobre todo, en las fracasadas experiencias del “socialismo real”, donde Gramsci era considerado una herejía para la ortodoxia del marxismo-leninismo.

Se debe poner énfasis en la importancia que Gramsci otorga a la hegemonía, tanto para la afirmación de una nueva clase y como condición de su ascenso a nivel del Estado, como para el mantenimiento del poder. Además, la importancia que tiene para él la sociedad civil configura de manera nueva el papel del partido revolucionario, superando, por una parte, una estrecha concepción economicista o sindical corporativa, y por la otra, la visión estalinista del partido - Estado, transformando en máquina burocrática coercitiva

El hecho de que el movimiento comunista - en la codificación doctrinaria que significó el estalinismo y el breznevismo en la Unión Soviética - haya conocido con retraso o haya dejado de lado deliberadamente la elaboración política de Gramsci, ha privado al marxismo de una aproximación al gran tema de la democracia y de su afirmación universal. La presencia de Gramsci es evidente en el papel central que se otorga al consenso activo, en la superación de la visión mecánica de la relación entre superestructura y estructura, en la atención otorgada a lo cultural y al papel de los intelectuales, en la distinción entre guerra de posición y guerra de movimiento.

Sin duda, todo ello significa un cambio radical de estrategia y de preparación del movimiento obrero y de su bloque de poder - como lo llamaría Togliatti²³ - para la conquista del Estado. La elaboración gramsciana, que como se verá está ligada a la visión del último Marx y del último Lenin, supera definitivamente la concepción blanquista de la revolución: la espera y el trabajo revolucionario para producir la hora X del asalto al poder, donde todos los demás elementos utilizados en la lucha revolucionaria aparecen como simples instrumentos.

A partir de esta elaboración, Enrico Berlinguer decía en 1971: “La construcción de un bloque histórico no puede reducirse a un agrupamiento de fuerzas sociales que sin duda constituye su base. El nuevo bloque histórico puede nacer si se sitúa conjuntamente sobre la estructura y la superestructura, en la esfera de las relaciones políticas y del Estado; si se realiza una acción en los planos cultural, intelectual y moral, que tienda a aglutinar un conjunto de fuerzas, la mayoría del pueblo, en torno a un sistema de ideas y valores”²⁴.

Esto altera de modo innovador la práctica de los partidos comunistas e izquierdistas en general, ya que con frecuencia las alianzas se han construido en torno a los aspectos económicos, sociales y políticos, dedicándose una atención menos a los problemas de la transformación de las costumbres, de la cultura, de la ideología corriente, de las relaciones espirituales entre los individuos, de las instituciones donde se organiza la vida cotidiana; es decir, en los terrenos donde se afirma la hegemonía ideológica y política de una clase sobre otra, que Marx llamaba el ámbito de las necesidades más ricas del hombre.

El aporte original de Gramsci puede resumirse en que, desarrollando el término sociedad civil y llevándolo exclusivamente a la esfera de la superestructura, atribuye un papel determinante a la dirección cultural y moral de la hegemonía de la clase dominante y al predominio de la sociedad civil en la superestructura de las sociedades desarrolladas. Con Gramsci, el marxismo supera la dicotomía de Marx entre estructura y superestructura, entre sociedad civil y Estado, y supera una visión reductiva del Estado, concebido sólo como aparato coercitivo. La relación Estado - sociedad civil dirigente y alternativa modifica la nomenclatura misma del Estado, considerado en una relación mecánica con las clases.

Esta distinción es importante, ya que contrariamente a cuanto afirman algunos estudiosos que critican a Gramsci (como Perri Anderson, entre otros), éste no formula su teoría de la hegemonía y los conceptos de sociedad civil y sociedad política aplicándolos a la burguesía o al capitalismo. Esta visión interpretativa es válida tanto para la burguesía como para el proletariado, para el capitalismo y para el socialismo, Gramsci teoriza para los nuevos grupos sociales que entran a la vida estatal, y para la constitución de una

fase que denomina “Estatolatría”, como condición en la creación de la nueva sociedad civil autónoma.

En el socialismo, según Gramsci, la sociedad civil es un polo de una dialéctica con la sociedad política, diferente de aquella que se genera en una formación social capitalista. El proletariado es una clase que, desde el punto de vista de los intereses históricos, se pone en situación de asimilar a toda la sociedad.

La transformación del cuadro social se producirá a través de diversas fases, en las que el “elemento Estado-coerción puede suponerse en situación de agotamiento, junto con la afirmación de los elementos más importantes de la sociedad reglamentada (Estado ético o sociedad civil)”²¹. En otras palabras, puede desaparecer el aspecto coercitivo del Estado. De este modo, lo que en Lenin era excepcional, en Gramsci es un proceso necesario.

Los fracasos de los llamados socialismos reales se produjeron precisamente por haber configurado en Estado-dictadura del partido, donde lo primordial ha sido el factor de dominio - con mayor o menor grado de coerción evidente u oculta - con subordinación a la sociedad política por parte de la sociedad civil oficial, pobre y desnaturalizada, y el aplastamiento de los factores ideológicos, culturales y éticos presentes en la sociedad.

La explosión desencadenada por la perestroika y la exigencia de la libertad y democracia en los países del Este europeo demostraron la ausencia total del consenso en la sociedad respecto de los grupos dirigentes, y revelaron la existencia de un Estado que, después de decenios de dominio, nunca dejó de ser dictadura, que fue incapaz de generar un régimen político democrático y una cultura socialista de masas.

Dando la razón a Gramsci, esta experiencia demuestra, además, que el elemento fundamental para el mantenimiento en el poder no son las armas ni los ejercicios. El factor principal - por cierto no el único, pero sí determinante - es la hegemonía que una alianza política, una clase, un grupo social, ejerce sobre el conjunto de la sociedad, y el grado de adhesión activa y participativa que su política encuentra. Si esto no existe, en un momento de crisis y de disgregación del sistema no habrá ejército que pueda impedir la desestabilización y la caída del gobierno e incluso del régimen político.

Para Gramsci en un sistema que al menos es socialista desde el punto de vista de las relaciones de producción, esta crisis son más agudas que en el propio capitalismo, dado que no existe una clase interesada en defender posiciones económicas o de poder que no le pertenecen y de las que no se siente participe, ya que efectivamente el poder ha estado en manos del aparato dirigente del partido, privándose del ejercicio de los derechos ciudadanos a la sociedad.

3. Lenin y el Concepto de Hegemonía

Los estudiosos del pensamiento gramsciano señalan que el máximo punto de encuentro de éste con el leninismo está precisamente en la conceptualización de la hegemonía, definida por Gramsci como sinónimo de dirección ideológica, cultural y ética en sus diversas fases y niveles, con lo cual, es claro, refleja sólo una parte del concepto de dictadura del proletariado utilizado por Lenin, que, en cambio, incluye tanto el momento coercitiva como los momentos de persuasión, de educación y de creación de una nueva civilización.

En Engels se encuentran varias menciones al ejercicio de la hegemonía política, pero puesto que se refiere sobre todo a la explicación del paso de la sociedad primitiva a la sociedad de clases que aparece con la esclavitud, le atribuye un contenido más vinculado a la relación “desarrollo de las fuerzas productivas-formación de grupos sociales” que a la relación “dirección de clase-ideología y política”, explicitada por Lenin.

Particularmente en *El Estado y la revolución*, al referirse a la dictadura del proletariado, Lenin no utiliza el término hegemonía. Por cierto, en esta obra, escrita en polémica con la Segunda Internacional, Lenin confiere calidad de marxista no sólo al reconocimiento de la lucha de clases, sino también al hecho de que ella conduce a la dictadura del proletariado, utilizando el término de Marx.

Sin embargo, en esta obra y en otras que se refieren a la dictadura del proletariado, la noción de hegemonía se encuentra en la sustancia de la elaboración leninista sobre el Estado, entendida sobre todo en el plano de la creación de alianzas políticas para lograr el objetivo de la conquista del poder. En *El Estado y la revolución*, Lenin hace una distinción entre función coercitiva y la función de consenso de la acción del proletariado convertido en Estado, señalando: “En realidad, este período es inevitablemente un período de lucha de clases de un encarnizamiento sin precedentes, en que ésta reviste formas agudas nunca vistas, y, por consiguiente, el Estado de este período debe ser inevitablemente un Estado democrático de *manera nueva* (para los proletarios y los desposeídos en general) y dictatorial de *manera nueva* (contra la burguesía)”²⁷. De esta cita Lenin puede extraerse:

a) La concepción de dictadura del proletariado como período de aguda lucha de clases, y por tanto, un período de pugna no sólo por la hegemonía

sino también por el control, incluso militar, del aparato estatal, donde el proletariado necesita defender su conquista venciendo la resistencia de la burguesía, cualquiera que ésta sea.

b) La concepción de la dictadura del proletariado como Estado democrático nuevo, diferenciándolo del Estado democrático burgués, pero que aún no es Estado socialista.

c) La dictadura del proletariado, diferente en su esencia a todas las demás dictaduras de clase, pues elimina la violencia económica de la desposesión y porque, como dictadura, no sólo usa como el instrumento principal la coerción, sino que también ejerce una labor ideológica, moral, política, de educación, para ampliar las bases de su existencia.

En consecuencia, en Lenin, la dictadura del proletariado debía ser una dictadura que se impone para crear las condiciones de desarrollo objetivo y subjetivo que le permitan desaparecer como tal. En el prólogo de *Cómo se engaña al pueblo*, Lenin insiste en su concepción de dictadura en sus dos funciones descritas, pero acentuando su carácter de alianza, de coalición, de “generación de consenso”. “La dictadura del proletariado es una particular forma de alianza de clases entre el proletariado, vanguardia de los trabajadores, y los numerosos estratos de trabajadores no proletarios (pequeña burguesía, pequeños propietarios, campesinos, intelectuales, etcétera) o la mayor parte de ellos”²⁸.

Aquí Lenin se refiere además a la noción de hegemonía, en el sentido de vanguardia dentro de la alianza de clases. Sin embargo, donde las referencias a esta noción de hegemonía son específicas se encuentran en un análisis de la revolución de 1905. Este análisis es de vital importancia, ya que a

través de él Lenin establece, por una parte, la relación entre la revolución democrática burguesa y el avance de su revolución socialista, y por la otra, da a la clase obrera el papel hegemónico en una revolución en la que, por las condiciones particulares de desarrollo de la burguesía rusa, no estaba en condiciones de ponerse a la cabeza del proceso revolucionario de llevar adelante consecuentemente un proceso de esta naturaleza. A diferencia de la burguesía francesa, la rusa buscaba más bien compartir el poder con la aristocracia que arrebatárselo. De la individualización que hace Lenin del carácter específico en Rusia deriva la posibilidad de que el proletariado cumpla una función hegemónica en la lucha democrática burguesa, incluso si “la revolución burguesa es una revolución que no sale del marco del régimen económico y social de la burguesía... Aún así, la revolución burguesa es absolutamente necesaria para el proletariado. Mientras más completa y decisiva sea, mientras más consecuente, tanto más estará garantizado el éxito del proletariado en su lucha contra la burguesía y por el socialismo”²⁹.

En este análisis se observa con claridad el pensamiento dialéctico de Lenin, y se encuentran las bases de su concepción de la relación entre democracia y socialismo en las condiciones particulares en que su autor operó. Lenin explica con claridad que la ampliación de la democracia es ventajosa para el proletariado pues la burguesía teme el desarrollo de su propia revolución, teme un desarrollo que pone en peligro su poder y la propiedad privada. “Esta conclusión puede parecer nueva, extraña y paradójica sólo a quienes ignoran el ABC del socialismo científico. De esta conclusión deriva, entre otras cosas, el hecho de que la revolución burguesa es, en cierto sentido, más ventajosa para el proletariado que para la burguesía... Para la burguesía es más ventajoso que las necesarias transformaciones democráticas se cumplan de manera gradual, más lentamente, con mayor prudencia, menos

resueltamente, mediante reformas...de manera que estas transformaciones contribuyan lo menos posible a desarrollar la acción revolucionaria de los obreros y de los campesinos”³⁰.

Lo que interesa aquí es rescatar la conclusión a que llegó a través de estas consideraciones que en 1905 llevaron a transformar la revolución democrático burguesa en un proceso democrático revolucionario a través de la dirección de la clase obrera que, en alianza con el campesinado, logró neutralizar a la burguesía contra el zarismo y todos los vestigios del pasado. “Según el punto de vista del proletariado, la hegemonía pertenece a quien lucha con mayor energía, a quien aprovecha cada ocasión para asestar un golpe enemigo, a aquel cuyas palabras se corresponden con los hechos, a quien es, en consecuencia, el jefe ideológico de la democracia”³¹.

Así pues, de acuerdo con la concepción leninista, la hegemonía se realiza en el terreno de las ideas, y cuando la dirección política sabe realizar la unidad interactuante entre pensamiento y acción. Como señala Christine Buci-Glucksman, la noción leninista de hegemonía puede concentrarse en: 32

a) La hegemonía como dirección de clase, lo que significa que la clase obrera se constituye en clase independiente, con un partido y una ideología propios.

b) La hegemonía es dirección de clase que se lleva a cabo en un “bloque de alianzas”. Por lo tanto, aquí la clase obrera desempeña el papel de “fuerza motriz de la revolución”, que busca un amplio apoyo de acción de masas para lograr sus objetivos.

c) La hegemonía se conquista en la lucha.

d) La hegemonía se ejerce en un contexto de “relación de consenso prioritario” y de “coerción secundaria”, de acuerdo con las condiciones concretas.

Esta visión leninista de hegemonía es compartida por Gramsci en su fase de *Ordine Nuovo*, y de ella se diferencia nítidamente en el período de la elaboración de los *Cuadernos de la cárcel*, construyendo una concepción del Estado completamente diversa.

4. Hegemonía y Extensión del Concepto de Estado en Gramsci

El tema de la hegemonía constituye el centro de toda la concepción de la superestructura en Gramsci, y la base de la formulación de su estrategia revolucionaria para Occidente. A través de ella se expresa la relación entre sociedad civil y Estado, la dialéctica entre consenso y coerción, la diferencia entre guerra de posición y guerra de maniobra, y se define el papel de los intelectuales y del propio partido.

Parafraseando lo que Gramsci señala de Lenin en relación con el concepto de hegemonía, se puede señalar que este concepto es en efecto el máximo aporte de Gramsci al marxismo. Extrae la noción de hegemonía del pensamiento de Lenin y de su acción política relativa a la transformación del Estado. En *Cuadernos de la cárcel* sostiene: “El principio teórico práctico de la hegemonía es el máximo aporte teórico de Ilich (Lenin) a la filosofía de la práctica”. Esto constituye la elaboración más importante del marxismo contemporáneo, ya que “el momento de la hegemonía o de la dirección cultural es, en efecto, sistemáticamente revalorado, en oposición a la concepción mecanicista y fatalista del economicismo. Es posible afirmar que

el momento esencia de la más moderna filosofía de la práctica consiste, en efecto, en el concepto histórico político de hegemonía”³³.

Algunos estudiosos de Gramsci, como por ejemplo L. Gruppi, han señalado que cuando éste utiliza el concepto de hegemonía entiende, en la práctica, dictadura del proletariado. Desde mi punto de vista, el concepto de hegemonía en Gramsci supera histórica y teóricamente la noción de dictadura del proletariado. En Lenin, la dictadura del proletariado incluye coerción y persuasión, y se debe poner énfasis en esto, ante la deformación estalinista que acentuó sólo el momento de la violencia implícita en el.

En Gramsci, hegemonía es sinónimo de dirección cultural, en un componente obligatorio de la ampliación social e ideología del Estado en general y del Estado obrero en particular. Ello permite distinguir entre sociedad civil y sociedad política, y establecer el equilibrio orgánico que existe al interior de un Estado en estos dos momentos de la superestructura.

Esta diferenciación, que no es sólo metodológica sino sobre todo política, permitió a Gramsci establecer la trilogía de la estrategia revolucionaria para el Occidente - “hegemonía civil-guerra de posición-frente único”- , y a la vez determinar el terreno de aplicación de la hegemonía y la coerción en el ámbito del enfrentamiento entre las clases fundamentales en disputa, y de la asunción del proletariado en su doble papel en cuanto se configura en Estado: represión y violencia para apagar la resistencia de la contrarrevolución, condición hegemónica respecto de todas las clases y grupos subalternos (que son más amplios en el Occidente desarrollado de lo que eran en la Rusia zarista), y que una vez consolidado el nuevo poder se convierte en una extensión al conjunto de la sociedad de la dirección ética, ideológica y política. De allí que en Gramsci aparezcan reformulados los elementos de

la concepción leninista del Estado, extendidos a la realidad del Occidente y del mundo de las décadas inmediatamente posteriores a la muerte de Lenin.

No parece tener razón H. Portelli³⁴ cuando sostiene que Lenin no utilizó el término hegemonía, usando sólo el de dirección.

Más allá del problema semántico, como se ha visto. Lenin en efecto utiliza la noción de hegemonía, sobre todo antes de la Revolución de Octubre, ligada al problema de la alianza de clases y a la revolución democrático burguesa, y después utiliza el de dirección, donde aparecen varios de los elementos que en Gramsci constituyen la revolución cultural y moral.

El término hegemonía está muy presente en el debate de los revolucionarios rusos de fines del siglo XIX. En Plejánov es sinónimo de conducción política de la burguesía, y más tarde del papel dirigente que el proletariado debía asumir en la lucha contra la aristocracia zarista. En una carta a Plejánov de comienzos de este siglo, Lenin habla de la necesidad de un partido político, como único medio para preparar una “hegemonía” verdadera del proletariado ³⁵.

La referencia es más clara y está ligada al problema de la conquista de la conciencia revolucionaria por parte del proletariado después de 1905: “Las tareas del proletariado que surgen de esta situación son completa y absolutamente definidas. El proletariado, única clase revolucionaria, hasta el fin de la sociedad contemporánea debe ser dirigente y tener la hegemonía en la lucha de todo el pueblo por la revolución democrática completa, en la lucha de todos los trabajadores y explotados contra los opresores y explotadores. El proletariado es revolucionario sólo cuando tiene conciencia de esta hegemonía y la realiza”³⁶.

Sin embargo, donde la noción de hegemonía aparece más explícita y desarrollada –constituyendo seguramente la fuente más directa de Gramsci– es el debate y en las resoluciones de los primeros congresos de la Tercera Internacional Comunista. Allí se utiliza comúnmente hegemonía aunque solo como dirección de la alianza de clases, que permite al semiproletariado y a las masas campesinas elevarse política y culturalmente. En el Cuarto Congreso, hegemonía se utiliza también como sinónimo de dominio de la burguesía sobre el proletariado.

Es interesante la forma en que el documento establece claramente los planos económico y político, dando mayor importancia al político, es decir, al hecho de que la clase obrera jamás podría poner en peligro la hegemonía de la burguesía si no logra superar su estadio corporativo para pasar al de la lucha de clases.

H. Portelli distingue tres momentos de unión entre la noción leninista de hegemonía y la de Gramsci:³⁷

1) La base de clases es la hegemonía. Esto está presente en ambos, aún cuando Lenin insiste en participar y dado el carácter de la Revolución de Octubre, sobre todo en el momento de la toma del poder, en la violencia que comporta el traspaso del poder de una clase a otra, de un Estado burgués al Estado proletario. En Gramsci, también aparece con claridad el análisis del momento político militar de la correlación de fuerzas del vínculo entre momento hegemónico espiritual y ubicación de las clases en la esfera de lo económico. Su contribución al enriquecimiento, pero también al cambio que el concepto experimenta, respecto de la concepción de Lenin se da en la extensión de la relación entre sociedad civil y sociedad política.

2) La organización intelectual de la hegemonía. Gramsci hace un enriquecedor análisis del papel específico de los intelectuales en el bloque histórico y en la generación del consenso y del papel del “moderno príncipe”, es decir, del partido, que es el aspecto en que Gramsci más se mantiene ligado a la idea de Lenin.

3) La necesidad de la constitución de una base social de la hegemonía. En Lenin, definida como “bloque obrero campesino”, es retomada por Gramsci en su análisis sobre Italia meridional. Para Gramsci mientras más amplia es la base social de la hegemonía, es decir, de la alianza, más poderosa es la hegemonía del proletariado y más reducido el poder de la burguesía.

La diferencia - que procede del terreno de análisis y del diverso momento histórico que ambos vivieron, con las distintas necesidades teórico-políticas que de ello se deriva - está en el hecho de que Lenin privilegia la hegemonía político - militar, debido a que la Revolución Rusa debía derrocar violentamente el Estado, un Estado donde la sociedad política directa tenía una supremacía total y las mediaciones ideológicas eran limitadas. Una vez conquistado el poder, Lenin plantea con profundidad el tema de la revolución cultural como condición de desarrollo, en un país donde más del 70 por ciento de la población era analfabeta.

En Gramsci, el terreno principal de lucha contra las clases dominantes se individualiza en la sociedad civil, dada la naturaleza que tiene en las sociedades occidentales y debido a la necesidad de disgregar la base de masas, el bloque de poder construido por la burguesía y de proponer una nueva civilización, caracterizada no sólo por la transformación económica e institucional, sino también por una amplia revolución ético ideológica. Es de-

cir, en Occidente la clase obrera debe conquistar la hegemonía cultural para proponerse ante la sociedad como alternativa real de poder a la burguesía.

Si Lenin había aplicado la noción de hegemonía al papel del proletariado en la revolución burguesa contra el poder feudal, si insurrección y hegemonía política se identificaban en la revolución de Octubre, y la hegemonía de dirección surgía como revolución cultural en el poder, Gramsci la utilizó en su análisis diferencial de las estructuras del poder burgués en Occidente.

Así, en la teoría gramsciana la hegemonía es, sobre todo, y en ello reside la novedad, la extensión de la teoría marxista del Estado, que se hace necesaria por las transformaciones de forma y de papeles que se producen objetivamente en los países capitalistas avanzados de los años treinta en adelante: capitalismo monopolista de Estado, nuevas funciones del Estado en los procesos de producción y reproducción incrementados, expansión de los aparatos ideológicos y en especial de los medios de comunicación, nuevas relaciones entre economía y Estado, entre lo social y lo político, entre masas e instituciones.

¿En qué consiste realmente la ampliación gramsciana de la teoría del estado? En que Gramsci individualiza en el Estado y mas allá de él, junto con el aparato represivo y burocrático definido por Lenin en *El Estado y la Revolución*, otro aparato, el hegemónico, constituido por la sociedad civil, a través de instituciones tales como la Iglesia, la escuela, los medios de comunicación, los partidos políticos, los sindicatos, que constituyen la “fuerte cadena de fortalezas” de la cual habla Gramsci 38.

Gramsci no inventó la sociedad civil en su vínculo con el Estado, lo que descubrió es que el Estado moderno se ha extendido, ha transformado en político todo

lo social, ha penetrado en la sociedad civil, en las instituciones privadas, y las ha transformado en elementos directos de apoyo al Estado, y por tanto, en esta ampliación, el Estado ha llegado a incluir la sociedad civil como componente suyo.

Desde el punto de vista de la estrategia revolucionaria, esto significa que el Estado, a diferencia del descrito por Lenin, no se destruye, sino se modifica el carácter restringido de sus instituciones y se universaliza su función social y cultural. Se debe destruir aquella parte burocrático militar que Lenin identificaba, conservándose (y aquí se vuelve al Marx del *Manifiesto*, que planteaba apoderarse del Estado para revertirlo a favor del proletariado) una parte de la antigua sociedad civil, y sobre toda la nueva sociedad civil creada por la clase subalterna en ascenso a su nuevo papel de clase dirigente.

Allí radica la diferencia entre Lenin y Gramsci. No se trata sólo de una diferencia subjetiva o semántica, sino de fondo, que incluye un límite de carácter histórico, ya que Lenin – que si bien incluyó este proceso, tanto con su visión de Occidente en rápida expansión como con la formulación del imperialismo – no previó esta ampliación del Estado.

Por cierto, no es casual el hecho de que Gramsci se inspirase en el Lenin del frente único, del Cuarto Congreso de la Internacional Comunista, de la NEP, es decir, a la forma mas amplia de Estado y de sociedad civil que contribuyó a la formulación de la estrategia revolucionaria para Occidente. Pero en esta fase, el proceso de internalización del leninismo está ya permeado por una visión madura de la historia de Italia, de Europa y de la cultura nacional.

Gramsci se vincula a Maquiavelo – recordemos cómo establece la relación entre Marx y Maquiavelo – para tomar en su propia concepción de hege-

monía esta doble naturaleza del centauro maquiavélico, de la bestia, del hombre, de la violencia y la civilización.

En la formulación del concepto de hegemonía hay también una notable influencia de los temas tratados por Croce. Gramsci señala explícitamente que, con lenguajes diversos, Croce y Lenin han contribuido a revalorizar el frente de la lucha cultural y a fundar la doctrina de la hegemonía como complemento del Estado fuerza. De Croce, Gramsci toma como instrumento de análisis el significado que éste atribuye a la cultura y al pensamiento en el desarrollo de la historia, el papel de los intelectuales y el concepto de hegemonía y de consenso como formas necesarias del bloque histórico. Pero advierte acerca de la necesidad de revisar la filosofía de Croce recurriendo al método empleado por Marx frente a Hegel. “En relación con la concepción filosófica de Croce, hay que realizar la misma reducción que los primeros teóricos de la filosofía de la práctica realizaron con la filosofía hegeliana. Y este es el único modo históricamente fecundo de determinar una renovación adecuada de la filosofía de la práctica, de elevar esta concepción que, por las necesidades de la vida práctica inmediata, se ha ido “vulgarizando” a la altura que debe alcanzar para la solución de los objetivos más complejos que el desarrollo actual de la lucha plantea, esto es, la creación de una nueva cultura integral, que tenga los caracteres del clasicismo de la cultura griega y del Renacimiento italiano, la política y la filosofía, como una unidad dialéctica intrínseca a un grupo social, no sólo francés o alemán, sino europeo y mundial”³⁹.

Este es el objeto de investigación que Gramsci se propone en *Cuadernos de la Cárcel*, precisamente a partir del concepto de hegemonía, que en él sufre diversas evoluciones entre su elaboración joven de *Ordine Nuovo* y su creación madura de *Cuadernos de la Cárcel*, representando en efecto

una notable ampliación de la noción de Marx y Lenin respecto al Estado.

Si en el período de *Ordine Nuovo* identificaba el concepto de hegemonía con la definición leninista de la estrategia de las alianzas políticas, y posteriormente, al referirse a la elaboración de Lenin sobre la dictadura del proletariado, la considera como la forma política a través de la cual se realiza la hegemonía - por la forma política a través de la cual se realiza la hegemonía tanto con el dominio como con el de dirección -, en los *Cuadernos de la Cárcel*, junto al aparato represivo y burocrático existe el aparato hegemónico, constituido por la sociedad civil con todas sus instituciones e instrumentos.

Si el concepto de hegemonía en el período de *Ordine Nuovo* estaba ligado a la alianza de clases, estaba formulado en un sentido instrumental: la inminente toma del poder por parte del proletariado después de la victoria de la Revolución de Octubre.

En verdad, la concepción que Gramsci desarrolla respecto a los Consejos de Fábrica se orienta hacia la adquisición de una noción de hegemonía que aparece ligada directamente a la democracia de la fábrica. Por cierto, aún falta la noción de hegemonía a nivel del Estado. Por lo tanto, en esta fase, la noción de hegemonía está ligada a una estrategia revolucionaria con las características ya analizadas, aunque aún no aparece plenamente formulado el concepto de cambio ético cultural que comprende toda la globalidad de la práctica política y la condición para la constitución de la hegemonía.

De acuerdo con Ch. Buci-Gluskman, el concepto de hegemonía aparece enunciado en Gramsci en 1924, pero en realidad, sólo en 1926 se encuentra una definición más completa en sus reflexiones sobre *Algunos temas de la*

cuestión meridional, donde analiza los acontecimientos que había generado la caída del Estado liberal italiano.

El análisis de este tema permitió a Gramsci descubrir la relación entre obreros y campesinos y el vínculo con un determinado bloque histórico, pero en este escrito el término hegemonía aparece ligado al de dictadura del proletariado, sin adquirir todavía la universalidad que tiene en los *Cuadernos*, siendo más bien concebido como la base social del Estado obrero y de la dictadura del proletariado.

El salto que se produce en los Cuadernos es fundamental. Allí la noción de hegemonía no sólo aparece vinculada a un tipo de Estado, sino que en tanto categoría interpretativa general puede aplicarse a todas las clases sociales: a la burguesía como clases dominante y al proletariado como clase subalterna pero a la vez como clase dominante. Así, el concepto de hegemonía es un momento de medición entre teoría e historia, un momento de tránsito de la filosofía a la ciencia política.

En *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, resumiendo su itinerario, Gramsci señala: “Como elementos de la historia ético política en la filosofía de la práctica: concepto de hegemonía, revalorización del frente filosófico, estudio sistemático de la función de los intelectuales en la vida estatal e histórica, doctrina del partido político como vanguardia de cada movimiento histórico progresista”⁴⁰. De estos puntos parte en su elaboración de *Cuadernos de la cárcel*, y en su análisis de esta obra, da diversas connotaciones al concepto de hegemonía.

Al analizar el paso de la revolución de Oriente a Occidente, establece el punto de diferenciación entre “el Estado es todo” y “la sociedad civil robus-

ta, donde el Estado es la trinchera avanzada”. Aquí presenta la hegemonía como elemento dominante de la superestructura por encima de la coerción, pues lo que garantiza la estabilidad del orden capitalista no es tanto la presencia del Estado policial sino la influencia cultural de la clase dirigente, donde la existencia de la democracia representativa ha perfeccionado la hegemonía de la burguesía sobre las clases subalternas participantes - pero siempre subalternas -, que son llamadas a actuar en una democracia a través del voto como elemento de legitimización del sistema.

Esto también lo subraya, a su manera, Lenin cuando dice: “La experiencia mundial de los gobiernos burgueses y terratenientes ha desarrollado dos métodos para mantener sometida a la gente. El primero es la violencia, que con los zares demostró al pueblo el máximo de lo que puede y no puede hacerse. Pero hay otro método, mejor desarrollado por la burguesía inglesa y francesa, el método del engaño, del halago, las frases finas, millones de promesas, sobornos mezquinos y concesiones de lo no esencial, mientras se reservan lo esencial”⁴¹

Como se ha visto, Lenin previó incipientemente este nuevo escenario que traslada al factor hegemónico el poder principal de la burguesía. Ella cuenta en la actualidad con el control de los grandes medios de comunicación de masas, que tienen a uniformar la conducta de la población como elemento de un consenso activo o pasivo, y que no necesariamente se refiere al mensaje ideológico directo sino sobre todo a la creación de una conducta de consumo, de expectativas verticales, de mitificación de las posibilidades del sistema a partir de la igualdad jurídica de los ciudadanos ante el Estado, que se presenta como árbitro de los conflictos sociales y hace de la democracia parlamentaria el objetivo histórico que se debe preservar como el máximo grado posible de democracia, y, a la vez, el factor que determina los límites

del ejercicio de la voluntad colectiva de los pueblos. En este caso, la sociedad civil tiene una clara superioridad sobre la sociedad política.

En otro momento de la elaboración de los *Cuadernos* - encerrado en prisión y verificando la descomposición de las democracias europeas de la preguerra -, Gramsci presenta la hegemonía como un factor muy ligado no sólo al consenso sino también a la fuerza: “El ejercicio normal de la hegemonía se caracteriza ahora por una combinación de fuerza y consenso”⁴².

Esta definición hace concluir a Perry Anderson⁴⁴ que Gramsci, preocupado por la unilateralidad de su enfoque en otros pasajes de los *Cuadernos*, ha corregido su visión de hegemonía como predominio de las ideas, colocándola ahora en el doble ámbito de consenso y fuerza. Pero esto no es así. Gramsci no incluyó nunca en el concepto de hegemonía, en un sentido estricto, el elemento coercitivo, así como nunca pensó que el predominio del control del Estado por parte de la burguesía moderna, a través de la ideología, significara eliminar el factor siempre presente de la coerción, aún cuando sea relativamente invisible.

Sin embargo, hay momentos en los que, sin necesidad de que el Estado democrático se transforme en dictadura, éste acentúa la rigidez o los elementos autoritarios, incluso dentro del Estado de derecho, para ajustar la economía y pasar de una fase a otra la de la crisis económica, haciéndola recaer en las clases subalternas. En este caso, se requiere reordenar los elementos de consenso ante un desajuste temporal producido por esta relación directa entre economía y política.

De allí que siempre Gramsci tenga en cuenta el vínculo entre fuerza y consenso, pero no ponga el elemento coercitivo en la hegemonía sino en el

Estado, en el ejercicio de la propia hegemonía. “La supremacía de un grupo social se manifiesta de dos maneras: como dominio y como dirección intelectual y moral. Un grupo social domina los grupos adversarios que tiende a liquidar o a someter también con la fuerza armada, y es dirigente antes de conquistar el poder del gobierno (ésta es una de las condiciones principales para la conquista del poder); después, cuando ejerce el poder, aunque lo tenga firmemente en sus manos, llega a ser dominante pero debe continuar siendo dirigente”⁴⁵.

Como se observa, Gramsci ha universalizado el concepto de hegemonía, lo que le permite analizar tanto la Revolución Francesa como la Rusa y la crisis del Estado liberal italiano, aplicándolo tanto a las clases dominantes como a las subalternas. Por otra parte, su análisis ha permitido también analizar la crisis definitiva del “socialismo real”.

Cuando la hegemonía se refiere a las clases dominantes se trata del momento en que logran la unidad - en un bloque histórico específico y en una fase del desarrollo de éste - de fuerzas sociales heterogéneas, impidiendo su disgregación en función de su capacidad cultural e ideológica integradora. El aspecto fundamental de la hegemonía de la clase dominante reside en su monopolio cultural, que le permite la agregación-atracción de los grupos intelectuales. Es decir, es vital la creación de un “bloque ideológico” que por una parte debe determinar la orientación de los demás grupos sociales, y por la otra, a nivel de bloque histórico, debe lograr controlar los demás estratos de la sociedad a través del bloque ideológico. En este caso, si el bloque ideológico - mediatizado por la acción de los intelectuales - logra sumar espontáneamente y mantener unidos a los demás estratos en torno a la clase dominante, tendrá una función social progresiva. Si esta suma es

fruto de la coacción, hay debilitamiento de la función hegemónica, y estamos frente a una utilización de los recursos de una dictadura.

En este sentido - y tal como lo cita una y otra vez Gramsci - la burguesía francesa ha ejercido un papel hegemónico ideológico y cultural que ha trascendido las fronteras de Francia, transformándose en un modelo para la burguesía internacional. Entre 1789 y 1848 y hasta el golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte, toda Francia se identificaba con la revolución. En la Revolución Francesa, claro está, junto al poder económico que controla la burguesía gracias al paso objetivo estructural del feudalismo al capitalismo, se crea un estrato intelectual que logra reunir ideológicamente a la sociedad antes de conquistar el poder político.

El papel del partido de los jacobinos fue precisamente el de recoger los anhelos de estratos subalternos que acompañaron a la burguesía en su revolución, y pasar algunas de sus reivindicaciones más allá de los propios objetivos de la burguesía, que con sus constantes virajes conservadores genera un mecanismo de crisis permanente que sólo puede resolver tras la derrota de la Comuna de París.

En este caso, el papel orgánico de Napoleón I representa, en última instancia, el triunfo de las fuerzas de la gran burguesía sobre las fuerzas de la pequeña burguesía jacobina y de sectores intelectuales radicalizados, lo cual no significa que la burguesía renuncie en esta fase a la hegemonía, sino que simplemente debe reordenar su dirección, atrayendo a los grupos subalternos más afines y reprimiendo con violencia a quienes buscaban sobrepasar los marcos establecidos por la burguesía. Este es un ejemplo típico de la aplicación contemporánea de hegemonía y fuerza.

En la concepción de Gramsci, el camino hacia la hegemonía de las clases subalternas es extremadamente complejo, ya que inicialmente están integradas al sistema hegemónico de la clase dominante, ya sea a través de la atracción ideológica pura, a través de transformismo - es decir, del mantenimiento pasivo de la clase, atrayendo hacia el sistema hegemónico a los intelectuales y a los dirigentes de las clases subalternas -, o bien mantenidas al margen por medio de la coerción.

La complejidad radica también en la confrontación que existe entre la acción de la clase subalterna y su conciencia, ya que si bien la primera se mueve en función de las contradicciones existentes con la clase dominante, la segunda (la conciencia) ha sido educada en primer lugar para la hegemonía de otras fuerzas sociales. De allí entonces que la composición de la unidad ente acción y pensamiento se produzca no sólo en la acción contra la clase dominante sino también en la crítica de las ideas dominantes y en la afirmación de un programa político con una nueva concepción que integra la lucha política con la lucha espiritual y cultural.

La historia del ascenso de las clases subalternas, según Gramsci, conoce diversas fases. La primera es la identificación primaria de su vínculo orgánico a través de la ubicación en el sistema de las relaciones de producción, es decir, reconocer como grupo social las raíces comunes objetivas.

El paso siguiente es el de lo objetivo a lo subjetivo, es decir, la asimilación de la conciencia del papel de clase. Posteriormente, se produce el paso de la conciencia a las formas políticas e ideológicas que ella adquiere, y que se inicia con la exigencia de una autonomía participante dentro del mundo político dominante, para pasar después a la lucha por la autonomía integral, por su propia liberación como clase subalterna y de los demás grupos subalternos.

Es decir, nace la necesidad de la ruptura revolucionaria, donde, para que la clase subalterna se transforme en Occidente en clase en ascenso, deberá crear sus propios aparatos de hegemonía, formar sus propios intelectuales y atraer a los intelectuales orgánicos del sistema para desarrollar su propia ideología y su propia concepción del mundo, su partido político y sus organizaciones sociales.

A partir de su concepto de hegemonía, Gramsci desarrolló su teoría de la crisis orgánica, que se produce a nivel del bloque histórico. Esta no es reducible sólo a la crisis de la hegemonía, pero se inicia precisamente con la incapacidad de la clase dominante para mantener su autoridad frente a los grupos subalternos, debido a la pérdida del consenso social y de la dirección de la sociedad, por lo que necesita recurrir a la represión para controlar la situación.

Aquí se genera la separación de la sociedad civil de la sociedad política y se disgrega el bloque histórico, que adquiere un contenido diverso ante una solución autoritaria de la crisis – cesarista -, o bien se produce el cambio radical del bloque histórico a través de una solución revolucionaria que comporta el derrocamiento de la clase dominante y el ascenso de una nueva clase, de nuevas relaciones de producción y de un nuevo sistema hegemónico que ya se ha conformado en la sociedad anterior y ejerce una atracción ideológica cultural y política sobre los grupos sociales con los que ha constituido una alianza para acceder al poder.

Las formas que adquiere este paso pueden ser múltiples. En Gramsci, la teoría de la hegemonía y la guerra de posición no se corresponden con la “vía institucional”, pues no vinculó el acceso al poder con ésta u otra vía. Sin embargo, diferenció la lucha en una dictadura fascista de la lucha en

condiciones de desarrollo democrático. En esta última situación, es clara la correlación entre hegemonía y democracia y, por lo tanto, la acumulación de hegemonía, que supone una dura lucha de masas y una capacidad de elaboración y ampliación de la cultura, la política y los valores éticos, encuentra su correlación necesaria con los medios que se utilizan para lograr que una amplia alianza pueda acceder al poder.

En Gramsci los medios no son diferentes, por el contrario, mientras más democrática es la vía que la clase obrera pueda seguir y mayores sean los factores acumulativos de la propia sociedad burguesa que utiliza, mayores serán también sus recursos políticos para desplegar su hegemonía, incluso en los estamentos correspondientes a la sociedad política, que pueden identificarse con el nuevo consenso que se ha generado en la sociedad.

Lo importante es la legitimidad que encuentren en la sociedad las clases subalternas en su ascenso al poder, la amplitud del bloque que las sustenta de manera activa, porque de ello dependerá también la utilización de los mecanismos del Estado, que pueden entrar en acción en defensa del proceso revolucionario una vez que éste se ha instalado como nuevo poder democrático popular. En cualquier caso, el papel de la lucha de masas, de las alianzas, de la actividad de los partidos y de la formación de un amplio consenso, es vital para transformar la crisis orgánica en crisis revolucionaria.

En la realización de la hegemonía como acción de dirección cultural y persuasión ideológica, es vital el consenso. La creación de este consenso ya había sido teorizada por Hegel y por Marx. Hegel comprendió la necesidad de una nueva relación entre Estado y sociedad civil para la generación del consenso, pero su visión estaba reducida al plano corporativo de la organización. Marx abrió esta concepción aplicándola a las masas, poniendo en

los factores económicos y de fuerza el sentido ético político de la conciencia de la cual nace la hegemonía. De este modo, el consenso no sólo surge a través de la organización racional, sino sobre todo a través de la acción ética política de la educación de las masas.

En Gramsci, el aspecto educativo llega a ser central. Partiendo de las intuiciones de Hegel y de Marx, construye la teoría del ascenso de las masas, y con ello, la teoría de la hegemonía. Distingue entre un consenso pasivo y uno activo, directo, afirmando que este último es absolutamente necesario en tanto participación individual. El Estado puede crear el consenso de masas no sólo a través de la absorción de las realidades culturales y de su generación desde arriba; éste puede producirse cuando las propias sociedades han alcanzado un grado de cultura y de conciencia política.

Así, el Estado no es sólo el guardián nocturno o una realidad ética, sino una realidad política que nace precisamente de la ampliación de la base de masas, y a la espontaneidad de las masas se agrega el elemento de carácter jurídico. En el centro de esta visión está la relación entre sociedad civil y Estado, de lo cual se deriva que si el carácter de una revolución está determinado por las contradicciones que en el plano político económico es necesario resolver, la forma que adquiere esta revolución depende de la naturaleza de la sociedad civil preexistente. De aquí, entonces, la diferencia que establece Gramsci entre la revolución en Oriente y en Occidente y la formulación de su nueva estrategia.

Por ello, la formulación de la guerra de posición requiere la creación de nuevas alianzas, no sólo de tipo político sino también cultural, para orientar a las masas, en un sentido global, acerca de todos los elementos positivos

presentes en la sociedad civil, transformándolos en la racionalidad de la organización política.

Se trata aquí de sustraer a la dirección de una élite - y ésta es una operación fundamental para las clases subalternas - todo lo nacional popular que representa la historia, las tradiciones, los valores culturales, para que las clases subalternas asuman, cada vez más, un extendido carácter de masas. Allí donde la sociedad civil es desarrollada, es posible incorporar ampliamente a las masas creando un consenso activo, de manera tal, que la nueva dirección que genera la revolución no actúe delegando funciones a una vanguardia restringida, sino a través de la participación activa y consensual de las masas en el nuevo Estado. Así el factor cultural y el factor político se unen en el ejercicio de la revolución por parte de las masas.

5. Hegemonía y Dictadura del Proletariado

En primer lugar, es necesario puntualizar aquí brevemente algunos aspectos sobre el concepto de dictadura del proletariado en las concepciones de Marx, Engels y Lenin, que se vinculan con el concepto de hegemonía de Gramsci. Uno de los aspectos metodológicos principales consiste en comprender que la riqueza de la elaboración marxista está precisamente en su polivalencia, es decir, en la variedad y diversidad de conclusiones a las que llega Marx a través del análisis de las distintas fases del desarrollo capitalista y de la expansión de las clases fundamentales en el paso del modo de producción del Estado.

Por más de un siglo y medio, se ha absolutizado la teoría de la dictadura del proletariado, considerándosela la única y principal propuesta de Marx,

dejándose de lado toda su teoría de la política, que en esencia percibe la disolución de la forma Estado como factor de apropiación de la sociedad de las funciones burocrático coercitivas que todo Estado conlleva en el ejercicio pleno de la política, entendida como el paso del reino de la necesidad al reino de la libertad del ser humano.

Todo ello, lleva a considerar la elaboración de Marx y Engels en su globalidad, y con un riguroso sentido historicista.

En *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de 1884, Engels plantea un criterio que constituye el punto de partida del análisis marxista del Estado: “Por tanto, el Estado no ha existido eternamente. Ha habido sociedades que se las arreglaron sin él, que no tuvieron la menor noción del Estado ni de su poder. Al llegar a cierta fase del desarrollo económico, que estaba ligada necesariamente a la división de la sociedad en clases, esta división hizo del Estado una necesidad. Ahora nos aproximamos con rapidez a una fase del desarrollo de la producción en que la existencia de estas clases no sólo deja de ser una necesidad, sino que se convierte en un obstáculo directo para la producción. Las clases desaparecerán de un modo tan inevitable como surgieron en su día. Con la desaparición de las clases desaparecerá inevitablemente el Estado. La sociedad, reorganizando de un modo nuevo la producción sobre la base de una asociación libre de productores iguales, enviará toda la máquina del Estado al lugar que entonces le ha de corresponder: al museo de antigüedades, junto a la rueda y al hacha de bronce”⁴⁶.

El joven Marx, desde el ambiente cultural de Renania, se revela extremadamente crítico ante las manifestaciones despóticas y autoritarias de la Revolución Francesa. Son célebres sus *Observaciones de un ciudadano re-*

nano sobre las recientes instrucciones para la censura en Prusia, de 1842, que representan un auténtico reclamo por la libertad de prensa y la libre circulación de las ideas.

Este es también el período de *La Cuestión Judía*⁴⁷ y sobre todo de la *Crítica a la Filosofía Hegeliana del Derecho*, donde sostiene algo muy importante que la historiografía comunista olvidó con frecuencia: “La democracia es el enigma resuelto de todas las constituciones”. Aquí, a la manera de Pericles y Aristóteles, Marx da un carácter de sinónimos a los términos “constituciones” y “forma de gobierno”, lo cual significa que para él la democracia no es una simple forma de gobierno sino la esencia de todas las formas de gobierno. Esta elaboración, diferente a la conceptualización posterior de “dictadura del proletariado”, y más cercana a las rectificaciones que emergen después de 1871, es la que, a la postre, entrega mayores elementos para la comprensión del Estado democrático moderno y para una teoría de la política en los términos de Marx.

En el *Manifiesto del Partido Comunista*, de 1848, Marx y Engels señalan: “...el primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia”⁴⁹.

El concepto de “dictadura del proletariado” aparece por primera vez enunciado por Marx en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, en 1847, donde analiza la sangrienta represión desatada contra la clase obrera por la burguesía francesa, que culminó con la dictadura de Luis Bonaparte. Este hecho influyó de manera notable en Marx y en su configuración del concepto dictadura del proletariado como alternativa histórica a la “dictadura de la burguesía”, aún cuando ambos conceptos son más bien abstracciones históricas que formas concretas que debería asumir el Estado. Y fue el pro-

pio Marx quien lo dejó en claro en su carta, a Joseph Weydemeyer, del 5 de Marzo de 1852, donde señalaba: "...Por lo que a mí se refiere, no me cabe el mérito de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna ni la lucha entre ellas. Mucho antes que yo, algunos historiadores burgueses, habían expuesto ya el desarrollo histórico de esta lucha de clases y algunos economistas burgueses la anatomía de éstas. Lo que yo he aportado de nuevo ha sido demostrar: 1) *que la existencia de clases sólo va unida a determinadas fases históricas de desarrollo de la producción;* 2) *que la lucha de clases conduce, necesariamente, a la dictadura del proletariado;* 3) *que esta misma dictadura no es de por sí más que el tránsito hacia la abolición de todas las clases y hacia una sociedad sin clases...*"⁵⁰.

En estos conceptos influyó de manera preponderante el hecho de que entre 1848 y 1852 se consideraba inminente la revolución en Europa, por lo que el propio movimiento revolucionario se inspiraba en el movimiento jacobino, en Robespierre⁵¹ y Saint Just⁵² y en los métodos empleados por la Revolución Francesa para lograr la victoria.

Es obvio que Marx no creó el concepto de "dictadura", sino que deriva de las experiencias históricas precedentes, y en particular de la dictadura de Cromwell⁵⁴, de la revolución burguesa inglesa, de Robespierre y del propio Luis Bonaparte⁵⁵, que además dio lugar a la formulación del concepto "bonapartismo", significando la liquidación de la revolución democrática expansiva inspirada en la Revolución Francesa.

Tampoco nació en Marx la idea del Estado como dominio coercitivo, ya que, entre otros, lo encontramos formulado en *El Príncipe*, de Maquiavelo⁵⁶, obra del siglo XVI. Con Locke⁵⁷ se inauguró la idea del Estado liberal ligada al empirismo filosófico, y su concepción justifica la monarquía

constitucional como una forma especial de dictadura donde los hombres, que nacen libres, establecen un contrato que aliena su propio poder en un poder político general.

Con Kant⁵⁸ nació el liberalismo clásico, donde la universalidad del derecho a la libertad y a la igualdad gira en torno a la propiedad, y son ciudadanos libres única y exclusivamente los propietarios, lo que significa negar la universalidad de la libertad.

Como se sabe, de Hobbes⁵⁹ a Kant⁶⁰ - es decir, en toda la tradición clásica de la política moderna - jamás se consideró en concreto la atribución de derechos políticos a todos los miembros de la sociedad.

Kant distingue entre ciudadanos pasivos y ciudadanos activos, y en nombre del Estado de derecho rechaza el concepto de democracia moderna. “La forma democrática, en el sentido propio del término, es necesariamente un despotismo. La voluntad universal dada *a priori* es la única que determina aquello que entre los hombres es justo”⁶². Con Rousseau y *El contrato social*⁶³ nace la posición democrática, que inspirada en la democracia ginebrina del calvinismo y sin superar el esquema de la propiedad privada, inaugura una concepción superior de democracia vinculada a la igualdad jurídica, a la que se ligan tanto el liberalismo como el socialismo utópico y una fracción del socialismo marxista.

Es decir, el concepto de “dictadura”, en el sentido como dominio, aparece consagrado en todos los clásicos del liberalismo, y de allí toma Marx esta categoría, no siendo parte de su propia y original elaboración.

Marx dejó de lado este concepto en el período de las rectificaciones que se produjeron después de 1871. Y lo mismo hizo Engels, quien, sobreviviendo a Marx, pudo conocer formas más expansivas de la democracia capitalista. Estas consideraciones aparecen de manera clara ya en *La guerra civil en Francia*⁶⁴ y en *Crítica al programa de Gotha*, donde Marx⁶⁵ profundizó su análisis del problema del estado a partir de la experiencia de la Comuna de París. Al plantearse la pregunta de qué forma adquirirá el Estado en la sociedad comunista, Marx rehúsa una interpretación doctrinaria, diciendo que será la ciencia la que lo determine en el futuro, agregando que no será acoplando de mil maneras la palabra pueblo con la palabra Estado como se superará el problema, demostrando así su rechazo a las fórmulas.

En estas obras, para señalar la fase de transición ya no usa la expresión “dictadura del proletariado”, prefiriendo señalar que la Comuna es una forma susceptible de expandirse, y que como Estado de transición representa la forma positiva de la “república social”.

En este mismo sentido, señala además que al instaurarse una nueva relación entre economía y política, la forma que adquiere la transición después de la Comuna es la convergencia simultánea de todos los elementos sanos de la sociedad y la transformación de éstos en gobierno nacional. Con la experiencia de la Comuna, Marx y Engels profundizaron el criterio de democracia de base del poder proletario. A la luz de la experiencia francesa de 1871, el poder proletario es antes que nada la descentralización del poder mismo, es la desburocratización, el paso de las numerosas funciones del Estado al autogobierno, al control del pueblo. En otras palabras, el poder proletario significa en la concepción de Marx el salto del reino de la necesidad al reino de la libertad.

Cabe recordar que Marx y Engels desarrollaron su pensamiento en una Europa donde la Revolución Francesa, que si bien entregó grandes principios, no otorgó la universalidad ciudadana, y por ende, no llevó a la democracia como institución moderna, y sólo la Comuna de París, ochenta años más tarde, propuso el sufragio universal.

Ya en 1852, es decir, en el mismo período en que utilizaba el concepto “dictadura del proletariado”, Marx señalaba que si en Inglaterra se lograba imponer el sufragio universal, sería una medida mucho más socialista que cualquiera iniciativa que con ese nombre se hubiese dado en el continente. Así, a su modo de ver, la democracia podía lograrse con la máxima expansión del sufragio universal, considerado como contrapuesto al Estado, a la concentración de la soberanía en una entidad estructurada burocráticamente y ajena a la sociedad civil. En esta concepción hay una superación de la teoría revolucionaria del período 1848-1871, que concebía la revolución proletaria basada en el modelo minoritario de las revoluciones burguesas, esperando que el éxito del proletariado se produjera gracias al factor sorpresa.

En la adquisición del concepto de mayorías influyó el impacto teórico de la Comuna, pero de manera más decisiva, el hecho de que entre los acontecimientos de Francia de 1871 y el fin del siglo el movimiento obrero europeo había experimentado un enorme desarrollo. Esto llevó a Engels a plantear que con el uso eficiente del sufragio universal había entrado en acción un nuevo método de lucha del proletariado, que se desarrollaba rápidamente.

Aquí, por primera vez, se colocaba en el centro el tema del consenso, del triunfo de las mayorías, del vínculo entre democracia y socialismo, de la diversidad de las formas de lucha, temas a los que el marxismo clásico llegó en su última fase de elaboración acerca de la teoría del Estado y la democracia.

Del análisis de la Comuna de París, Marx llegó a la convicción de que la clase obrera había fracasado en este intento revolucionario por no haber alcanzado su universalidad, es decir, por no haber logrado convertirse en la humanidad en movimiento. Marx comprendió que se había creado una nueva configuración de la estructura de clases del capitalismo, y que es esas condiciones el proletariado podría conseguir su liberación en la medida en que universalizara sus objetivos y recurriera al instrumental creado por la propia burguesía en su fase democrático expansiva.

Observaba además que a diferencia de las clases dominantes de la sociedad feudal, la burguesía está en transformación constante, por lo que, junto con terminar con la sociedad de castas feudales, abre paso a una sociedad de masas donde, en tanto clase dominante, crea los mecanismos del paso orgánico de las clases subalternas al Estado, es decir, amplía de manera considerable la esfera técnico institucional e ideológica de su propia aceptación de dominio y dirección.

Marx y Engels concluyeron que la democracia mayoritaria tiene una importancia decisiva en la revolución proletaria, buscando apropiarse de la “fuerza del número”, es decir, del poder jacobino de la Revolución Francesa, pero incluyendo las grandes reivindicaciones democráticas no cumplidas en ella, estableciendo un nuevo vínculo entre dominio y consenso, entre coerción y mayoría.

Todo ello significa redimensionar el concepto mismo de “dictadura del proletariado”, ya que éste correspondía a la fase de la lucha del proletariado fuera del poder del Estado, mientras que el desarrollo del capitalismo y de su estructura política de fines del siglo XIX ya había establecido que las

reivindicaciones democráticas pudieran constituirse en el terreno político privilegiado de la lucha revolucionaria.

Sin embargo, las últimas hipótesis de Marx y Engels no pudieron ser demostradas en la práctica porque la revolución no se produjo en el capitalismo desarrollado y de amplia base institucional, sino en la Rusia zarista, donde la lucha sólo podía darse fuera del Estado absolutista, que no contenía ninguno de los elementos supraestructurales que acompañaron las últimas reflexiones de ambos pensadores.

La guerra de 1914 y sobre todo el carácter que adquirió la Revolución de Octubre, su impacto en el mundo y la idea de que podía trasladarse mecánicamente y extenderse con rapidez a toda Europa, relegó a un segundo plano las últimas previsiones e indicaciones de Marx y Engels acerca de la revolución en Occidente, e inhibió el debate y la reflexión sobre ellas, cerrando así una línea de elaboración que habría tenido un profundo significado teórico en la formulación del concepto moderno de Estado, de revolución y de democracia.

6. El Antiestalinismo de Gramsci

En su elaboración de *Cuadernos de la cárcel* Gramsci no hace referencia directa a Stalin y en la práctica no lo menciona, refiriéndose en cambio a la polémica con Trotski acerca de la revolución permanente para referirse al curso que tomó la Unión Soviética tras la muerte de Lenin.

Sin embargo, la concepción gramsciana de la revolución, del Estado, del papel del partido, de los intelectuales, de la concepción de hegemonía, con-

senso y democracia, es opuesta a la política de Stalin y del estalinismo⁶⁶. Por cierto, Gramsci piensa más bien que en la polémica coyuntural con Stalin, en una elaboración capaz de rescatar los principios y valores más universales del marxismo y del pensamiento de Lenin, destacando sus especificidades y aportes singulares, y a la vez utilizando el propio método de desarrollo del marxismo concebido por los clásicos - y negado por Stalin - para llevar la teoría hacia los problemas de la estrategia revolucionaria en Occidente y al capitalismo maduro, distinto al capitalismo de Marx y Engels y al capitalismo ruso, al que Lenin había dedicado una obra especial.

Con seguridad, en esta opción pesó el hecho de que Gramsci se encontrara desde 1926 y hasta su muerte en prisión, que su análisis se centrara en Italia y en Europa, que la información recibida sobre el desarrollo del proceso en la Unión Soviética y del debate en el seno de la Tercera Internacional fuese escasa, parcial y contradictoria. La situación en que se encontraba hacía casi imposible pensar en una polémica orgánica con las deformaciones del sistema, que sin embargo percibía y no dejó de señalar.

Lo vital es que Gramsci representa una línea de elaboración opuesta a la de Stalin. El es el marxismo en expansión, antidogmático, historicista y crítico.

Stalin utilizaba la fórmula, que no nace mientras Lenin vivió, enunciada por Zinoviev y Bujarin⁶⁸, acerca del marxismo leninismo para dogmatizar, empobrecer, reducir el pensamiento de Marx y Lenin, estableciendo que fuera de las fronteras de las fórmulas - transformadas en la doctrina oficial de los partidos comunistas por la Internacional - no existía sino el vicio cultural e ideológico y las posiciones enemigas de la clase obrera y de la revolución.

Gramsci, por el contrario, enriqueció su elaboración vinculándose con el neopositivismo italiano, con el reformismo socialista, con el liberalismo democrático, con las más modernas teorías de la productividad capitalista, haciendo una elaboración del marxismo que jamás se consideró autosuficiente, un marxismo estrechamente ligado a la vivacidad interpretativa de las *Tesis de Fuerbach*. Stalin y el estalinismo relegan, ignoran y hacen ignorar a Gramsci y sus elaboraciones, así como las de la mayor parte de los marxistas contemporáneos, empobreciendo definitivamente el marxismo.

La obra de Gramsci, y en especial las *Cartas de la Cárcel* y los *Cuadernos de la Cárcel* nos entrega no sólo referencias preocupadas acerca de lo que vislumbraba ocurría en la Unión Soviética en los años treinta, sino sobre todo un método interpretativo del fenómeno estalinista.

El primer momento de disenso con Stalin aparece en la carta enviada a Togliatti en 1926, donde señala: “Hoy, después de nueve años del Octubre de 1917, ya no es el hecho de la toma del poder por parte de los bolcheviques lo que puede revolucionar a las masas occidentales, por tratarse de un dato descontado que ha producido sus efectos. Hoy, el proletariado podrá, una vez tomado el poder, construir el socialismo a través de la actividad ideológica y política”⁶⁹. Es decir, consideraba que la Revolución de Octubre como fenómeno explosivo produjo su impacto directo en las masas obreras, y demostró que incluso era posible que un proletariado débil, el más débil de Europa, pueda tomar el poder.

Pero la revolución no podía mantenerse con dividendos, con la imagen y el prestigio de Lenin, ahora era preciso demostrar que los bolcheviques eran capaces de construir el socialismo, un socialismo que, nueve años después, debía definirse y demostrar su superioridad, al menos en el terreno moral;

demostrar que el socialismo significa realmente incorporación de las masas al poder creado “para toda la humanidad” y que para cada individuo debe representar plenitud de vida y de libertad.

Percibió, con preocupación, que desatendiendo las últimas recomendaciones políticas y metodológicas de Lenin, el grupo dirigente encabezado por Stalin exacerbaba el poder estatal, conservando el poder del Estado en un grupo cada vez más restringido, creando un Estado de funcionarios, lo que a su juicio era una estructura estatal “elemental, pobre y autoritaria”.

Por el contrario, Stalin mantuvo a la Unión Soviética - en lo referente a la configuración del nuevo Estado - anclada en el viejo absolutismo, ya que su concepción de “dictadura de los funcionarios” estaba más ligada al Estado - forma zarista - que al nuevo Estado expansivo que creaba en Occidente el capitalismo. Exacerbó el fideísmo, que en parte era necesario en la Unión Soviética para mantener unida a una población multinacional, multirracial y con escaso nivel cultural, separando de este modo el Estado soviético de toda forma de institucionalidad democrática, lo que por lo demás era funcional a su propio poder personal y a la idea que tenía de “revolución desde arriba”, que fue también el modelo implantado en Europa oriental y que subsistió hasta la caída del muro de Berlín.

En el plano teórico, Gramsci advirtió en la Unión Soviética de Stalin una forma extrema de sociedad política. Sabemos que su concepción inicial de hegemonía parte de Lenin y se ve estimulada por la Revolución de Octubre: pero su opinión crítica del vuelco que con Stalin sufrieron los acontecimientos de ese país le permitió separar esa concepción de hegemonía - en su última versión de *Cuadernos de la Cárcel* - de la teoría de la dictadura

del proletariado, considerando que estaba ligada a un tipo de revolución dieciochesca, ya superada en Occidente.

De allí que -contrariamente a lo ocurrido con la mayor parte de los teóricos marxistas que sufrieron la influencia y mediación de Stalin - Gramsci haya podido tener un vuelco en sentido contrario, ligando su concepción de hegemonía al consenso y a la idea de la supremacía política, entregando así los elementos teóricos para democratizar y ampliar, en términos modernos, las anticipaciones teóricas de Marx acerca del Estado.

En 1930, desde la cárcel, en abierta polémica incluso con Palmiro Togliatti y con el grupo dirigente del Partido Comunista Italiano en el exilio, Gramsci envió su famosa *Carta al Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética*, reflejando su preocupación por el nivel que había alcanzado el enfrentamiento en el seno del grupo dirigente soviético y por los métodos que Stalin utilizaba para resolverlos: “Camaradas, vosotros habéis sido en estos nueve años de historia mundial el elemento organizador y propulsor de las fuerzas revolucionarias de todos los países; la función que habéis desarrollado no tiene precedentes en toda la historia del género humano que puedan igualarla ni en amplitud ni en profundidad. Pero hoy estáis destruyendo vuestra obra, degradando y corriendo el riesgo de anular la función dirigente que el Partido Comunista de la Unión Soviética había conquistado por el impulso de Lenin; nos parece que la violenta pasión de las cuestiones rusas os hace perder de vista los aspectos internacionales de las mismas cuestiones rusas, os hace olvidar que vuestros deberes de militantes rusos no pueden ni deben satisfacerse más que en el marco de los intereses del proletariado internacional”⁷⁰.

En el mismo período y como aparece claramente en *Cuadernos de la Cárcel*, formuló una dura crítica a la pobreza de los programas de planificación económica del socialismo, refiriéndose en particular al *Resumen de economía política* de Lapidus y Ostrovitranov, publicado en 1928, que exponía oficialmente el pensamiento de Stalin sobre la materia. Con particular dureza, Gramsci señalaba: “Aquello que me golpea en todo esto es cómo un punto de vista crítico de la economía, que requiere el máximo de inteligencia, desprejuiciamiento, claridad mental e inventiva científica, llegue a ser el monopolio de elucubraciones de cerebros restringidos y mezquinos, que sólo por la posición dogmática que tienen logran mantener un lugar, no digo en la ciencia, sino en la bibliografía marginal de la ciencia. Un pensamiento fosilizado es el mayor peligro en esta función”⁷¹.

En este punto, Gramsci avanzó hacia conclusiones teóricas más profundas, buscando por una parte una caracterización morfológica de la Unión Soviética de Stalin, y luego refiriéndose a la colectivización forzada del campo, la estatización central del campo y la planificación total de la economía que en toda esta fase histórica caracterizó no sólo el socialismo en la Unión Soviética sino la idea misma de socialismo en el mundo, habiéndose destruido la alianza entre obreros y campesinos y con ello la base social amplia del Estado proletario. Esta construcción del bloque significaba, por cierto, que el Estado se debilitaba, que se incrementaba la dictadura coercitiva y que se modificaban en términos represivos los alcances del Estado mismo.

Gramsci comprendió que estaba ante una experiencia en la que el partido empezaba a copar al Estado, y ante el surgimiento de un tipo de cesarismo que inevitablemente hizo entrar a la Revolución Rusa en el ámbito de lo que denominaba la “revolución pasiva”, donde la función revolucionaria

de la Unión Soviética era cada vez más absorbida por sus elementos regresivos, distanciándose de la teoría y la práctica revolucionarias.

Refiriéndose a la oposición de Trotski y Bujarin, y en definitiva al curso general de los acontecimientos, señala: “Nos impresiona el hecho de que la actitud de la oposición abarque toda la línea política del Comité Central tocando el corazón mismo de la doctrina leninista y de la acción política de nuestro partido y de la Unión. Lo que se ha puesto en discusión es el principio y la práctica de la hegemonía del proletariado, las relaciones fundamentales de alianza entre obreros y campesinos, es decir, los pilares del Estado obrero y de la revolución...”⁷².

El agudo conflicto del grupo dirigente y el peso creciente de la política de Stalin liquidaron definitivamente las beses leninistas que habían hecho posible el surgimiento del poder soviético. En esas condiciones, el partido de Stalin no podía generar hegemonía sino sólo incrementar su papel represivo. Ello se expresó a nivel internacional en el sofocamiento de la política leninista del frente único, que Gramsci apoyaba, y en el surgimiento del concepto de “social fascismo”, que de acuerdo con la modificación interpretativa que Stalin había hecho de la concepción táctica y estrategia, ponía el acento principal no en el ataque contra el principal enemigo y en la neutralización de los demás sectores, sino en los sectores intermedios en los contrarios ideológicos, esto es, en la socialdemocracia. Ello trajo desastrosas consecuencia, provocando la división definitiva del movimiento obrero y el debilitamiento general de la lucha antifascista.

A partir de estas consideraciones, Gramsci concluyó que en el creciente copamiento de la revolución pasiva en la Unión Soviética, se perdía la ca-

pacidad de captar los fenómenos que se producían en lo económico, en las clases y en el desarrollo de la institucionalidad en Occidente.

“Baste con pensar en la importancia que tiene el fenómeno sindical, en torno al cual se agrupan diversos problemas y procesos de desarrollo de importancia y significado distintos (parlamentarismo, nueva organización industrial, democracia, liberalismo), pero que objetivamente reflejan el surgimiento de una nueva fuerza social cuyo peso no puede ignorarse”⁷³.

Gramsci comprendió que Stalin y el estalinismo no eran un fenómeno ajeno al marxismo. Hay en Marx aspectos de la filosofía de la práctica que aislados y extrapolados permiten la interpretación de conceptos como “verdad histórica”, “ideología desde fuera”, “papel del partido”. Por ello, se opuso al concepto de Stalin acerca de filosofía de la historia entendida como un fin prefigurado, ya que ello representa la vuelta a un determinismo naturalístico presente en Marx, que Lenin intentó corregir, y que en Gramsci encuentra un especial énfasis en su lucha contra toda forma de esquematismo conceptual y práctico.

7. Hegemonía, Dictadura, Democracia en Marx y Gramsci

Como decíamos, la relación hegemonía/consenso es fundamental para identificar las características de la revolución en Occidente, en la formulación de la transición, y por ende, para establecer la visión de Gramsci en relación con el Estado. Cuando el Estado ha sido definido como una dictadura de clases, se está haciendo referencia a la función primordial que éste tiene en la reproducción de una formación social, cuya misión principal es mantener es mantener su estructura de clases.

Sin embargo, esto no revela la forma política que el Estado adquiere en la práctica, ya sea en relación con el Estado burgués, o bien con el ascenso del movimiento obrero al nivel del Estado. Gramsci fue particularmente sensible a este problema porque debió enfrentarse con la experiencia del fascismo, y por tanto, ampliar la reflexión acerca del Estado de clases a las formas del ejercicio político del mismo.

Gramsci percibía claramente que para el proletariado y los grupos ascendentes el problema no es indiferente, puesto que no es lo mismo luchar por conquistar la hegemonía y el poder en el marco de una democracia desarrollada - que es desarrollada, entre otros factores, porque el propio proletariado ha incorporado con sus luchas sus valores elementos de progreso en la sociedad civil -, que luchar contra un régimen fascista y terrorista.

Esta modalidad de análisis histórico es válida para Gramsci desde un punto de vista metodológico también para la ampliación de las formas políticas que debe adquirir un Estado obrero, que no sólo no entra en contradicción con este poder, sino que lo enriquece y dota de una multiplicidad de variantes que puede asumir, como en efecto las ha asumido el poder de la burguesía.

Gramsci decía que “el Estado obrero según la definición de Lenin, es un Estado burgués sin la burguesía. El Estado obrero debe resolver los mismos problemas de un Estado burgués, y no puede resolverlos con sistemas y medidas técnicas muy distintas a las que operan en Estado burgués”⁷³.

El problema está en identificar cómo se expresa la diversidad del proletariado en tanto Estado. Esta respuesta la encontramos sobre todo en el diverso contenido de la hegemonía y de los objetivos que ésta se propone. La burguesía necesita construir una sociedad civil que en el fondo justifique u

oculte la explotación del hombre por el hombre como fenómeno objetivo de sus relaciones sociales de producción, y desde el punto de vista social necesita mantener, como condición del sistema, clases subalternas.

Ello no ocurre, teóricamente, en la hegemonía del proletariado. Justamente en la idea clásica del marxismo, el ascenso del proletariado al poder, la socialización de la propiedad, entraña una hegemonía que se propone poner fin a toda explotación del hombre por el hombre, y que al liberarse de su papel de clase subalterna en la economía y en la política, debe liberar a todos los grupos sociales de la calidad de tal. No necesita crear la subalternidad social. Sino que se trata de la eliminación histórica de las clases subalternas. Por cierto, esta diferencia es importante. Pero, además, la hegemonía del proletariado se propone la construcción de un Estado que, debiendo recurrir a mecanismos coercitivos, como cualquier Estado, contiene en sí mismo el desarrollo de las condiciones para la eliminación de todo Estado. Es un Estado que no se perpetúa, desde un punto de vista dialéctico, es la negación histórica del propio Estado.

Sólo “quien tiene por objetivo el fin del Estado y de sí mismo como clase puede crear un Estado ético, donde se produzca un justo equilibrio entre función coercitiva y función educativa. La función coercitiva, que permite afirmar y asegurar la conquista del nuevo Estado proletario, paulatinamente se va extinguiendo, en la medida en que se afirma el papel ético cultural del Estado proletario”⁷⁴.

Gramsci, que persigue la “utopía de Marx” vinculándose directamente a él, plantea objetivamente este paso como un proceso de reunificación entre el Estado y la sociedad - que debe ser una de las características predominantes del Estado proletario -, la que se reapropia y ejerce muchas veces las

funciones que antes estaban en manos del Estado burocrático burgués, y que ahora se trasladan directamente a la sociedad. En este proceso, Gramsci distingue tres fases:

La primera es coercitiva, en cuanto a la nueva clase dominante, con los instrumentos de fuerza del Estado, debe adecuar la sociedad civil a las nuevas relaciones de producción. Su duración depende de la velocidad de desarrollo de la sociedad civil, que varía de acuerdo con el terreno “histórico social” en que se desenvuelve. Para identificar esta fase de ascenso al poder del proletariado, Gramsci habla de “estatolatría”, así como también de “cesarismo progresista”, que es justamente progresista porque no es un fin sino un medio para pasar las fases sucesivas de la extensión de la hegemonía proletaria al conjunto de la sociedad. Pero incluso respecto al problema del ejercicio de la coerción se presentan diferencias notables.

Al apoderarse del Estado, pensaba Gramsci, el proletariado debe crear un nuevo Estado de derecho democrático, donde la coerción se ejerce no como violencia arbitraria o exterminio físico de los antagonistas de clase, sino como ejercicio de la nueva ley, basada en el más amplio ejercicio de la soberanía popular, como el uso del derecho que se debe inspirar en objetivos profundamente humanistas, donde la coerción no esté separada de la fase de educación, recuperación y persuasión, típica del Estado obrero, que permite al proletariado profundizar su prestigio en la sociedad.

No hay mejor ni más segura dictadura que la del prestigio. Pietro Ingrao, teórico comunista italiano, pone énfasis en algo que debe estar siempre presente en el necesario jacobinismo del proletariado Estado: “La forma y la dimensión que asume el aspecto coercitivo del Estado no deja de tener influencia sobre los contenidos y el carácter de la hegemonía. Recurrir a

la arbitrariedad en el enfrentamiento con el adversario no sólo reduce la capacidad hegemónica de la clase obrera sobre las demás capas, sino que también pone en discusión los derechos de libertad de la clase obrera y en la clase obrera, y por tanto, hace frágil, precaria, 'burocrática'... la unidad dentro de la clase"75.

Esto significa que la fase de instalación del Estado proletario no puede perder de vista no sólo las proporciones cuantitativas de la coerción sino también la diferente calidad de ésta, ligada a un precepto fundamental del marxismo y al cual se liga Gramsci en su elaboración : la misión histórica de la clase obrera no es la dictadura del proletariado sino la construcción de una sociedad totalmente nueva, la sociedad autorregulada, en el camino hacia el cual los mecanismos coercitivos típicos de todo Estado son un fenómeno pasajero regido por la legalidad socialista donde el papel principal lo ejerce la revolución cultural y moral, la creación del "hombre nuevo" - que siempre es hombre social -, para usar el concepto tan presente en el pensamiento revolucionario .

Así Gramsci identifica la coerción no con la arbitrariedad sino con la racionalidad. Se trata de una visión nueva del ejercicio del poder proletario. Cuando está dirigida a acelerar la descomposición del antiguo régimen y el proceso de transformación cultural de las masas, la coerción es funcional a la creación del consenso de masas en torno a la hegemonía del proletariado. "Si la coerción se realiza según el desarrollo de las fuerzas sociales, no se trata de una verdad cultural obtenida con un método acelerado"77.

Digamos que esto es aplicable a la época de ascenso de la burguesía y también a la de ascenso del proletariado. En ambos casos, la coerción, entendida como racionalización de lo social y de lo político, presupone el au-

mento de la hegemonía y del consenso, actuando como desbloqueadora de una situación de impasse; y es progresista si coincide con la creación de lo nuevo, con la aplicación de nuevos valores que tiendan - una vez superada la fase - a impedir la perpetuación de la violencia.

En la segunda fase, el Estado se transforma en un “guardián nocturno” que reduce gradualmente sus intervenciones autoritarias y asume una función de estímulo y tutela del desarrollo de un Estado ético.

La tercera fase es aquella donde la sociedad civil se hace autogobierno, no existiendo la división en clases, y por ende, los aparatos estatales destinados a interpretar estos intereses y sus contradicciones.

La existencia de estas fases, que sólo se pueden dar en un Estado proletario y cuya verificación depende del desarrollo de las condiciones nacionales para la extensión de la hegemonía y del cuadro internacional en que se desenvuelva el proceso, es lo que determina que el Estado proletario deba ser mucho más democrático que el Estado burgués. Para Gramsci ya el propio ascenso del proletariado como clase hegemónica de la sociedad comporta el ascenso de los productores, de los subalternos, y por lo tanto de la mayoría de la sociedad, lo que significa una ampliación de los confines sociales de la democracia.

Pero, a la vez, el proletariado debe terminar con la dominación de los “simples”, e instruirlos. Se trata de un poder nuevo que requiere la culturización de toda la sociedad, la difusión universal del saber, de la ciencia y de la información, el asegurar papeles de dirección de la nueva sociedad civil donde el hombre social es gobernante; es decir, requiere una profunda re-

forma intelectual y moral, base del vínculo entre hegemonía y democracia en el Estado obrero.

También es obvio que para una revolución de estas proporciones se requiere tiempo. Ninguna contradicción en la historia, señala ya Marx, en el pensamiento, en la economía, desaparece o se resuelve sin que maduren, exploten y se reconstituyan los elementos dinámicos de la dialéctica interna del fenómeno. La historia tiene sus tiempos, y el elemento subjetivo puede acelerarlos pero de ninguna manera transfigurar radicalmente su devenir. En este sentido, la visión histórica del proletariado en sus diversas fases y en su objetivo final está íntimamente ligada con el tiempo.

Gramsci señala: “Marx ha iniciado intelectualmente una era que durará siglos hasta la desaparición de la sociedad política y el advenimiento de la sociedad regulada. Sólo entonces será superada su concepción del mundo”⁷⁸.

Se observa claramente, pues, que en toda su elaboración Gramsci se liga a Marx y a Engels, con y sin la mediación de Lenin, y descubre en ellos la caracterización del Estado de clases y el valor del Estado ético; y a la vez se vincula con Lenin para realizarlo en tanto visión de estrategia política, que en Lenin es sobre todo filosofía de la práctica, filosofía de la transformación revolucionaria. Pero despoja su estrategia de los connotados fundamentales de la estrategia leninista en la Revolución de Octubre.

8. Hegemonía y Pluralismo en Lenin y en Gramsci

La relación hegemonía/consenso permite también abrir paso a una reflexión sobre el valor del pluralismo en la concepción de Gramsci y del marxismo en general. Es cierto que el pluralismo - entendido y muchas

veces confundido sólo con el pluripartidismo - aparece más explícitamente en un contexto liberal democrático que en la tradición cultural del marxismo. Sin embargo, entre hegemonía de la clase obrera y pluralismo hay un vínculo que no acepta la reducción del pluripartidismo, entre otras, por razones históricas: tanto Marx como Lenin y el propio Gramsci tuvieron escasa confianza en la representatividad social de los partidos de su época, la mayoría de los cuales estaba superado por la nueva fase que se abría en el desarrollo del capitalismo y en los cambios de la estructura de los nuevos grupos dominantes, o bien estaban en una fase embrionaria. Los partidos modernos que hoy gobiernan en Europa nacieron o se reformularon como partidos de masas después de la Segunda Guerra Mundial.

Lenin –en el contexto del rudimentarismo sistema de partidos políticos de Rusia prerrevolucionaria - se esforzó por crear un bloque que asegurara, incluso en estas condiciones de asalto al poder, una dialéctica pluralista pero solo dentro del mundo obrero y de su alianza con los campesinos.

La relación hegemonía/pluralismo, tanto en Lenin como en Gramsci, hay que buscarla más bien en la articulación del proletariado como clase en ascenso y en su relación con todos los grupos subalternos. Lenin hizo una contribución al tema al replantear el problema de la autonomía de la clase y supremacía de la política. En el libro *¿Qué hacer?* Señala: “La conciencia política de clase puede ser llevada a la clase obrera sólo desde fuera de la lucha económica, desde el exterior de la esfera de relaciones entre obreros y patronos. El único campo desde donde es posible extraer esta conciencia es el campo de las relaciones entre *todas las clases y todos los estratos* de la población con el Estado y con el gobierno, en el campo de las relaciones recíprocas de todas las clases... Para dar a los obreros conocimientos y conciencia política, los socialdemócratas deben andar entre todas las clases

de la población, deben enviar los destacamentos de su ejército en todas las direcciones”78.

Lenin sabía positivamente que quienes poseían el conocimiento científico no era el proletariado sino los intelectuales burgueses, y que por tanto la conciencia del proletariado debía importarse desde el exterior, desde otros estratos que detentaban el monopolio de las ideas.

A través de este mecanismo, Lenin establece supremacía y prioridad de la política en relación con el Estado, sin que pueda desaparecer sino a través de la superación económica ideológica. Establece con claridad una articulación de masas que va más allá de la clase obrera y del partido, y llega a concebir el carácter de los organismos de masas de diversos estratos que son el punto de encuentro y de realización del pluralismo social, donde los revolucionarios deben estar presentes para establecer alianzas, pero respetando el carácter específico de estos organismos. “En todas partes es necesario que sean lo más numerosos posibles, que tengan los objetivos más diversos, pero es absurdo y dañino confundirlas con las organizaciones de los revolucionarios, eliminar la diferencia que las separa, apagar en la masa la convicción, ya débil, de que para “servir” a un movimiento de masas se necesitan hombres consagrados especial y enteramente a la acción socialdemócrata, se den paciente y obstinadamente una educación de revolucionarios de profesión”79.

Hay aquí una implícita invocación de Lenin a una sociedad estructurada de manera plural en los más diversos momentos organizativos de masas, que no pueden ni deben ser copados ni identificados con el partido, del mismo modo en que no puede haber una identificación entre el partido y los organismos sindicales y de masas, considerados instancias de ejercicio de una

dialéctica pluralista de participación y de debate político, de lucha por las reivindicaciones económicas concretas.

Para Lenin el anti Estado, que no es sólo oposición al Estado dominante sino también su propuesta alternativa, el proletariado y los partidos deben ganar su papel de dirección. Es preciso ir al debate, señalaba, allí donde se encuentran todas las clases y los grupos sociales, y encabezar las reivindicaciones específicas de estos sectores en la lucha, para ser reconocido como el destacamento avanzado, como el guía de un amplio conglomerado que trasciende ideológica, social y políticamente el partido.

En las condiciones de hegemonía proletaria, según Lenin, el pluralismo se da en la recomposición política de la sociedad a partir del ejercicio de dirección que el partido de la clase obrera es capaz de ejercer, y esta recomposición no puede no expresar un aspecto que está en la base del tejido social de la articulación de anti Estado y de la sociedad civil: la unidad de los contrarios, es decir, la confluencia de los intereses del proletariado con diversos grupos y estratos sociales que expresan en el plano social un pluralismo de ideas y objetivos que el proletariado debe reunir e interpretar en su papel de clase dirigente del nuevo Estado.

El Estado popular no puede, por tanto, sofocar este pluralismo, porque de él depende su base social y de consenso, el desarrollo y la extensión de su capacidad hegemónica.

Lenin, por tanto, se ocupa del pluralismo en las condiciones de la Revolución Rusa, donde no existía una articulación partidista moderna, pero lo hace en el contexto de la política de alianza de la clase obrera y en el contexto del rol dominante del Partido Comunista en el poder. La forma como

se resuelve el enfrentamiento entre Bolcheviques y Mencheviques refleja que no había espacio en la concepción de Lenin para que el poder soviético se construyera sobre la base de un pluripartidismo que no es parte, definitivamente, de la concepción revolucionaria del líder ruso.

Es evidente que los grandes partidos pluriclasistas que el propio desarrollo del capitalismo y la naciente extensión del Estado como hegemonía han creado, corresponde no sólo a un escenario diferente de aquel en que operaban Lenin, sino también a una fase histórica que ciertamente él no podía inventar.

Asimismo, las grandes revoluciones proletario campesinas se realizaron en Estados de sociedad civil primitiva, donde la propia sociedad política se reduce al uso del aparato coercitivo del Estado omnipotente - desde la autocracia zarista al imperio chino - no existiendo la relación dominio/partido en la clase que detentaba el poder, con un espacio casi inexistente para el pluripartidismo en la propia hegemonía de las clases revolucionarias.

Es en este sentido que Gramsci, de acuerdo con su época y su formación cultural, con su concepción de la hegemonía hace que el marxismo ascienda varios peldaños en la configuración teórica de la transición y de la propia democracia socialista.

¿De dónde parte Gramsci, y qué fenómenos identifica en lo que podría llamarse el paso del *¿Qué hacer? A los Cuadernos de la Cárcel?* Con la reestructuración capitalista de la crisis de 1929, se modificó radicalmente la relación entre Estado y economía, surgiendo con ello una nueva relación entre masas y Estado.

En este escenario se confirmó la previsión de Gramsci respecto a la difusión de la hegemonía en el capitalismo desarrollado, donde se produce el paso de la restricción y concentración de la hegemonía - característica de la fase anterior- a la expansión de la hegemonía en tanto fenómeno de masas, lo que provoca un cambio en la morfología que la política había adquirido hasta entonces. Así, la elaboración de Gramsci se presenta como el momento de mayor ampliación del marxismo en relación con la fenomenología de la crisis del capitalismo desarrollado, de su reestructuración y de sus imprevisibles efectos, tanto en lo económico como en lo político.

Como elemento de la crisis y de la readecuación capitalista, Gramsci percibió el nacimiento de los sectores terciarios, del trabajo no directamente productivo, que modifica la relación entre renta y trabajo productivo y a la vez genera una profunda modificación en la estructura y en la estratificación social, lo que no deja de tener repercusiones más o menos directas en la nueva formulación de la política. Gramsci señala al respecto: “El hecho es éste: dadas las condiciones generales, la mayor ganancia creada por el progreso técnico del trabajo crea nuevos parásitos, es decir, gente que consume sin producir, que no intercambia trabajo con trabajo sino trabajo de otros con objetivos propios”⁸⁰.

El surgimiento de nuevas capas sociales y la forma que adquiere la apropiación del producto en la esfera de la dislocación del Estado en la estructura de la sociedad es lo que determina la nueva relación de grandes masas con el Estado, que toman directamente en sus manos funciones que en el Estado liberal estaban en la esfera del capitalismo privado. De esta nueva relación, que de la economía pasa a la esfera política, nace también una nueva base político social del Estado, que en esta fase establece un vínculo orgánico con el capital financiero y requiere un tipo de “productividad”

que, ubicada directamente en los engranajes del Estado, se transforma en “productividad política”.

El hecho intrínseco de esta relación entre el ser objetivo de estos nuevos grupos sociales y el Estado del gran capital determina que se dé entre ambos una relación que, siendo fruto del paso de una parte de la productividad de la esfera inmediata de la economía al Estado, no sea contradictoria y a la vez sea integrativa de la nueva fundación social del Estado.

De esta compleja relación economía-masa-política, como señala B. de Giovanni, “nace un tipo de difusión de la política que apoya su organización en la ‘gente pequeña’ y en los intelectuales como núcleo de masas de una forma específica de reproducción”⁸¹.

En la esfera de la sociedad civil, la superación de la crisis comporta para las clases dominantes una recomposición de la relación entre la política y la economía, y con ello, la difusión de las formas políticas y de las masas en un Estado - y aquí se sitúa una contradicción que Gramsci apunta en su estrategia - que continúa siendo y acentuando su carácter plutocrático.

La necesidad del paso de la guerra de maniobra a la guerra de posición está signada por el hecho de que la sociedad civil aparece ahora articulada en toda la dimensión del Estado, creando varios centros de una hegemonía extendida a sectores sociales que consideran el Estado como interlocutor en la esfera de la productividad de la política. En esta fase, la estrategia del proletariado debe ser diseñar los elementos teóricos de una lucha política que se enfrenta a un cuadro nuevo, de socialización de la política en el marco del Estado monopolístico. Es aquí donde se interconecta el papel del partido - y en particular del partido popular -, que por una parte no puede

controlar ni interpretar en sí mismo ideal, social y políticamente toda la realidad de la transformación socioestructural, pero que por otra debe ser capaz de interpretar global y hegemónicamente la creciente contradicción entre la socialización de la expansión de la política y la concentración del dominio que el Estado financiero tiene.

En esta realidad, afirma Gramsci, no es suficiente el partido anti Estado para crear una alternativa de masas que alcance una proyección hegemónica y se transforme en antítesis de la clase dominante, que ahora ha dispuesto sus “fortificaciones” en todos los engranajes del Estado, de un Estado que se relaciona directamente con los grupos sociales, y en particular con las masas intermedias que deben servir como reproductoras de la ideología y de la forma de convivencia que la dirección hegemónica y el dominio necesitan.

Para Gramsci la lucha por la transformación del proletariado en clase dirigente, debía obligatoriamente comprender el fenómeno de la pluralidad social y política –que es cultural y económica-, y disponerse a ejercer su hegemonía no sólo de clase en clase y de grupo en grupo subalterno, sino también a nivel de las expresiones políticas que surjan de los nuevos sujetos sociales distribuidos a través del Estado.

Gramsci señala: “Hay que observar que la acción política tiende precisamente a sacar a las multitudes de la pasividad, es decir, a destruir la ley de los grandes números. Con la extensión de los partidos de masas y con su adhesión orgánica a la vida más íntima (económica, productiva) de las masas mismas, el proceso de estandarización de los sentimientos populares pasa de ser mecánico y casual a consciente y crítico. Así se forma un

vínculo estrecho entre grandes masas, partido, grupo dirigente, y todo el complejo, bien articulado, puede moverse como un hombre colectivo”⁸².

De allí la obligatoriedad que tiene el partido revolucionario de pasar del partido anti Estado a un nuevo concepto de partido, con dimensión estatal, que reproduzca en su seno la misma circulación que el Estado ha hecho hegemónicamente con las masas, rescatando el momento unificador de la política y de las propias masas, que se desligan del Estado, adhieren a la hegemonía del partido en tanto éste configura una nueva forma de transformarse en Estado, logrando superar la contradicción inherente al Estado anterior, e imponiendo, al menos como perspectiva, la correlación entre socialización de las ideas, de la política, del poder, y socialización de la apropiación económica.

Gramsci sostiene que en la sociedad civil el partido político cumple el mismo papel que el Estado cumple en la sociedad política, es decir, la fusión entre intelectuales orgánicos e intelectuales tradicionales con el fin de transformar la clase de grupo económico en grupo intelectual y político, con capacidad para hacerse cargo del Estado.

En ello ve la capacidad unificadora del partido en la sociedad civil y en la sociedad política, que asegurando la supremacía de la política es capaz de comprender e incorporar en el ejercicio de su dirección la nueva relación de fuerzas que se produce entre las clases, y de articular las alianzas políticas y sociales para convertirse en Estado. De esta manera, se transforma el nexo partido - clase (partido-nomenclatura de clases), que al hacerse dinámico “es no sólo una expresión mecánica y pasiva de las clases mismas, sino que reacciona enérgicamente sobre ellas para desarrollarlas, extenderlas, universalizarlas”⁸².

Para Gramsci, los partidos, haciendo referencia a todos los partidos políticos y no solo al partido obrero, son verdaderas “escuelas de la vida estatal”, que por adhesión voluntaria de las masas que los integran y su “legalidad” interna, por el elemento de disciplina consciente que engloban, representan el paso de la necesidad a la libertad, y por ende, están en condiciones de realizar una mediación política de carácter colectivo, lo que modifica las relaciones de hegemonía entre las clases en una fase que se caracteriza por la difusión múltiple de la hegemonía. La expresión y la representación de las clases y de los grupos sociales es consustancial al ejercicio de la supremacía de la política, que con el pluralismo se enraiza de manera nueva en la sociedad.

Cabe señalar que en Gramsci está presente de manera permanente, desde su elaboración inicial de los Consejos de Fábrica a los Cuadernos, la articulación plural de la sociedad de masas. Pero en relación con el partido en cuanto “moderno Príncipe”, lo concibe como la síntesis de la voluntad colectiva nacional popular, situado en el centro de la vida política y social.

En este sentido, la visión de pluralismo en Gramsci es más bien enunciativa. Cabe señalar que en muchos pasajes de su elaboración Gramsci se refiere no sólo al partido comunista sino al partido moderno en general, y en especial podemos rescatar de la crítica que formula al ejercicio totalitario del poder por parte del fascismo y del “parlamentarismo negro” la idea de pluripartidismo.

Creyendo no forzar el pensamiento de Gramsci, se puede sostener que en su elaboración, especialmente en su análisis de la estrategia para enfrentar a la dictadura fascista y en la unidad de las fuerzas democráticas, hay ya una fundamentación del pluralismo y en alguna medida del pluripartidismo - que no

se identifican, porque en su diferenciación hay espacio para una articulación democrática más amplia y compleja - que el movimiento obrero debe englobar conceptualmente en su quehacer hegemónico en una sociedad extremadamente diversa como la que hoy se presenta en el Occidente desarrollado, no sólo respecto de la sociedad rusa prerrevolucionaria o de la sociedad liberal, sino incluso de la propia sociedad a la que hacía referencia Gramsci.

Sin embargo, ello no aparece claro cuando se trata del proceso de ascenso al poder de la clase subalterna y donde Gramsci mas bien queda prisionero del rol final que partido jacobino – leninista, el moderno príncipe, tiene en este proceso. La noción de pluralismo y sobre todo de pluripartidismo, que es la base como se expresa el pluralismo en la sociedad democrática, no es expresada en Gramsci en esta fase, ni podemos considerarla como parte de su aporte intelectual y filosófico a la ciencia política, más allá de que el tema aparezca planteado en la esencia final de su elaboración.

Como señalara el intelectual y político italiano Pietro Ingrao, no podemos atribuir a Gramsci - ni tampoco a Lenin o a Marx y Engels - toda la elaboración posterior de distintos partidos de izquierda en sus condiciones nacionales específicas, así como tampoco la elaboración de los principales teóricos marxistas contemporáneos en relación con la hegemonía y el pluralismo. Podemos afirmar que éste es un valor adquirido de la estrategia progresista que se inspira en el marxismo.

BIBLIOGRAFÍA DE AUTORES CITADOS Y MENCIONADOS

Capítulo tercero

1. Napolitano Giorgio, *Il Nuovo blocco storico nella elaborazione di Gramsci e del PCI*, Rinascita, Roma, 1970
2. Marx Karl, Prólogo de la “Contribución a la Crítica de la Economía Política” en *Obras Escogidas*, Progreso, Moscú, 1969, pag 181
3. Marx Karl, Prólogo de la Contribución a la Crítica de la Economía Política “ en *Obras Escogidas* , Progreso, Moscú, 1969, pag 182
4. Gramsci Antonio, *Quaderni del Carcere*, Riuniti, Roma, 1964, pag 181
5. Gramsci Antonio, *Note sul Machiavelli...*, Riuniti, Roma, 1975, pag 50.
6. Portelli Hugo, *Gramsci e le bloc historique*, Presses Universitaires de France, París, 1972. Pag. 42.
7. Gramsci Antonio. *Note sul Machiavelli...*, Riuniti, Roma,1975, Pag 60.
8. Gramsci Antonio, *Note sul Machiavello...*, Riuniti, Roma,1975, pag 56.
9. Gramsci Antonio, *Note sul Machiavelli...*, Riuniti, Roma,1975, pag 47.
10. Gramsci Antonio, *Il materialismo Storico e la Filosofia di Benedetto Croce*. Riuniti, Roma, 1971, pag 6
11. Marx Karl Prólogo de la “Contribución a la crítica de la economía política”, en *Obras Escogidas*, Progreso, Moscú, 1969 pag 182.
12. Vease Texier J. *Gramsci e la Philosophi du marxisme*, Seghers, París, 1966
13. Vease Smith Adam Baran B.,*Il Capitale Monopolistico*.Einaudi, Turin, 1968
14. Vease Kant E. en *La Concezione del Personalismo...*,Presses Universitaires, París, 1972
15. Marx Karl, *La Ideología Alemana*, Progreso, Moscú, *Obras Escogidas*, 1969, pag 38
16. Gramsci Antonio, *Il Materialismo storico e la Filosofia di Benedetto Croce*, Riuniti, Roma, 1971, pag 7

17. Gramsci Antonio, *Il materialismo storico...*, Riuniti, Roma, 1971, pag 9
18. Gramsci Antonio, *Note sul Machiavelli...*, Riuniti, Roma, 1975, pag 88
19. Gramsci Antonio, *Note sul Machiavelli...*, Riuniti, Roma, 1975, pag 132
20. Gramsci Antonio, *Passato e Presente*, Riuniti, Roma, 1975, pag 158.
21. Gramsci Antonio, *Note sul Machiavelli...*, Riuniti, Roma, 1975, pag 74
22. Gramsci Antonio, *Note sul Machiavelli...*, Riuniti, Roma, 1975, pag 79
23. Vease Togliatti Palmiro en Calabró G.P., *La Transizione Politiche*, Edizione Scientifiche, Milano, 1982
24. Berlinguer Enrico, *La questione comunista*, Riuniti, Roma, 1975
25. Gramsci Antonio, *Quaderni del Carcere*, Riuniti, Roma, 1964, p. 420
26. Lenin V.I., *El Estado y la Revolución*, en *Obras Escogidas*, Progreso, Moscú, 1967, Vol II, pag 323.
27. Lenin V.I., *Prólogo de "Cómo se engaña al pueblo"*, *Obras Escogidas*, Progreso, Moscú, 1969,
28. Lenin V.I. "Que fattiche della social democrazia" en *Opere Complete* Riuniti, Roma, 1974, vol. IX, pag 43
29. Lenin V.I. " Que Fattiche..." en *Opere Complete*, Riuniti, Roma, 1974, Vol IX, pag.42
30. Lenin V.I. " Que Fattiche ..." en *Opere Complete*, Riunite, Roma, Vol IX, pag 66
31. Buci-Glucksman Ch. *Gramsci e lo Stato*, Riuniti, Roma, 1976, pag 66
32. Gramsci, *Quaderni del Carcere*, Riuniti, Roma, 1964, pag 616
33. Lenin V.I., *Carta a Plejánov*, en *Obras Completas*, Progreso, Moscú, 1967, Vol 37, pag.91-92
34. Vease Portelli H. en *Gramsci et la question religieuse*, Antropos, París, 1974
35. Lenin V.I., en *Obras Completas* Progreso, Moscú, 1967, Vol. 17, pag. 238-239
36. Portelli Hugo, *Gramsci et Bloc Historique*, Presses Universitaires de France, París, pag. 71-72

37. Gramsci Antonio, Quaderni del Carcere, Riuniti, Roma, 1964 p. 1576
38. Gramsci Antonio, Il materialismo storico e la filosofia di B. Croce, Riuniti, Roma, 1971, pag. 205-206
39. Gramsci Antonio, Il materialismo storico..., Riuniti, Roma, 1971, pag.139.
40. Lenin V.I., Che fare? Opere Complete, Riuniti, Roma, 1965, Vol V, pag 334 - 335
41. Gramsci Antonio, Quaderni del Carcere, Riuniti, Roma, 1964, pag. 36
42. Anderson Perry, "Las antinomias de A. Gramsci", en Cuadernos Políticos, N° 13, México, 1977
43. Gramsci Antonio, Quaderni del carcere, Riuniti, Roma, 1964, pag.2010-2011
44. Engels F., El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado, en C. Marx y F. Engels, Obras Escogidas, Progreso, Moscú p. 624.
45. Marx C y Engels F., Manifiesto..., en Obras escogidas, Progreso, Moscú, 1967, p. 52.
46. Marx, Carta a Joseph Weydemeyer, en Marx C. y Engels F, Obras escogidas, Progreso, Moscú, pag 19-720

47. Vease Marx Karl, Obras Escogidas, Progreso, Moscú, 1969, Vol VII
48. Vease Marx Karl . Obras Escogidas, Progreso, Moscú, 1969, Vol VII
49. Kant E., Scritti politici e filosofia de la storia e del diritto, en Ceroni Umbero, Riuniti, Roma, 1989
50. Gramsci Antonio, La contituzione del Partito Comunista Italiano. Lettera a Togliatti, 26 de noviembre de 1926, Riuniti
51. Vease en Gramsci Antonio, Quaderni del Carcere 10, Riuniti, Roma, 1964
52. Vease en Gramsci Antonio, Quaderni del Carcere, Riuniti, Roma, 1964
53. Gramsci Antonio, Carta al Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) de la Unión Soviética. En Antología, Siglo XXI, México, 1970, p. 204.
54. Vease en Antonio Gramsci, La Crisi Italiana, Einaudi, Turin, 1972

55. Vease en Antonio Gramsci, Quaderni del Carcere, Riuniti, Roma, 1964
56. Vease en Antonio Gramsci Note sul Machiavelli, Riuniti, Roma, 1974
57. Vease en Ragazzini Dario, Societa Industriale, Riunite, Roma, 1976
58. Vease en Kant E. Scritti Politici e Filosofia..., en Cerroni U., Riuniti, Roma, 1989
59. Vease en Antonio Leal, El Crepúsculo de la Política, LOM, Santiago, 1997
60. Vease en Kant E., Scritti Politici e Filosofia..., en Cerroni U, Riuniti, Roma, 1989
61. Gramsci Antonio, Costruzione del Partito Comunista Italiano, Riniti, Roma, 1972, pag. 129-130
62. Gramsci Antonio, La Costruzione del ..., Riuniti, Roma, 1972, pag 130
63. Vease en Gramsci dopo Gramsci di Normanno, Capone Editori, Lecce, 1986
64. Marx Karl, La Guerra Civil en Francia, Obras Escogidas, Progreso, Moscú, 1969
65. Marx Karl, Crítica al Programa de Gotha, Obras Escogidas, Progreso, Moscú, 1969
66. Vease en Gramsci Antonio, Carta a Plejanov, Obras Completas, Progreso, Moscú, 1967, Vol 37
67. Gramsci Antonio, Passato e Presente en Quaderni del Carcere, Riuniti, Roma, 1964, pag. 1755
68. Vease en La Rusia Potenza Mondiale, en Ordine Nuovo, Turín, Mayo 1919
69. Gramsci Antonio, “La Rusia, potenza mondiale” en Ordine Nuovo, Turin, Mayo 1919
70. Gramsci Antonio, “La Russia ...”, en Ordine Nuovo, Turin, Mayo 1919, pag. 31
71. Ingrao Pietro, “Coerción y democracia” en Rinascita, Roma, 1968
72. Gramsci Antonio, en Ingrao P., “Coercion ...”, Rinascita, Roma, pag. 42
73. Gramsci Antonio, Quaderni del Carcere, Riuniti, Roma, 1964, Vol II, p. 88
74. Lenin V.I., Che fare? En Opere Complete, Riuniti, Roma, 1969, Vol V, pag 320
75. Lenin V.L., Che fare?, Opere complete, Riuniti, Roma, 1969. Vol V, pag. 334-335

76. Gramsci Antonio, Quaderni del carcere, Riuniti, Roma, 1964 p. 1348
77. De Giovanni B, Lenin, “Gramsci e la base teorica del pluralismo” en Crítica Marxista. Roma, 1976
78. Gramsci Antonio, Quaderni del Carcere, Riuniti, Roma, 1964, Vol II, pag. 1430.
79. Gramsci Antonio, Quaderni del Carcere, Riuniti, Roma, 1964, Vol I, pag. 387

CAPITULO IV

El bloque de los intelectuales y el
modernos principe

CAPITULO IV

EL BLOQUE DE LOS INTELLECTUALES Y EL MODERNO PRINCIPE

1.- Cultura y Papel de los Intelectuales

El tema de la relación entre cultura y política, vinculado al papel de los intelectuales, es central en la conformación de la hegemonía.

En los escritos anteriores a Cuadernos de la cárcel, Gramsci ponía énfasis en especial en el valor moral de la cultura, tema siempre importante en él, a partir de Gobetti y de Croce. Al respecto, cabe recordar que a comienzos del decenio de 1980 Berlinguer lo transformó en el elemento que confiere la diversidad del quehacer político por parte de los comunistas. En los Cuadernos, Gramsci se refiere de manera más directa al papel político de la cultura, que es la verdadera productora de la hegemonía, del despliegue de la guerra de posición y de la formación del consenso.

Hay momentos en que Gramsci se refiere estrictamente a la cultura humanista en el ámbito de una concepción historicista, con la finalidad de conformar el carácter de la conciencia y de la voluntad del hombre colectivo. Otras veces, explica la cultura en sentido antropológico, como expresión de la concepción de vida propia de un pueblo. De allí, el gran valor político e ideológico que confiere a la cultura, que podría considerarse integrada por tres elementos principales: la historia, la obra de los intelectuales y el fin ético político.

A través de la guerra de posición se producen las transformaciones culturales en la sociedad civil, para lo que se requiere una verdadera socialización de los conocimientos precedentes, a fin de poner de relieve su carácter historicista, permitir el surgimiento del consenso colectivo -que supone una fase ya superior de internalización de nuevos valores, superando los adquiridos con anterioridad - y de la propia conciencia crítica; es decir, de un instrumental metodológico que ponga en cuestión todo dogma, todo precepto fijo y en definitiva acerque a la ciencia.

Su meta es el desarrollo de la filosofía de la práctica, que constituye el momento superior entra la reforma protestante y la Revolución Francesa, entre Robespierre y Kant. Ella será la base para la creación de un grupo propio de intelectuales y para la educación de las masas populares, que de esta forma pueden superar la cultura idealista. Al respecto, es válida la contribución del Iluminismo francés, que supo llegar a las masas campesinas y desarrollar un espíritu laico en la cultura.

Su interés consiste en indagar acerca de la cultura de masas, ya que concibe el quehacer cultural como elemento esencial de la reforma intelectual y moral, base de la transformación de los aparatos ideológicos del Estado y del Estado mismo.

Se han formulado críticas a Gramsci en relación con su visión “intelectualista” del papel de la cultura, sin embargo, él no perdió de vista - incluso al aislar metodológicamente los factores culturales en la superestructura - el hecho de que la reproducción ideológica es expresión de la clase dominante, y por tanto, en última instancia, es producción económica.

Toda gran expresión cultural comporta una transformación productiva, aun cuando no signifique un reemplazo del “bloque histórico”. Toda transformación de las relaciones de producción se da a través del surgimiento de una nueva cultura, que forma los agentes de la transformación económica y, a la vez, debe significar una revolución ideológica que antes y después del ascenso al poder debe conformar la nueva sociedad civil.

Precisamente el nexo dialéctico de la estructura con la superestructura, en el vínculo orgánico del “bloque histórico” Gramsci identifica el papel de los intelectuales como categoría social específica. Es el teórico marxista que dedica más espacio a la definición de la función de los intelectuales y a su integración social, ya que este problema aparece indisolublemente ligado a la formulación de una estrategia revolucionaria que tenga necesariamente en cuenta la tendencia creciente a los cambios en la estructura social que se producen en el capitalismo desarrollado en virtud de la revolución científica, y que se acentúa en la transnacionalización del capital.

Tiene razón Franz Marek al afirmar que “las progresivas transformaciones en la economía y en la sociedad, el aumento del porcentaje de técnicos y las consecuencias de la revolución tecnológicas y científicas hacen que la reflexión de Gramsci acerca de la posición y la función de los intelectuales que para el movimiento obrero revolucionario de Europa occidental había tenido una importancia solo superficial sea un elemento absolutamente indispensable para la estrategia revolucionaria. Y esto es tanto más importante cuando la solución e los difíciles problemas teóricos que se presentan al movimiento obrero exige la existencia de un marxismo creativo”¹.

Esta elaboración supera dos deformaciones típicas en la conceptualización de los intelectuales, muy presentes en el movimiento obrero europeo de

los años veinte y treinta, y por cierto también en América Latina en los decenios posteriores: el obrerismo, que rechaza al intelectual por considerarlo una capa no proletaria y por tanto ajena a las fuerzas motrices de la revolución; la concepción exclusivista e instrumental, es decir, aquella que considera al intelectual aislado, como fenómeno individual, que llega a las filas de la revolución adhiriendo incondicionalmente a las formulaciones del movimiento obrero. Ambas tendencias limitan el papel del intelectual político y lo separan - más allá del vínculo de su creación específica - del movimiento de masas.

Gramsci ubica a los intelectuales y su papel en una posición nueva incluso en el marxismo, entre otras razones, porque unifica a los intelectuales y la clase obrera en lo que llama “intelectual orgánico del proletariado”, modificando radicalmente no sólo la política de alianzas sino el ejercicio mismo de la filosofía de la práctica.

La teoría de los intelectuales representa un aporte revolucionario en el pensamiento marxista, sin el cual sería imposible explicar el mecanismo que permite mantener unido el bloque histórico, la generación del consenso como elemento determinante del ejercicio de la hegemonía y la dialéctica autonomía - dependencia que adquiere la superestructura tanto en el mantenimiento de un bloque como en la superación de éste y la construcción de uno nuevo.

La concepción gramsciana de los intelectuales se articula a partir de tres fuentes. Una, de orden político social: los intelectuales son “empleados” de la clase dominante. Otra, de orden filosófico: el intelectual como lugar de creación de la actividad nacional. La tercera, de orden cultural: el intelectual como ideólogo y científico, como político y científico, como agente de la persuasión.

Concebir el intelectual a partir de su función significa superar una deformación idealista que ve en los intelectuales un grupo autónomo, árbitro y mediador de los conflictos sociales sin participar directamente en la gestación de ellos y sin tener vínculos con las raíces materiales que generan estas contradicciones.

Gramsci niega el absolutismo de la autonomía de los intelectuales, rechaza la idea de que constituyen una clase en sí mismo y sitúa su papel en la organicidad de un bloque histórico específico. En primer lugar, los intelectuales establecen una relación con las clases fundamentales, pero también con otras clases presentes en la sociedad, las que tienden a formar sus propios grupos de intelectuales. Su mayor vínculo, el más orgánico y articulado, es con la clase dominante, sobre todo en el momento de apogeo de la extinción hegemónica de su poder ideológico político.

Lo es también en el caso del capitalismo debido al origen social de los intelectuales, ya que quienes más acceso tienen a una formación científico humanista superior provienen de grupos ligados a la clase dominante o a estratos medios con alto nivel de ingresos. En cambio, las clases subalternas deben realizar una labor de captación mucho más compleja, ya que deben importar – al menos en una fase - sus intelectuales, en particular aquellos considerados ilustres, desde otras clases. Estos intelectuales, de procedencia diferente a las clases subalternas, continuarán siendo susceptibles de captación por parte de las clases dominantes, en especial a través del “transformismo”, aun cuando lo fundamental será, en este caso, el grado y la profundidad orgánica del vínculo ideológico con la clase a la que representan, más que su origen social.

El vínculo de la superestructura - donde el intelectual ejerce su papel en tanto “funcionario de la superestructura”- con la base social, permite elaborar una primera respuesta, inspirada en lo económico, al problema de la colocación del intelectual en el bloque histórico y a su tarea de mantener compacto el bloque histórico y garantizar la generación y desarrollo de las áreas de agregación y de consenso, así como la elaboración de los materiales jurídicos e institucionales a través de los que se ejercita la coerción de la clase dominante.

“Cada grupo social, naciendo en el terreno originario de una función especial del mundo de la producción económica, se crea conjunta y orgánicamente uno o más rangos de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de la propia función, no sólo en el campo económico sino también en el social y en el político; el empresario capitalista crea consigo mismo al técnico industrial y al especialista en economía política, a los organizadores de una nueva cultura, de un nuevo derecho, etcétera”².

Es decir, los “intelectuales orgánicos” o la llamada “clase política” - entendida como dirigente - son una categoría ideológica del grupo social dominante y representan especializaciones de aspectos parciales del tipo social que la nueva clase ha hecho nacer.

Existe una relación de dependencia estrecha entre relaciones de producción dominantes - clase dominante-, intelectual orgánico y relaciones de superestructura, pero de esto no puede deducirse que la relación entre el intelectual y el mundo productivo se presente de manera inmediata, mecánica, calcada. El intelectual se sitúa en su quehacer en la esfera de la superestructura, y no tiene el vínculo que se da entre producción y clase principal del sistema.

En la función del intelectual no hay un simple reflejo pasivo de la estructura socioeconómica, sino una autonomía relativa que se deriva del origen social del intelectual, que como se vio proviene de la clase principal o de las clases y castas auxiliares que actúan en alianza con la clase dominante, por lo que mantienen posiciones que reflejan también estos intereses, pudiendo contribuir con su acción a acelerar o retardar la estructura.

Además, la autonomía se da a través del papel de dirección cultural y política del sistema social que el intelectual ejerce, el que es múltiple y comporta también la hegemonización de la propia clase dominante. El intelectual se transforma en la conciencia autocrítica del sistema, lo que permite a las clases dominantes no aparecer en primera persona en la tratativa y en el conflicto social.

La autonomía de los intelectuales resulta obligatoria cuando se trata de producir un salto cualitativo de la primera fase de intelectualidad, ligada a la esfera de representación de los intereses corporativos, a la fase más compleja y orgánica, según Gramsci, los intelectuales se separan para unirse más estrechamente en la clase dominante, donde se transforman propiamente en superestructura, es decir, se ponen en la esfera de la elaboración de la ideología y de la concepción del mundo en tanto filosofía de la clase dominante.

Producen la filtración de los intereses ligados a la reproducción del capital y los elevan a nivel de conciencia colectiva de la sociedad, ofreciendo formas políticas y culturales diversificadas en los distintos niveles de la estratificación social. Naturalmente, nos referimos a una formación con una sociedad civil desarrollada.

Por lo tanto, la relación entre producción e intelectual se filtra a través de todo un tejido social que recibe influencias múltiples, y donde prima una relación de mediatización de la ubicación del intelectual respecto de las clases principales en disputa. El intelectual contribuye a la toma de conciencia de la función histórica de la clase de la cual depende, pero a la vez entrega los elementos para que esta clase ejercite su hegemonía.

El hecho de que tanto para Lenin como para Gramsci los intelectuales no constituyan una clase sino una casta que se distribuye en todos los grupos sociales que expresan hegemonía, no significa que no mantengan elementos de naturaleza ideológica, psicológica, política y económica comunes como casta.

Esto se puede percibir o bien cuando la clase dominante está en su fase progresista – es decir, cuando su desarrollo como clase coincide con el desarrollo de las fuerzas productivas y con el desarrollo de la sociedad en su conjunto - y donde el poder de atracción de los intelectuales que ejercen oficialmente la hegemonía permeabiliza todas las capas, o bien la clase subalterna principal ha alcanzado un nivel de desarrollo y presencia de tal magnitud en la sociedad civil que puede disputar la hegemonía cultural a la clase dominante y ejercer un nivel de prestigio tan poderoso que atraiga núcleos importantes de la intelectualidad, hasta ayer ligada al patrón cultural oficial, hacia la nueva filosofía que se transmite con el ascenso de la clase subalterna, que trata de ejercer dirección incluso antes de conquistar el poder político.

Comprender los mecanismos que unen a los intelectuales, la sensibilidad frente a la libertad de creación, el carácter de la filosofía de los intelectuales, es para Gramsci, fundamental para que un partido revolucionario pueda conquistar una parte de la intelectualidad para su proyecto transformador.

En este sentido, la relación autonomía-dependencia de los intelectuales no es estática sino dialéctica, y uno u otro aspecto adquiere mayor importancia de acuerdo con la fase de desarrollo y de disputa por la hegemonía en las clases fundamentales y de la unidad o no del bloque histórico.

Gramsci elabora esta primera cuestión estableciendo una estrecha relación entre *el homo faber* y *el homo sapiens*, puesto que “no hay actividad humana de la que se pueda excluir toda intervención intelectual”³. Y señala que “en cualquier trabajo físico, aunque se trate del más mecánico y degradado, siempre existe un mínimo de calidad técnica, o sea un mínimo de actividad intelectual creadora”⁴.

Por lo tanto, todos los hombres son intelectuales, aunque no todos tienen la función social de tales, aun cuando establecen escalas de valores morales, poseen una visión “cognoscitiva” del mundo que los rodea, y al adherir a una concepción del mundo apoyan o modifican la concepción del mundo dominante. De allí que para Gramsci no existe la categoría de “no intelectual”; lo que sí existe es una gravitación diferente en cada individuo, en cada profesión o trabajo, en la creación intelectual y en el esfuerzo muscular nervioso.

Por lo tanto, el intelectual se concibe a partir de su función primordial: la función de organización en la sociedad y en todas las esferas de la vida social. Habría que comprender bajo el término intelectuales no sólo los sectores que comúnmente reciben esta denominación, sino a toda la masa que ejerce funciones organizativas, tanto en el campo de la producción, como en el de la cultura o el administrativo político. En tanto intelectual funcionario de la superestructura, sus funciones serían:

a) Hay un sector vinculado directamente a la producción que organiza la actividad económica de la sociedad. Este “intelectual” tiene un grado de dependencia más rígido del propietario de los medios de producción. Aquí se distinguen al menos dos categorías: las de los especialistas (ingenieros que controlan el conjunto de la producción) y la que se relaciona con los cuadros técnicos menores, el aparato administrativo, etcétera.

b) El intelectual entrega una “concepción del mundo” coherente, que integra las diversas concepciones de los sectores ideológicos, políticos y sociales que participan directamente en el control del aparato de poder.

c) Contribuye a la generación de un “consenso social” a través de la fundamentación, en el terreno de la ideología de los intereses de fondo de las clases dominantes, haciéndolos aparecer como coincidentes con los del conjunto de la sociedad-nación. En un momento de crisis del bloque histórico, este es el sector más proclive a entrar en contradicción con las clases dominantes, y por tanto, a producir una “fuga” hacia otras posiciones vinculadas a las clases progresistas en ascenso o a una fracción de las clases dominantes que desarrollen una política más regresiva como respuesta a la crisis de dominio y hegemonía.

d) En su calidad de funcionario de la sociedad política, busca obtener la legalización e institucionalización de los intereses de las clases dominante, generando una disciplina social.

e) La Iglesia y sus componentes expresan también una forma de intelectualidad institucional, ligada a la difusión de una concepción del mundo ético religiosa que no sólo influye en los problemas subjetivos de la población sino también en aquellos de la vida política y social.

f) En los intelectuales, tanto la sociedad civil como la política, encuentran sus propios cuadros; es decir, ejercen también funciones en el plano del dominio directo, en especial a través de la elaboración de la doctrina jurídica y en la participación en los aparatos destinados a mantener compacta la población en torno a la clase dominante (tribunales de justicia, oficialidad de las fuerzas armadas, etcétera). Ello, porque la función de los intelectuales no sólo se absorbe en la sociedad civil sino en el conjunto de la superestructura, y por tanto, también en el aparato del Estado.

En síntesis, Gramsci pone en relieve la calificación de los intelectuales en tanto funcionarios de las clases dominantes para el ejercicio de las funciones subalternas de hegemonía social del gobierno político. “1) del “consenso” espontáneo que las grandes masas de la población dan a la dirección impuesta a la vida social por el grupo social dominante, consenso que históricamente nace del prestigio (y por tanto de la confianza) detentado por el grupo dominante, de su posición y de su función en el mundo de la producción; 2) del aparato de coerción estatal que asegura “legalmente” la disciplina de aquellos grupos que no “consienten” ni activa ni pasivamente, pero que está preparado por toda la sociedad en previsión de los momentos de crisis en el comando y en la dirección, casos en que el consenso espontáneo viene a menos”⁵.

La función del intelectual adquiere universalidad en la medida en que se extiende al campo político, ideológico, social, económico, y a la esfera militar. Es un factor determinante en la consecución de la homogeneidad y de la plena conciencia del papel que debe tener la clase dominante y sus grupos auxiliares en el desarrollo político e ideológico de la clase subalterna y sus aliados.

Gramsci ve también en el problema de los intelectuales una raíz histórica, señalando que “cada grupo social esencial” al surgir a la historia desde la estructura económica precedente y como expresión del desarrollo de esa estructura ha encontrado, por lo menos en la historia hasta ahora desenvuelta, categorías intelectuales preexistentes y que además aparecían como representando una continuidad histórica ininterrumpida, aun por los más complicados cambios de las formas políticas y sociales”⁵. Aquí se describe de manera precisa al intelectual tradicional representante - habiendo sido en el pasado los intelectuales del poder- del viejo orden, por lo que constituye una casta social que sobrevive al antiguo modo de producción, es decir, que no tiene un lazo con la nueva clase dominante. Para Gramsci, una de las tareas de la nueva intelectualidad consiste en atraer a los intelectuales tradicionales, desligándolos del pasado y extendiendo el consenso del nuevo régimen, y por ende, haciéndolo más sólido.

Una parte de los intelectuales, ahora tradicionales, ya ha sido captada en el período anterior, es decir, cuando aún se mantenía la hegemonía de la vieja clase dominante o en momentos de crisis orgánica del bloque histórico, formando ahora parte de la intelectualidad orgánica de la nueva clase. Será este tipo de intelectuales el encargado de reclutar una parte de la intelectualidad tradicional, sobre todo aquella que desarrollaba funciones en la esfera de la sociedad civil. Esta situación es más compleja respecto del personal intelectual del viejo aparato de la sociedad política encargada de los mecanismos coercitivos que la nueva clase debe disgregar, impidiendo que continúen ejercitando funciones “privadas” de coerción en nombre de la clase dominante desplazada, que seguirá intentando recuperar el poder. Esto confirma la diferencia existente entre la sociedad civil y la sociedad política, y la necesidad de que el movimiento obrero tenga en cuenta, en el

marco de una estrategia global, el diverso tratamiento de estas esferas y las acumulaciones de fuerzas y métodos que se requieren en cada caso.

Al no estar directamente vinculados con las clases principales del nuevo bloque histórico, los intelectuales tradicionales tienen una aparente independencia; esta es aparente, pues no existe el modo de producción puro, conservándose residuos de la estructura de clases de la formación histórico social anterior, y siendo la expresión de la continuidad histórica, con una influencia significativa sobre diversos grupos sociales, y contando con una apariencia concreta como ex “casa política” dirigente.

La nueva clase dirigente utiliza a sus propios intelectuales orgánicos para atraer a este sector de la intelectualidad tradicional y con ello extender su hegemonía. Así ha ocurrido con la burguesía, que se nutre de los intelectuales de la aristocracia - por ejemplo, del clero-, agregándolos a su propio campo de dirección cultural, moral e ideológica de la sociedad.

Lo mismo ocurre con la clase obrera, que en un terreno más difícil del que tuvo la burguesía, amplía su esfera intelectual con los especialistas e intelectuales burgueses o de las clases auxiliares, a quienes asimila muchas veces – sobre todo en revoluciones donde la clase obrera no contaba con especialistas propios o incorporados en la fase de acumulación de fuerzas – como condición de desarrollo de la revolución. Una vez en el poder, el proletariado a través de su intelectual colectivo, vale decir, del partido, trabajará ideológicamente por incorporar en la construcción de la nueva sociedad a la intelectualidad burguesa - ahora tradicional -, y aprovechará sus conocimientos y su formación universal.

Desde el punto de vista de la cualidad de las funciones intelectuales, Gramsci distingue diversas categorías, que van desde el gran intelectual al intelectual subalterno. El primero es el creador encargado de la formación de la nueva concepción del mundo y de las disciplinas que de ella derivan (arte, filosofía, ciencia, derecho), que corresponde a los intelectuales que en el bloque ejercen una supremacía de prestigio que trasciende la esfera de confluencia de la propia clase dominante, la que se esfuerza por mostrarlos como parte de su propia hegemonía.

Cabe pensar, por ejemplo, en el hecho de que la burguesía “iluminada” busca incorporar las obras de pintores, escultores, escritores y músicos progresistas, presentándolos como creaciones nacionales, en circunstancias de que están más ligados a los grandes objetivos planteados por la clase obrera que a los de la clase dominante, ya que muchas de estas creaciones incluso denuncian las miserias del régimen. Ello forma parte de la capacidad de absorción de la crítica, sin autocrítica, de la burguesía desarrollada y de su enorme capacidad de gestión de la hegemonía cultural.

En este sentido, el comunismo que ha conquistó el poder, no supo aprovechar el patrimonio artístico y cultural anterior en su tarea de elevación cultural de toda la sociedad, porque ha confundido y mezclado las concepciones políticas o filosóficas del creador con el valor intrínseco de su obra en términos puramente estéticos. Ejemplo de ello fueron los años de imposición del “realismo socialista” como única escuela válida en la creación, excluyendo de hecho otras corrientes, y sectorizando y privando al Estado socialista y al socialismo de un patrimonio que trascienda el enfrentamiento inmediato de las clases.

La segunda categoría que distingue Gramsci es la de los organizadores, los hoy llamados operadores culturales, políticos, sociales, que tienen una importancia significativa en la preparación del terreno social de aceptación a la hegemonía a nivel de masas.

En tercer lugar se ubican los administradores y divulgadores de la ideología. Esta última categoría adquiere decisiva importancia con el desarrollo científico tecnológico en la esfera de los medios de comunicación de masas, y con el hecho de que cada vez más la noticia y la publicidad son un producto intelectual transable en el mercado. El mercado televisivo cuenta con millones de espectadores que consumen a diario mensaje destinados a presentar una vida tipo de familia burguesa intermedia, una escala de valores tipo que trasciende cualquier ética o ubicación social. En definitiva, se busca establecer patrones culturales y de conducta social directamente funcionales al ejercicio de la hegemonía de la clase dominante. Por ello, el divulgador- que es muy manipulable, como diría Lukács - tiene en la sociedad tecnológica un papel importante en el interregno psicológico de la extensión de la hegemonía de las multitudes.

Gramsci plantea la necesidad de que la clase obrera concentre su atención en los grandes intelectuales, en los creadores que por su prestigio son capaces de decidir el vuelco hacia posiciones progresistas ligadas a objetivos revolucionarios de enormes franjas de intelectuales que conforman parte de las escuelas que cada gran intelectual tiene tras de sí.

De allí, entonces, que Gramsci señale que el problema de la formación del intelectual tradicional es el problema histórico más interesante, toda vez que con el paso del intelectual dirigente a intelectual tradicional hay una ruptura histórica entre dos bloques que sin embargo mantienen, en lo que

representan los intelectuales tradicionales, elementos de necesaria continuidad en el plano de la ideología, y por supuesto y de manera obligada, en el terreno de la economía.

Mientras más rápido es el proceso de formación de sus propios intelectuales orgánicos por parte de la clase que se eleva como hegemónica o que lucha por serlo, mayores son también las posibilidades de que asimile y conquiste para sus proyectos a la intelectualidad, que en relación con este grupo en ascenso, es tradicional.

Por cierto, lo anterior debe analizarse a la luz del desarrollo histórico.

Gramsci dice: “Francia es la exponente de un tipo de desarrollo armónico de todas las energías nacionales y especialmente de las categorías intelectuales. En 1789 un nuevo grupo social surgió políticamente en la historia, completamente capacitado para todas sus funciones sociales y que por eso luchó por el dominio total de la nación, sin avenirse a compromisos esenciales con las viejas clases, pero subordinándolas a sus propios fines... Esa maciza construcción intelectual explica la función de la cultura francesa en los siglos XVIII y XIX, función de irradiación internacional y cosmopolita, y también de expansión con características imperialistas y hegemónicas en modo orgánico...”⁶.

En Italia, el proceso fue totalmente diverso. La burguesía, incapaz de completar la revolución burguesa, debió pactar con los terratenientes, lo que hizo que la intelectualidad dirigente no fuera capaz de dar respuesta a los nuevos fenómenos que surgieron en las primeras décadas del siglo XX. En esta forma, el fascismo como ideología encontró terreno fértil para lograr

un área significativa de la agregación entre la intelectualidad tradicional anterior y la propia intelectualidad burguesa.

Según Gramsci, el intelectual orgánico del proletariado debe resumir en su formación el paso de la técnica de trabajo al de la técnica ciencia, que representa el desarrollo experimentado por la sociedad y la economía y, a la vez, por el surgimiento de un instrumental científico de interpretación y modificación de la realidad que es el marxismo.

En este punto el intelectual se convierte en un especialista. “El modo de ser del nuevo intelectual ya no puede consistir en la elocuencia motora, exterior y momentánea, de los afectos y de las pasiones, sino que el intelectual aparece insertado activamente en la vida práctica, como constructor, organizador, “persuasivo permanente” no como simple orador - y sin embargo superior al espíritu matemático abstracto -; a partir de la técnica trabajo llega a la técnica ciencia y a la concepción humanista histórica, sin la cual se es ‘especialista’ y no se llega a ser ‘dirigente’ (especialista + político)”⁷.

Por lo tanto, el intelectual en tanto expresión del proletariado no puede ser sólo la continuación de la vieja intelectualidad, debe ser un intelectual orgánico colectivo de nuevo tipo, que en su relación con la clase revolucionaria dé lugar a un pensamiento común, a una concepción del mundo que inspira la “reforma ideal y moral” para permitir el paso de las masas de “simples”, que era su ubicación en el sistema anterior, a verdaderos intelectuales en la nueva sociedad.

Gramsci sostiene “como filosofía de masas, la filosofía de la práctica no puede ser concebida sino de manera polémica, en perpetua lucha”⁸. Y cabe agregar que jamás puede ser conservadora, que su punto de partida debe

ser el “sentido común”, o la filosofía de la multitud, que busca una “homogeneidad ideológica”.

La fusión de la filosofía de la práctica con el sentido común de los sectores atrasados de las masas se logra a través de la política, del hacer política, que es la mejor escuela de formación cultural para las masas.

Es en este proceso donde surgen nuevos intelectuales que ahora vienen de las masas, con lo que el proletariado tiene un núcleo intelectual compuesto por los intelectuales orgánicos que se incorporan en el proceso de ascenso de la clase obrera a la clase dirigente, por los intelectuales tradicionales que proceden de las clases antes dominantes, y por los intelectuales propios que se forman en el proceso de culturización ideológica y política en el seno de la clase obrera, siendo los intelectuales más orgánicos al no ser importados desde otras clases sino al nacer en un vínculo directo con la base económica en expansión.

Para Gramsci, este proceso modifica el panorama ideológico de una época y realiza la reforma intelectual y moral que permite al proletariado pasar de la fase corporativa a la propiamente política, y generar una filosofía de la práctica apoyada en un quehacer intelectual capaz de generar un amplio proceso hegemónico en un vasto movimiento popular.

A la cabeza de este proceso de universalización de los valores del proletariado como clase hegemónica se encuentra el “Moderno Príncipe”, es decir, el partido revolucionario, que en esta nueva era representa el papel del príncipe Maquiavelo en la lucha contra los intereses corporativos de la burguesía comunal y por la formación del Estado burgués. En Gramsci, el

“Moderno Príncipe” es la guía de la hegemonía proletaria en la construcción del nuevo Estado.

Pero la teoría gramsciana del partido político se puede extender en general al partido político moderno, al estudio de sus orígenes, de las formas que adquiere y al sentido de su evolución. Al respecto, Gramsci establece algunas distinciones:

a) “Para *algunos grupos sociales*, el partido político no es más que el modo exclusivo de formación de la propia categoría de intelectuales orgánicos directamente en el terreno político y filosófico, ya no en el terreno de la técnica productiva.

b) Para *todos los grupos*, el partido político es precisamente el mecanismo que en la sociedad civil cumple la misma función que cumple el Estado en mayor medida y de manera más sintética en la sociedad política, es decir, procura la fusión de los intelectuales orgánicos de un grupo determinado - el dominante - con los intelectuales tradicionales. El partido cumple esa función como una derivación de su función fundamental: formar los propios componentes, los elementos de un grupo social nacido y desarrollado como “económico”, hasta convertirlos en intelectuales políticos calificados, en dirigentes y organizadores de todas las actividades y funciones inherentes al desarrollo orgánico de una sociedad integral, civil y política”⁹.

De esta definición gramsciana de la relación intelectual-partido se puede desprender cómo los elementos de un grupo socioeconómico, al ingresar al partido, superan sus intereses individuales, y al vincularlos con los del

conjunto de la clase se convierten en agentes de una actividad general, de desarrollo histórico, Es decir, son partido.

2.- Maquiavelo: “Príncipe Moderno”, Partido revolucionario

Al asociar a Maquiavelo con Marx y Lenin, Gramsci tiene en mente un proyecto definido: teorizar una práctica histórica concreta sobre el partido político, en su relación con las clases principales, subalternas y con el problema del Estado. Es decir, de un partido político que se plantea al problema del poder, de la fundación de un nuevo Estado.

“...El Moderno Príncipe... no puede ser una persona real, un individuo concreto, sólo puede ser una organización, un elemento de la sociedad en su conjunto, donde ya se ha iniciado la concreción de una voluntad colectiva reconocida y afirmada parcialmente en la acción. Esta organización está dada por el desarrollo histórico, y es el partido político, la primera célula donde se resumen los gérmenes de voluntad colectiva que tienden a llegar a ser universales y totales”¹⁰.

Gramsci analiza todo el material teórico que proviene de la II y III Internacional, del partido revolucionario leninista, y amplía su investigación a los partidos y a las teorías burguesas que van desde el idealismo de Croce a las concepciones elitistas de Michels, Pareto y Mosca y hasta la visión sociológica de Weber, ubicándose en la cultura contemporánea, en la ciencia política avanzada, y operando en la fase de formación de los grandes partidos de masas.

La atención de Marx, de Lenin y de la Internacional, como era lógico, se concentró en la definición de la organización de la clase obrera, y por ende,

en la definición teórica del partido en tanto nomenclatura de clases en sentido estricto. La propia bolchevización de los partidos obreros y revolucionarios que definió los perfiles del movimiento comunista internacional de aquellos años está ligada a la idea de la rápida expansión de la revolución europea, y por lo tanto, a la concepción y al ejercicio de la guerra de maniobra.

El objetivo de análisis que se plantea Gramsci es más general. Busca identificar la morfología estructural y la fenomenología histórica del partido moderno correspondiente a la fase de la guerra de posición, donde el vínculo con las clases siempre está determinado por lo económico, pero muy mediatizado por factores éticos e ideológicos.

Si quería dotar a la revolución en Occidente no sólo de un instrumental teórico sino también de una institución capaz de guiarla, no tenía en su análisis otra alternativa que superar el elemento coyuntural y pragmático que caracterizaba el análisis del partido político, y ubicarse en un nivel nuevo de relación entre la historia y la política que comprendiera una visión del partido, de la dimensión de su vínculo no sólo con la clase que lo genera sino con toda la sociedad, porque un partido pesará en la historia de un país en la medida en que su articulación se encuentre enraizada en la sociedad tomada en su conjunto.

Por ello, Gramsci distingue entre partido orgánico fundamental y partidos de paso, de coyuntura, que no representan una necesidad histórica. Y a la vez, ubica su vínculo con Lenin en el jacobinismo, es decir, en la función de vanguardia, centro de la definición del papel del partido en Lenin.

En la concepción gramsciana, el partido continúa siendo jacobino, pero es a la vez partido filtro, situándose en un nuevo papel, característico de la sociedad

occidental, de la sociedad ideologizada. Se sitúa en la masa para generar las condiciones de elevación cultural de éstas, sin lo cual es imposible construir en esta fase y en esta sociedad una alternativa en el plano de la sociedad civil.

El partido se propone la tarea principal de superar la subordinación cultural del movimiento obrero en una dimensión que supera la proyección lineal de las clases, en la función universalizadora propia del proyecto teórico de Marx, es decir, en la de la clase que se libera para liberar a toda la humanidad.

De allí que el “Príncipe” gramsciano se ubique en la dimensión de una hegemonía que, superando el problema del enfrentamiento de clase económico corporativo, se coloque en el bloque histórico. Así, el “Moderno Príncipe” se pone el objetivo de la conquista del poder político, y como el partido leninista, tiene una profunda vocación de poder, pero esta función es el resultado y a la vez extensión de otra función, aún mas global: socializar la política o politizar la sociedad civil. Allí está la función universalizadora del “Príncipe Moderno”, en la actuación de la supremacía de la política, característica ya enunciada en la elaboración de Lenin.

Por lo tanto, el partido en general es una “escuela de vida estatal” donde se forman los dirigentes de la sociedad civil y de la sociedad política. Es un gran intelectual colectivo en el seno de las masas, que pretende elevarlas a nivel de Estado.

En Gramsci, este organismo que busca reunir voluntad colectiva es el partido político revolucionario que representa la intelectualidad orgánica - intelectualidad colectiva, diría años más tarde Togliatti - de la clase obrera. Es el organismo consciente con las masas, y conquistando el consenso, la eleva al papel de clase dirigente revolucionaria a nivel de conjunto del aparato estatal.

De este modo, el “Príncipe Moderno” es un partido que busca crear un nuevo Estado, y que en esta lucha crea los instrumentos culturales e ideológicos que permiten difundir a la clase revolucionaria en tanto clase hegemónica con el pueblo-nación.

En Maquiavelo, el “Príncipe” busca conducir al pueblo para formar a un nuevo Estado, y en la época moderna está representado por el o los partidos de la clase obrera, que en un proceso ideológico y político superan su carácter de parte - como lo hace el mismo Maquiavelo - para fundirse con el pueblo-nación y transformarse en voluntad colectiva y por lo tanto en hegemonía.

Gramsci descubre en Maquiavelo más que en los marxistas el valor de la política exhibida de manera experimental - desprovista de la teología que dominaba la concepción de la época -, que busca las motivaciones de los hechos políticos y establece relaciones de causa y efecto. En Maquiavelo, el hacer política es un “arte”, y para Gramsci toda su obra representa un aporte fundamental para el paso de la política arte a la política que combina el arte con la ciencia.

Hay dos aspectos que apasionan a Gramsci en su relación con Maquiavelo: “La formación de una voluntad colectiva nacional popular, que de la que el ‘Moderno Príncipe’ es a la vez organizador y expresión activa y actuante, y la reforma intelectual y moral”¹¹.

Así, pues, el “Moderno Príncipe”, el partido, es el instrumento de crítica consciente de la vieja sociedad, de su ideología y su moral, ligada a la negación de las relaciones económicas de explotación, y constructor de la nueva sociedad.

Gramsci se vale del marxismo para estudiar a Maquiavelo y establecer una especie de correlación entre el “Príncipe Moderno” y el partido de nuevo tipo de Lenin. Es decir, una relación entre Maquiavelo como pensador político y Lenin como filósofo y dirigente de la revolución y del nuevo Estado proletario.

En la formación del partido revolucionario, Gramsci toma a Lenin como punto de partida. En 1921, con escisión, en Livorno, de una fracción del Partido Socialista y la fundación del Partido Comunista de Italia, la lucha contra las desviaciones de derecha de Tasca y de izquierda de Bordiga, pretendía la formación de un verdadero partido revolucionario al estilo de los bolcheviques rusos, pero que en Occidente opera con las peculiaridades propias de esta circunstancia. El tipo de partido que propone en la época de los Cuadernos, es distinto al de Lenin y a la influencia recibida en la fase inmediatamente posterior a la Revolución de Octubre, es siempre funcional a la conformación de la estrategia revolucionaria para Occidente y a las categorías interpretativas elaboradas con este fin. Concibe el partido como elemento constitutivo de la superestructura y en particular de la sociedad civil. Por ello, el partido no se idéntica con el Estado ni cumple las funciones burocráticas que competen a cualquier Estado.

Para Gramsci, el partido debe tener el papel de guía de la sociedad y cumplir funciones de dirección, organización y educación en todo el tejido social, aproximando al Estado al conjunto de la clase obrera, del pueblo. Su función es política por excelencia, es la dirección espiritual del Estado. En tanto intelectual orgánico, actúa como productor de consenso y por ende, en el plano de las conciencias individuales, para transformar su acción en el plano del colectivo, del grupo y de la clase social. En esta fase, el partido fusiona la dirección de la reforma intelectual y moral con las transforma-

ciones económicas, con la eliminación de la plusvalía y de la acumulación capitalista. Por lo tanto, tiene una función global pero no totalitaria.

Hay quienes han intentado demostrar que la obra de Gramsci “en la enorme diversidad de sus elaboraciones ”conducen a una visión totalitaria del partido en sentido filosófico y de concepción del mundo. Esta es la visión que sostiene, por ejemplo, Pellicani, para quien la globalidad del partido Gramsciano genera obligatoriamente una función dictatorial de los intelectuales, quienes tendrían el papel de poner en práctica una “persuasión permanente” que anularía la dialéctica de la crítica sociopolítica, lo que acompañado de una función social del partido y del flujo de sus componentes internos lo convertiría en un totalitarismo casi eclesiástico.

Independientemente del hecho que en los partidos políticos fuertemente ideologizados se presentan posturas mesiánicas, dogmáticas, de utilización de categorías pertenecientes a lo religioso más que lo político y que con frecuencia se expresan en conductas sectarias o en el voluntarismo pre-determinista de un papel asignado al partido al margen de su real ubicación e influencia en la sociedad y en la clase de la cual es expresión, queda claro que estas visiones no tienen que ver exactamente con la idea de organización que embrionariamente pensó Marx en el paso del acto interpretativo al transformativo de Marx y tampoco con el partido de la gran reforma ética del proletariado de Gramsci.

Para Guiseppe Vacca, en Gramsci la teoría del partido y del Estado ésta directamente vinculada con el problema de la transición al socialismo en Occidente, donde el partido, que opera en el plano superestructural, es el elemento de mediación cultural entre las masas y el Estado, y a la vez la

acción del partido “Moderno Príncipe” es determinante en la reabsorción del Estado por parte de la sociedad civil.

En estas condiciones, el partido no reina ni gobierna sino que desarrolla un poder de hecho, vinculado sobre todo a una función hegemónica que se concretiza en el alzamiento a las masas en su papel histórico como conciencia de clase y a su vínculo al Estado en perspectiva de poder.

Aquí resulta importante la interpretación de Pietro Ingrao: “La ecuación Gramsciana entre partidos políticos y clases no debe interpretarse en un sentido mesiánico. El partido de la clase obrera debe cumplir un papel central, penetrando también en las otras clases y llegando a través de la acción ideológica hasta el Estado, donde, en cuanto a sociedad civil difusa, llega así a su extinción. En pocas palabras, el partido, tanto desde un punto de vista ideológico como orgánico, no debe reducirse a un correspondiente elemento de la clase, sino como sobre todo debe ser capaz de constituirse en un gran complejo de aparatos ideológicos, por lo tanto, el partido está ligado orgánicamente a la clase social de la proviene, pero también a los grupos afines o a aquellos que han logrado transformar en aliados. De este modo hay que concebir el partido Gramsciano como un momento orgánico que resulta de la síntesis entre el partido político e ideológico”¹².

Es evidente, entonces, que una interpretación como la de Pellicani, que tiene asidero y verdad en los viejos partidos obreros, no tiene suficientemente en cuenta el papel de mediación, de formador de consenso entre las masas, de vínculo entre dirigentes y dirigidos que se debe producir en el ejercicio de las funciones del partido popular, que es lo que plantea Gramsci.

Además, cabe subrayar que cuando Gramsci habla del partido como “Príncipe Moderno” parte de Machiavelo, pero modifica el concepto de Príncipe entendido como factor de voluntad individual y de concentración. En cambio, el partido - Príncipe, para Gramsci - es expresión de la voluntad colectiva del nuevo intelectual, donde el movimiento del vértice se conjuga con el movimiento que proviene desde la base.

La tendencia de regreso a lo privado y de rechazo del partido político que hoy se observa en sectores de la intelectualidad presentada como la superación de la política, cuyo origen se pretende referir a Gramsci, es justamente lo opuesto a la tendencia sostenida por éste. La visión coincide más bien con el idealismo de Croce, donde solo es posible actuar la conciencia ética in interiore homine, negándose el papel formador del partido y su capacidad de mantener desde la conciencia una “pasión permanente”, utilizando una expresión Crociana.

Desde luego, para Gramsci la pertenencia a un partido político no está regulada por fenómenos de carácter pasional. El partido es el gran laboratorio del especialista político que logra fundir la teoría con la práctica en una síntesis renovada permanentemente entre el partido político, partido ideológico en la acción de educación de las masas y de dirección en la lucha por la conquista de la nueva sociedad.

Gramsci supera a Lenin para establecer los elementos constitutivos del partido: la disciplina, como acción de racionalidad consiente, la dirección y la mediación entre disciplina y dirección. Partido ideológico + partido político= partido orgánico.

Gramsci, como se decía antes, se vincula a la idea de Marx de que una clase social no puede lograr la conciencia de clase sino a través de su organización. Al respecto, Lenin señala: “ninguna clase en la historia ha conquistado el poder sin crear sus propios dirigentes políticos, sus propios representantes de vanguardia, capaces de organizar y dirigir el movimiento”¹³.

Para Gramsci, los dirigentes políticos, los representantes de vanguardia de lo que habla Lenin, son los intelectuales, pero no cualquier tipo de intelectual sino un intelectual orgánico de la clase obrera, que provisto de una cultura científica realiza una revolución teórico cultural, da conciencia de clase política al proletariado y le da a conocer su misión histórica, definiendo y realizando un bloque de alianzas políticas y sociales cuyo objetivo sea la conquista del Estado.

La primera función de este partido es difundir la concepción del mundo de la clase que representa, como condición para realizar una profunda revolución teórica y moral. La segunda, es educar a las masas, hacerlas pasar del Estado primario de la lucha económica al Estado superior de la lucha política por el poder.

Ambos elementos confluyen en una tarea fundamental del partido revolucionario: la conquista de la hegemonía que a través de la obtención del consenso, alcanza diversos momentos, tales como hegemonía de la clase, hegemonía en el bloque de alianzas, hegemonía en el seno de la voluntad colectiva nacional, hegemonía en la sociedad civil, y por lo tanto, clase en condiciones de dirigir y dominar el nuevo aparato estatal.

Para Gramsci, este partido debe ser de nuevo tipo y nutrirse de las experiencias de las luchas de la clase obrera a nivel nacional e internacional,

debe ser un partido basado en la hegemonía que se establezca entre los dirigentes y la base del partido.

En la concepción Gramsciana, en el partido revolucionario hay tres momentos que lo definen como tal: la unidad ideológicas en torno a la filosofía de la práctica; la composición interna pero predominantemente proletaria en todos los niveles de organización, y la formación de un bloque que reúna los tres estratos en permanente movimiento y relación que él distingue en el partido, a saber bases, cuadros y dirigentes.

En esta búsqueda, Gramsci distingue dos tipos de partido: el partido político que se propone la solución de un conjunto de problemas de la sociedad y el partido ideológico, en tanto, ideología general superior a varios agrupamientos más inmediatos. En esta última categoría incluye en conjunto de los aparatos y organizaciones intelectuales que sirven a una clase.

Así, Gramsci termina con una concepción restringida de los intelectuales, presente y difundida en Europa Occidental en los primeros diseños del siglo XX, otorgando al partido como tal y en particular al partido comunista el papel de intelectual orgánico, que debe conquistar el prestigio y la supremacía en el conjunto de la sociedad. Es una visión más universal que la de Lenin, pero igualmente “aristocratizante”.

BIBLIOGRAFÍA DE AUTORES CITADOS Y MENCIONADOS

Capítulo Cuarto

1. Marek F, Gramsci e il movimento operaio dell' Europa Occidentale”, en Prassi rivista luzziionaria e storicismo en Gramsci, Riuniti, Roma, 1986., pag. 37
2. Gramsci Antonio, Los intelectuales y la organización de la cultura, Antología, Siglo XXI, México, 1970, pag. 3
3. Gramsci Antonio, “Los intelectuales...,” Siglo XXI. México, 1970, pag. 15
4. Gramsci Antonio, “Los Intelectuales...” , Siglo XXI, México. 1970, pag. 14
5. Gramsci Antonio , “Los intelectuales...” Siglo XXI, México, 1970 pag. 18
6. Gramsci Antonio “ Los Intelectuales...” Siglo XXI, México, 1970, pag. 12.
7. Gramsci Antonio Los Intelectuales ...” Siglo XXI, México, 1970. pag. 23
8. Gramsci Antonio, “ Los Intelectuales... “ Siglo XXI, México, 1970, pag. 15
9. Gramsci Antonio, Il materialismo storico..., “ Riuniti, Roma, 1971, pag. 120
10. Gramsci Antonio, Quaderni del Carcere, Riuniti, Roma, 1964, p. 1522.
11. Gramsci Antonio, Note sul Machiavelli..., Riuniti,Roma, 1975, pag. 24
12. Gramsci Antonio, Note sul Machiavelli..., Riuniti, Roma, 1975, p. 9.
13. Ingrao Pietro, “Quale democrazia di massa?” Varios autores, Il marxismo e lo Stato, Riuniti, Roma, 1982, p.161
14. Lenin V.I. Las tareas urgentes de nuestro movimiento, Obras Escogidas, Progreso, Moscú, 1966, pag.36.

CAPITULO V

Teorización del fenómeno fascista en Gramsci

CAPITULO V

TEORIZACION DEL FENOMENO FASCISTA EN GRAMSCI.

Analizar la interpretación de Gramsci del fenómeno fascista significa abordar gran parte de su elaboración en sus diversos periodos. Tal como lo señala el historiador Enzo Santarelli, deben considerarse sus escritos prefascistas, anteriores a 1919; sus artículos del periodo *Ordine Nuovo*, cuando irrumpe en Italia el fenómeno que combina el escuadrismo terrorista con la formación de un movimiento de masas, y la investigación del fascismo con el copamiento de la sociedad civil y su transformación en poder del Estado, así como toda la investigación teórica del periodo de la cárcel, sobre todo la condensada en *Cuadernos de la cárcel*.

Para enmarcar el fenómeno fascista en la historia de Italia, Gramsci parte la unidad italiana - pasando por la problemática del Resurgimiento y las luchas obreras de los años veinte - hasta llegar a la crisis del Estado liberal, destacándola como la variante italiana de un fenómeno más vasto que se presenta a escala internacional como respuesta reaccionaria a la Revolución de Octubre y la influencia del movimiento bolchevique, en la etapa del paso del capitalismo a su fase imperialista. Pero al mismo tiempo Gramsci es un político, el inspirador y jefe del naciente Partido Comunista de Italia, por lo que su elaboración está impregnada a cada momento de la urgencia de la lucha, de la organización, de las alianzas que debe construir el proletariado para convertirse en clase hegemónica de la sociedad.

1.- Individualización del Fascismo en Italia

Gramsci realizó desde el punto de vista metodológico un análisis diferenciado según las formas concretas que adoptó el fascismo en Italia. A partir de ello, no concibió el fascismo como un fenómeno aislado, como una realidad autónoma, sino que intentó desentrañar sus raíces, su origen en la lucha de clases en los tres planos en que ésta se manifiesta: político, considerando el problema militar, económico e ideológico, en estrecho vínculo con la historia de Italia y con el conjunto de la situación internacional.

Sostiene que el fascismo no puede analizarse ni evaluarse en Italia sin enmarcarlo en la historia del pueblo italiano, en la estructura económica y política de clases, y sin considerar el punto de vista leninista que señala: "Tanto en política internacional como en política nacional, el imperialismo tiende a violar la democracia, tiende a la reacción. En este sentido, es indiscutible que el imperialismo es la negación de la democracia en general, de toda la democracia"². Por todo ello, Gramsci sostiene que el fascismo no es un fenómeno puramente italiano sino que su surgimiento corresponde a un estadio de desarrollo del capitalismo en que éste necesita recurrir a la explotación exacerbada en el plano económico, lo cual se deriva en lo político en una mayor agresividad contra las masas explotadas, todo lo cual tiene repercusiones en la esfera institucional.

Pero veamos los elementos nacionales de los que parte Gramsci en su intento por individualizar el fascismo. Para determinar qué lugar ocupaba Italia en la cadena imperialista, debe partirse del hecho de que el proceso de industrialización fue allí particularmente tardío, iniciándose sólo alrededor de 1880. Aun cuando se desarrolló con velocidad y entró rápidamente en la cadena imperialista, se mantuvo una gran contradicción, que en es-

pecial se refleja en el fuerte impulso del capital industrial financiero en el norte del país y la existencia del predominio del sistema feudal, en el sur, que por momentos llevó a niveles superlativos las contradicciones entre la gran propiedad territorial - los terratenientes, y el gran capital, la alta burguesía -, lo que retrasó el ritmo de la acumulación originaria del capital, y en la práctica mantuvo la división de Italia.

Por lo tanto, las causas de la crisis del Estado italiano, que se profundizaron con la guerra, se remontan al carácter e intensidad que alcanzó el proceso de la revolución democrático burguesa en Italia. Esta se caracterizaba por la existencia de una burguesía débil en los inicios, que debió pagar su supremacía en precio de no apoyarse en las transformaciones campesinas - a diferencia del movimiento jacobino, en Francia - y renunciar a la realización de la reforma agraria, dejando así intacto el poder de los terratenientes del sur.

Refiriéndose a la revolución democrática burguesa italiana, Engels decía que ésta la había hecho una burguesía que no supo ni quiso completar su victoria, con lo cual Gramsci concluye que se realizó por ende una “revolución pasiva”. En los primeros decenios del siglo XX se produjo una ofensiva del gran capital para obtener control del aparato de poder político, suscitándose con ello una crisis de hegemonía que remeció todo el aparato del Estado liberal, dirigido por los representantes políticos del capital y del desarrollo monopolista, lo que significó el crecimiento y la concentración en grandes centros productivos de un proletariado que entró a la escena social dispuesto a intervenir en esa crisis de hegemonía arrebatando el poder a la burguesía y volcando dicha crisis a su favor.

Ya en 1920, Gramsci señalaba que después de la guerra y sus graves consecuencias la burguesía no logró seguir gobernando el país ni en su actividad

económica (industrial y agrícola); ni en su actividad política, a través del establecimiento de una relación que, en un Estado legalmente constituido, debería interceder entre las clases, entre sectores, los grupos y los individuos, señalando que “la seguridad personal, la libertad personal, la libertad de reunión y de prensa han llegado a ser otros tantos recuerdos del hermoso tiempo pasado”³. Así como tampoco logró ejercer algún poder en la actividad internacional. En el análisis de Gramsci pesa el hecho de considerar el fascismo como continuación y transformación de la política tradicional de las clases dirigentes en su lucha contra el proletariado.

“En lo sustancial, el fascismo modifica el programa de conservación y de reacción que siempre ha dominado la política italiana, sólo con una manera diferente de concebir el proceso de unificación de las fuerzas reaccionarias. El capitalismo italiano, frente a los nuevos partidos nacionales del pueblo, de la clase obrera, de los campesinos, frente al devenir de la independencia misma de Italia, frente a la marea revolucionaria, siente la potente necesidad de someter a las masas, de recurrir a la dictadura de clase”⁴.

Gramsci percibió que la alta burguesía, en medio de la crisis, haría esfuerzos para conservar su dominio, aun en el contexto de sus contradicciones internas y externas, utilizando a la mediana y pequeña burguesía, o aplastándola incluso, si era necesario. Pero señalaba al mismo tiempo que era inevitable una reorganización reaccionaria del poder sobre las bases nuevas y con inaudita violencia, en el caso de que el proletariado no lograra cumplir su imperativo histórico de conquistar el poder, reorganizar el Estado y la producción.

Adelantándose al posterior análisis de la Internacional Comunista, ya en 1920, previó el contenido de clase y las formas de la dictadura fascista, señalando:” En Italia, la fase actual de la lucha de clases es la fase que

precede, o bien a la conquista para pasar a nuevos modos de producción y de distribución que permitan el resurgimiento de la productividad, o por el contrario a una tremenda reacción por parte de la clase burguesa y de la casta gobernante. No se ahorrará ningún tipo de violencia para sojuzgar al proletariado industrial y agrícola, obligándolo a desempeñar un trabajo servil; se tratará de despedazar a los organismos de resistencia económica en los engranajes del Estado”⁵ Para Gramsci, la actualidad de la revolución proletaria, su inminencia como consecuencia de la crisis del capitalismo, sólo podían tenerse en cuenta estas posibilidades extremas en términos absolutos, subvalorando el espacio de la institucionalidad liberal. Sin embargo, debe tenerse presente que la tradición democrática no era lo suficientemente fuerte como para convertirse en objetivo de masas ante la crisis y los afanes hegemónicos de la gran burguesía. Por lo demás, la previsión de Gramsci acerca del carácter del nuevo régimen, es decir, del fascismo, y sobre todo las medidas políticas que debían tomarse ante esta situación, en 1920, estaban aisladas en el Partido.

2.- Lucha Contra el Izquierdismo en el Partido

Para Gramsci, el fascismo no constituía un fenómeno ineluctable, por el contrario. Un año después de la instauración del fascismo, en 1923, escribía: “Es necesario hacer una autocrítica despiadada de nuestra debilidad; es preciso comenzar preguntándose por qué hemos perdido, qué éramos, qué queríamos, adónde queríamos llegar ...Por qué los partidos obreros italianos han sido débiles desde el punto de vista revolucionario. Por qué han fallado cuando debían pasar de las palabras a la acción. No conocían el terreno en que debían dar la batalla”⁵. Esta autocrítica es, en primer lugar, una crítica al Partido Socialista, pero también al naciente Partido Comunista.

La primera fase de los esfuerzos de Gramsci por crear un partido revolucionario se dio en el seno del Partido Socialista, cuya fracción revolucionaria se escindió en el Congreso de Livorno. En este partido seguían existiendo, dos corrientes: la de Turati, expresión del sector reformista, proclive a la Segunda Internacional, y la de Serrati, perteneciente al sector maximalista. Durante los años de conducción de Bordiga, errores de sectarismo llevaron al PCI a no considerar las contradicciones políticas que se daban al interior del Partido, obrero en su composición, y a rechazar las alianzas, asimilándolo al fascismo. Por su parte, el Partido Socialista, impulsando la táctica de “no resistir, en 1921, después del Congreso de Livorno y en el periodo de máximo predominio del sector reformista, desembocó en el pacto de pacificación socialista-fascista, desmovilizando importantes sectores de la clase obrera y permitiendo al fascismo proseguir su ofensiva hacia la toma del poder.

En consecuencia, si bien la escisión de Livorno fundó el Partido Comunista, no aseguró una línea política correcta frente a la grave situación del país. La dirección elegida en el Congreso de Livorno y encabeza por Bordiga dejaba en minoría absoluta a la posición sostenida por Gramsci.

Ya en 1919 Lenin había criticado duramente a Bordiga por su negativa a participar en las elecciones parlamentarias, como lo hizo cuando el PCI rechazó el entendimiento con los socialistas de Serrati. La dirección bordiguista, con claras posiciones blanquistas, partía de la caracterización de un partido de “pocos, pero buenos”, lo que se oponía al mensaje de resolución del Tercer Congreso de la Internacional Comunista, que en respuesta a esta desviación izquierdista señalaba: “Desde el primer día de su creación, la Internacional Comunista ha considerado con claridad y sin equívocos que su objetivo es la creación de partidos de masas”. En la práctica, la concepción bordiguista de “Diez mil comunistas firmes y seguros” desconocía la

necesidad de la mayoría de la clase obrera y de la “mayoría política” como condición de avance hacia la revolución proletaria.

En su discurso de 1921 en defensa de la táctica de la Internacional Comunista, Lenin fustigó a Terracini, quien, sin compartir las orientaciones de Bordiga, defendía las posiciones oficiales de la dirección del PCI del Tercer Congreso de la Internacional Comunista.

Desde luego, la errada concepción de la dirección bordiguista tenía su principal expresión negativa al enfrentar lo político los nuevos fenómenos que surgían. En efecto, las “Tesis de Roma”, emanadas del Congreso Comunista de 1922, subestimaban el peligro del fascismo, y en el Primer Pleno de la Internacional, la delegación italiana votó contra el acuerdo del Frente Único.

Por aquellos días, Bordiga escribió:” Que el fascismo y la social-democracia emprendan hoy caminos convergentes puede parecer a muchos una paradoja... pero ello será confirmado en el futuro... Fascismo y social democracia son dos aspectos del mismo enemigo de mañana”⁶. Ello significa una orientación destinada a trabajar en la práctica contra la política del Frente Único, y ello quedó en claro cuando Bordiga se negó al trabajo conjunto con las formaciones paramilitares de los “Arditi del Popolo”, que de manera espontánea surgieron en 1921, como respuesta a los ataques fascistas.

En el Cuarto Congreso de la Internacional, el informe del PCI redactado por Bordiga reflejaba el mismo punto de subestimación que entregara personalmente a Lenin: “El fascismo llegará al poder y sólo aportará esta renovación: mientras los cuales gobernantes pseudoliberales ayudan y apoyan a la reacción, el próximo gobierno fascista ejercerá la reacción él mismo, en forma directa, sin la interposición de organizaciones irresponsables y mercenarias”⁷.

En este contexto, Gramsci era el único miembro de la dirección elegida en 1921 que veía con claridad el peligro del fascismo que se avecinaba, y compartía con Lenin la necesidad de llevar adelante una línea de masas. Consideraba que la concepción leninista, que establece la categoría de “conquista de mayorías”, era la base para elaboración de la política capaz de hacer frente al fascismo, derrotar a la burguesía y conquistar el poder proletariado. Por ello, la aparición de *La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo*, que para Gramsci y los comunistas italianos fue “más que una revelación”, al decir de Togliati, se constituyó en un instrumento decisivo para dar la lucha dentro del partido contra las posiciones sectarias.

Entre 1923 y 1924 estaba en formación un nuevo grupo de dirigentes del PCI, que encabezado por Gramsci logró dar pasos cualitativos en la superación del viejo esquema de partido influenciado por el sectarismo bordiguista.

Sin embargo, sólo en 1926, en el Tercer Congreso del PCI, realizado en Lyon, Gramsci logró obtener la mayoría. A partir de este congreso, donde se presentó una visión más articulada y completa del PCI acerca del fascismo, concluyó esta primera fase de formación del PCI, delineándose en la *Tesis de Lyon* una teoría de la revolución italiana.

Como se observa de lo anterior, a partir de 1920 Gramsci anticipó algunas de las posiciones asumidas más tarde por la Internacional Comunista en el Séptimo Congreso, y abrió una polémica desde la cárcel cuando, entre 1928 y 1935, la Internacional Comunista abandonó la tesis del Frente Único y aplicó la doctrina estalinista del social fascismo. En el Decimotercer Pleno, Dimitrov y Togliati hicieron una reelaboración autocrítica de la nueva visión de la Internacional Comunista.

Desde la cárcel, en los años treinta, Gramsci combatió el triunfalismo de quienes, en el PCI y la Internacional, consideraban el fascismo como un fenómeno pasajero, y estimaban inevitable la caída de la dictadura. “La miseria y el hambre pueden provocar revueltas, movilizaciones que incluso lleguen a quebrar el equilibrio establecido, pero se necesitan muchas otras condiciones para destruir el sistema...”⁸. Este realismo le permitió concluir que uno de los factores determinantes para el acceso del fascismo al poder fueron los errores políticos e ideológicos cometidos por los partidos de izquierda de la clase obrera, y en primer lugar del PCI.

En el plano del análisis teórico, Gramsci se pregunta por dónde comenzar después de esta derrota, y qué hacer para superarla, respondiéndose que es necesario profundizar en el conocimiento del marxismo y de su aplicación a la nueva realidad italiana, creando el instrumental para interpretar la revolución en los países capitalistas desarrollados. La investigación acerca de la naturaleza del fascismo, de sus formas peculiares, de sus vínculos con las masas, y sobre todo la perspectivas del movimiento antifascista, constituye el laboratorio del instrumentar gramsciano.

3.- Fenomenología del Fascismo

Como se ha señalado, al comienzo Gramsci buscó el desarrollo de un análisis diferenciado del fenómeno fascista y sus peculiaridades utilizando el enfoque teórico que ha sido descrito en sus principales categorías. Con criterio historicista, buscó desentrañar este fenómeno y las categorías presentes en el que pueden servir de nexo interpretativo.

Siguiendo sus principales escritos acerca del fascismo, publicados con la introducción de Santarelli y el esquema de F. De Felice y Buci-Glucksmann,

es posible distinguir los conceptos y categorías que utiliza Gramsci para analizar el fenómeno fascista.

a) *Sobre el cesarismo*. En la primera fase del fascismo, Gramsci recurrió a la definición de cesarismo, equiparándolo al concepto de bonapartismo utilizando por Marx en *El 18 Brumario*, pues le permitía desentrañar las características de los aspectos burocráticos, civil y militar y el de los estratos sociales representados por la pequeña y mediana burguesía rural que sirvió de base de masas al fascismo, y lugar de procedencia de la burocracia. Este análisis lo utilizó antes de 1929, por lo que antecede a los *Cuadernos de la Cárcel*. Fue el propio Gramsci quien, en *Notas sobre Maquiavelo*, estableció los límites de su análisis, señalando: "Por lo demás, el cesarismo es una fórmula polémica ideológica y no una fórmula de interpretación histórica"⁹.

En este mismo texto afirma: "Pero el cesarismo, expresando siempre la solución arbitral encomendada a una gran personalidad, en una situación histórico política caracterizada por un equilibrio de fuerzas con catastrófica perspectiva, no siempre tiene el mismo significado histórico"¹⁰. Señalando asimismo: "Puede decirse que el cesarismo expresa una situación en la cual las fuerzas en pugna se equilibran de manera catastrófica, es decir, se equilibran de tal modo que la continuación de la lucha sólo puede concluirse con la destrucción recíproca"¹¹.

Estos conceptos son similares al análisis hecho por Marx respecto al bonapartismo en *La guerra civil de Francia*: "en realidad (se refiere al Imperio) la única forma de gobierno posible, en un momento en que la burguesía habían perdido ya la facultad de gobernar la nación y la clase obrera no la había adquirido aún"¹².

Utilizando el concepto “cesarismo”, Gramsci señala claramente la relación dialéctica entre la restauración y revolución, y en relación con el tipo de Estado distingue: “... un cesarismo progresista (que se produce) cuando su intervención ayuda al triunfo de las fuerzas progresistas...”, que posee un carácter cuantitativo - cualitativo, y define “la fase histórica del paso de un tipo de Estado a otro”, y por lo tanto hace época, y un “cesarismo regresivo (en que) su intervención ayuda al triunfo de las fuerzas regresivas”, que es sólo cuantitativo, no produciéndose en este caso el cambio del Estado sino una simple evolución interna en el mismo tipo de Estado. En este mismo sentido, señala que “en la última instancia, el significado exacto de ambas formas de cesarismo se puede conocer a partir de la historia concreta y no de un esquema sociológico”¹³.

El fascismo es, entonces, una forma de cesarismo moderno regresivo, que no hace época. Este concepto, aplicado al fascismo, permite a Gramsci identificar los grados de fascistización del proceso, que van desde la marcha en 1922 sobre Roma, pasando por la supresión de la libertad de prensa, en 1925, hasta la disolución de los partidos y organizaciones democráticos, en 1926.

En primera instancia, Gramsci concluye que el fascismo aparece sólo en una sociedad donde el socialismo es una perspectiva pero aún carece de fuerza como para hacerse realidad. Como lo señala Gerratana: “El fascismo puede ser de larga duración, puede utilizar todas las posibilidades del sistema para consolidar su propia organización, aprovechar la debilidad de las fuerzas antagónicas. Pero aún cuando no es un fenómeno transitorio, es claramente un fenómeno que no hace época. El cesarismo se funde en la burocracia, en el aparato policial, en todas las fuerzas organizadas del Estado y de entidades privadas para tutelar el dominio político y económico

de las clases dirigentes”¹⁴. El cesarismo moderno se puede afirmar a través de un golpe de Estado, aun cuando no sea una característica suya, o simplemente, es el resultado de un proceso reaccionario paulatino del sistema capitalista en su fase imperialista.

Como señala Buci-Glucksmann: “El concepto de cesarismo abarca, entonces, todo el análisis de la extensión del Estado, el papel de la crisis estructural del modo capitalista de producción después de la guerra, la crisis orgánica del aparato hegemónico que incorpora la relación entre representantes y representados, el modo de organización de la hegemonía burguesa, el divorcio entre el país real y el país legal. Es decir, el fascismo como típico caso del cesarismo”¹⁵.

Uno de los aspectos más importantes que vincula la concepción del fascismo como cesarismo con la definición posterior, típica del análisis de los Cuadernos de la cárcel, se refiere al fascismo como elemento disgregador y de disolución del Estado liberal, en cuando expresión de un fenómeno de masas de la pequeña burguesía que insubordina a la sociedad civil y a la vez permite a los terratenientes e industriales reformular las bases de dominación que habrían sido cuestionadas por las luchas obreras

En 1926, en la *Tesis de Lyon* se señala: “En Italia existía un equilibrio inestable entre las fuerzas sociales en pugna. El proletariado era demasiado fuerte en 1919-1920 como aceptar la opresión capitalista; pero sus organizaciones eran débiles, inseguras, titubeantes”. De esta situación de equilibrio inestable nace la fuerza del fascismo que se organiza y toma el poder utilizando métodos y sistemas que, si bien tenían una particularidad italiana y estaban ligados a la tradición italiana, sin embargo, se parecían

a los métodos y al sistema descritos por Marx en *El 18 Brumario*, es decir, era la táctica de la burguesía a nivel internacional.

En sus estudios posteriores, Gramsci estableció un nexo entre la burocracia y las relaciones de fuerza, señalando que en los períodos de crisis orgánica se produce una fusión de la burocracia, en su mayoría perteneciente a la pequeña burguesía, con las clases altas, y esto se manifiesta incluso en el aparato militar por el hecho de entregar base social al militarismo. A partir de ellos se pueden analizar los desplazamientos de las masas pequeño burguesas que se radicalizan en una crisis orgánica. Gramsci polemiza con quienes estiman que el fenómeno fascista se caracteriza por pertenecer a la pequeña burguesía en sí y para sí: “En el campo económico, el fascismo actúa como instrumento de una oligarquía agraria para concentrar en manos del capitalismo el control de las riquezas del país...”¹⁶. Para ello, el fascismo se apoya en todo lo que hay de arribismo, de ofuscación contra el propio capitalismo, y en particular en el espíritu proletarista de estos sectores que con el fascismo han creído se conforme un régimen que los representa”¹⁷. Es decir, la pequeña burguesía ve en el fascismo la posibilidad de detener hegemonía en una unidad orgánica con la gran burguesía, y conquistar la posición de iniciativa histórica que había perdido.

Gramsci describe ampliamente el significado del fascismo en tanto régimen reaccionario de masas: “El hecho característico del fascismo consiste en haber logrado constituir una organización de masas de la pequeña burguesía. Es la primera vez que esto ocurre. La originalidad del fascismo consiste en haber encontrado la forma adecuada de organización para una clase social que siempre ha sido incapaz de tener una compañía ideológica unitaria. Esta forma de organización es el ejército en el campo”¹⁸.

En los *Cuadernos de la Cárcel* Gramsci profundiza acerca de las causas (que él encuentra en el Resurgimiento) de la debilidad orgánica del Estado liberal italiano y de la derrota del proletariado. En este proceso concentra su atención en un fenómeno central: en 1930, el fascismo es Estado, hecho que obliga a Gramsci a reorganizar su reflexión, presentándose entonces el fascismo como el representante político y práctico de la guerra de posición.

b) *El fascismo como revolución pasiva*. Gramsci toma el concepto de revolución pasiva e V. Cuoco, quien lo utiliza para caracterizar la revolución napolitana en 1799, pero lo aplica en primer lugar al análisis del Resurgimiento como fenómeno de “revolución sin revolución”, extendiéndolo posteriormente a toda la fase de la Restauración, momento en el que se constituyeron los Estados europeos modernos a través de la combinación de luchas sociales, imposición desde arriba y guerras nacionales. En el cuaderno N° 1, Gramsci señala que el Resurgimiento es aquella forma política en la cual las luchas sociales encuentran cuadros bastantes flexibles que permiten a la burguesía acceder al poder sin grandes rupturas.

Más tarde, en 1930, en su estudio comparativo del período que sucedió a la caída de Napoleón y a la guerra 1914-1918, Gramsci se planteó la actualidad el concepto de revolución pasiva como criterio de interpretación del fenómeno fascista. En 1933, adhirieron al Prólogo de 1859 de Marx, amplió esta clave interpretativa a todas las épocas complejas de convulsiones históricas.

Gramsci explica la revolución en su irreductibilidad en tanto categoría de las siguiente manera:”El concepto de revolución pasiva debe deducirse rigurosamente de los dos principios fundamentales de la ciencia política: 1) ninguna formación social desaparece hasta que las fuerzas productivas

que se han desarrollado en ella no encuentren lugar para un movimiento progresivo ulterior; 2) la sociedad no se pone objetivos para cuya solución ya no se hayan incubado las condiciones necesarias...”¹⁹.

Estas consideraciones son de vital importancia, ya que, uniéndose al análisis de Marx estructura e ideológica, Gramsci establece un vínculo dialéctico entre revolución pasiva y supremacía de la política. Como señala F. De Felice, el nexo entre revolución pasiva y hegemonía está mediado por la guerra de posición, de tal manera que si la revolución pasiva que individualiza las formas de un proceso de transformación, la guerra de posición individualiza las formas que adquiere el enfrentamiento de clases.

De este modo, el proceso revolucionario se concibe como construcción de un nuevo bloque histórico, y por lo tanto como un enfrentamiento político y social entre diversos bloques de hegemonía. En este sentido, revolución pasiva - primacía de la política - guerra de posición – hegemonía - teoría de la ampliación del Estado constituyen un nudo unitario.

Lo anterior no significa que haya una relación única entre revolución pasiva y guerra de posición. En un mismo escenario, la primera puede estar ligada a la guerra de posición en tanto revolución desde arriba, que Gramsci identifica en su análisis del Resurgimiento en Cavour, y puede referirse a la guerra de movimiento que él atribuye a la acción de Mazzini y de Garibaldi.

Al respecto, señala: “La incompreensión teórica era la expresión práctica de la necesidad de una tesis de desarrollo completa para no dejarse superar, es decir, en la oposición dialéctica solo la tesis desarrolla todas sus posibilidades de lucha, hasta el punto de atraer a los representantes de la antítesis: en esto consiste precisamente la revolución pasiva o revolución

- restauración”²⁰. Esta es la contradicción dialéctica de gran importancia cuando se trata de analizar el fascismo en tanto revolución pasiva, referida esencialmente a la relación fascismo - antifascismo.

La definición de fascismo como forma y representación de la revolución pasiva requiere una comprensión que es especificidad del fascismo en tanto solución italiana a la crisis derivada de la guerra, de su dinámica interna, de la transformación de los instrumentos políticos e institucionales de dirección y dominio. Sin embargo, todo ello es inseparable de la verdadera apropiación de un proceso internacional.

c) *Fascismo, americanismo y fordismo*. Analizando un texto de M. Fovel de 1929 (Economía y Corporativismo), Gramsci se plantea el problema de si el corporativismo impuesto por el fascismo es la premisa para la introducción en Italia de los sistemas industriales estadounidenses. “Aquello que en la tesis de Fovel, tomada de Pagni, aparece como significativo es su concepción de la corporación como un bloque industrial productivo autónomo, destinado a resolver en sentido moderno y acentuadamente capitalista el problema de un ulterior desarrollo del aparato económico italiano contra los elementos semif feudales y parasitarios de la sociedad”²¹. En otras palabras, si el fascismo está en condiciones de realizar una revolución pasiva en la economía, que acreciente el ritmo de la acumulación capitalista e introduzca elementos de planificación.

Aquí, Gramsci recurre al análisis del concepto de crisis utilizando la ley formulada por Marx acerca de la caída del rendimiento de la ganancia, y lo hace dejando de lado los criterios mecanicistas y catastrofistas que derivaban de la crisis de 1929 sobre la inmediatez de la revolución proletaria. En efecto, en los Cuadernos de la Cárcel señala que es un error en

el cual se cae siempre en el análisis histórico político, consistente en no saber encontrar la justa relación entre aquello que es orgánico y aquello que es coyuntural. Así, se logra exponer como causas operantes de carácter inmediato aquellas que por el contrario tienen carácter mediato, o afirmar que las causas inmediatas son las únicas causas suficientes. En un caso, se produce un exceso de economicismo, en el otro, un exceso de ideologismo.

Para dar una respuesta a esta interrogante central de la nueva fase que el fascismo podía abrir en Italia, Gramsci analizó el americanismo, entendido como una nueva forma de organización, y el fordismo, entendido como una forma particularmente desarrollada en organización laboral en la fábrica.

Gramsci sostiene que el americanismo es la más orgánica y consciente reacción capitalista de solución a la crisis económica, de la intervención en el proceso productivo y de organización de la hegemonía a partir de la fábrica. Agrega que constituye también el mayor esfuerzo colectivo que hasta ese momento se ha verificado para crear con una rapidez extraordinaria y conciencia jamás vista en la historia un nuevo tipo de trabajador y de hombre.

A partir de estas consideraciones, se plantea si el modelo americano con el implacable peso de su producción económica, obliga a Europa a cambiar su eje económico social, demasiado anticuado. Ya en el período de *Ordine Nuovo* vincula la impotencia política del Estado liberal con la impotencia económica de la burguesía, y ofrece como respuesta el triunfo del proletariado y la nueva organización de los consejos de fábrica.

En la época de los Cuadernos de la Cárcel, cuando el fascismo es ya Estado, estudia la respuesta capitalista a la crisis económica y al desarrollo de las fuerzas productivas en la fase monopolista que caracteriza la reestruc-

turación capitalista a nivel internacional. La relación entre corporativismo y fordismo se caracteriza porque la base económica domina de manera más directa e inmediata a la superestructura, porque disminuye el papel de mediación de los sectores intermedios, y porque la clase financiera es a la vez y de manera directa clase política.

Gramsci señala que para este análisis es necesario tomar el conjunto de las relaciones sociales en el momento vital que las organiza y las expresa: para organizar seriamente la producción es necesario que se organice toda la sociedad a su alrededor, ya que ésta es el alma de la sociedad, su símbolo más inmediato.

En este sentido, se pregunta si es posible que el fascismo pueda llevar a cabo este proceso. Para que ello pueda imponerse en Italia, sostiene que se requiere una verdadera recomposición democrática nacional, ya no basada en la relación arcaica de industriales y terratenientes tradicionales, sino directamente en el monopolio y un nuevo papel del Estado como gran *holding*.

Ello significa imponer en Italia la fórmula coerción-dinero, como base de una nueva moral de los capitalistas, donde se produce un control, una invasión de los sectores dominantes en la producción, en la vida privada de los obreros, se trata del puritanismo, de la ética familiar y sexual asociada a la destrucción de la organización sindical, y de la taylorización de la clase obrera súper explotada. “Los intentos realizados por Ford para intervenir con un cuerpo de inspectores en la vida privada de sus dependientes y controlar la forma en que gastaban su salario y cómo vivían, es señal de estas tendencias aun “privadas” o latentes, que hasta cierto punto pueden

convertirse en ideología estatal, insertándose en el puritanismo tradicional, presentándose así como un renacimiento de la moral de los pioneros del “verdadero” americanismo, etcétera”²².

Al analizar el fascismo a partir del modelo estadounidense, Gramsci advierte el carácter contradictorio de la estructura en tanto Estado clase y Estado base histórica; es decir, el dominio del capital financiero industrial en el fascismo es contradictorio con su base de masas. “Las principales deficiencias de Fovel consisten en dejar de lado la función económica que el Estado siempre ha tenido en Italia, debido a la desconfianza de los ahorrantes hacia los industriales, y en la no consideración del hecho que la corporativización no tuvo sus orígenes en las exigencias de un cambio en las condiciones tecnológicas de la industria, y ni siquiera en aquellas impuestas por una nueva política económica, sino más bien en las exigencias de una conducción económica, agravadas por la crisis de 1929” ... ²³. Nos preguntábamos si con ello Gramsci da una respuesta negativa a la posibilidad de que el fascismo llegue a ser americanismo-fordismo en el plano económico.

Concluimos que no, pues pone énfasis en las dificultades estructurales, en las contradicciones de un régimen represivo que renuncia a absorber la dirección de las clases antagónicas y busca exterminarla, ya que las masas obreras y campesinas no son mercado para el nuevo modelo, por lo que será preciso mirar hacia el comercio exterior, pero, subrayando que el fascismo de la mitad de los años treinta significaba el predominio del capital financiero en el Estado, admite la posibilidad de que este régimen lleve a cabo una revolución pasiva de la economía.

La definición de corporativismo en tanto política económica, como bien lo señala F. De Felice, indica una función de sostén de las clases medias en

peligro y garantía de operación mínima, siendo sólo organizativo, agregativo, y no productivo.

El corporativismo se considera como instrumento de control y de gestión del proceso de modernización fascista. Los sectores productivos de ahorro pueden seguir existiendo y desempeñando su papel, en el marco de una modificación de fondo en su relación con la acumulación y el proceso productivo mediado directamente por el Estado. Según De Felice, se trata de una base social del Estado que se busca en la pequeña burguesía y en los intelectuales, pero que es en realidad una estructura plutocrática y de vínculo con el capital financiero.

Ello requiere que el Estado tradicional italiano se transforme en Estado - holding, que intervenga de modo más directo en la producción, la reorganice, se transforme en capitalismo de Estado con todas las consecuencias que ello generará en el carácter de los aparatos hegemónicos y, por tanto, en la nueva estrategia que debe desarrollar la clase obrera en Italia y a nivel internacional frente al fenómeno Estado-imperialismo.

Ello significa una nueva política, adecuada al Estado amplio del capitalismo monopolista contemporáneo, que invita al proletariado a ser más político, a saber usar el elemento político, a tener menos temor de hacer y crear política.

Es consciente de que aun cuando el fascismo logre readecuar y modernizar la producción capitalista, no se trata de una nueva civilización, ya que no cambia el carácter de clase fundamental sino que prolonga determinados elementos de la civilización europea a partir de la experiencia de los Estados Unidos y, a la vez, amplía las profundas contradicciones existentes en la sociedad capitalista.

En este sentido, Gramsci distingue en la relación antagónica entre americanismo y comunismo las dos grandes fuerzas históricas contemporáneas.

4.- Disgregación del Bloque Fascista y Objetivos Democráticos del Proletariado

Como se ha visto la visión de Gramsci del fascismo italiano es articulada y multifacética, de acuerdo con las diversas etapas que cubre y con las peculiaridades que se presenta en su naturaleza, composición y objetivos.

a) El fascismo es, ante todo, una respuesta de la gran burguesía industrial y de los terratenientes a la crisis del capitalismo y a las luchas obreras que se presentaban como alternativa al fracasado Estado liberal. Intento de revolución - restauración.

b) El fascismo se desarrolla en la fase del paso del capitalismo industrial liberal al capitalismo monopólico imperialista y al dominio del capital financiero, siendo éstos los objetivos de la clase que los representa.

c) El fascismo es coerción, militarismo, parlamentarismo negro, terrorismo de Estado para decapitar y disolver el tejido obrero y democrático e imponer desde arriba su propia cultura e ideología, su propia sociedad civil y su intelectualidad, lo cual le permite mantener unida a su contradictoria base social.

d) El fascismo es movimiento reaccionario de masas, que se convierte en Estado totalitario de masas, masas de la pequeña burguesía incorporadas al modelo a través del corporativismo, el militarismo y la burocracia, por ello, el análisis que realiza Gramsci es histórico y clasista, pues necesita compren-

der los elementos que integran el fenómeno para descubrir cómo en ellos mismos están ya incorporados los elementos de disgregación del sistema.

La esencia del régimen fascista, derivada de su doble tarea económica y política, le impide conciliar de manera duradera los intereses del sector de la burguesía que representa - cada vez más minoritario - con los intereses del sector pequeño burgués.

En todo caso, el fascismo, al defender las relaciones de producción determinadas por el desarrollo del capital monopolista, entrega los elementos objetivos de la “disgregación de la composición social con la cual había accedido al poder, más aún que en su superestructura política”.

En la esfera económica, según sostiene Gramsci, “el plan de unificación tiende a garantizar una supremacía absoluta de la oligarquía industrial y agraria, asegurándole el control de toda la economía del país”²⁴. Esto significa que, objetivamente, la pequeña burguesía está incapacitada para ser hegemónica dentro de la alianza, pues su ubicación en el proceso productivo es secundaria, lo cual genera descontento en la pequeña burguesía, que con el advenimiento del fascismo creyó haber llegado la hora de su dominio. A ello hay que agregar que el proceso de “unidad orgánica” de la burguesía jamás fue completo, quedando siempre fuera sectores a los cuales el fascismo necesitó combatir.

La propia política de la dictadura genera las condiciones para una disgregación de la base social de consenso activo y pasivo con que el fascismo contó, y estas fuerzas son susceptibles de confluir hacia alianzas amplias con el proletariado en lo social y en lo político. Pero se trata de condiciones que el proletariado debe ser capaz de aprovechar.

“La actividad disgregadora de su fuerza encuentra un límite en la resistencia activa de la vanguardia revolucionaria y en una resistencia pasiva de las grandes masas, las que siguen siendo fundamentalmente clasistas y están dispuestas a ponerse de nuevo en movimiento cuando disminuye la represión física del fascismo y se fortalecen los intereses de clase”²⁵.

Es decir, lo importante es, por una parte, la potencialidad revolucionaria de la clase obrera, y por otra, la posibilidad de “agregar” a la lucha contra el fascismo el “desencanto” de la pequeña burguesía. Gramsci constata la crisis en que el fascismo ha sumido a las capas medias, “porque el fascismo surgió en la fase incipiente de esta crisis, porque el fascismo ha luchado contra la clase obrera y ha llegado al poder instrumentalizado y organizando la inconsciencia y el espíritu gregario de la pequeña burguesía”²⁶.

Frente a la crisis, el fascismo quiebra el desarrollo revolucionario, pero al mismo tiempo se propone “bajar el nivel de las clases medias, acentuar la explotación y el saqueo de la economía pequeño burguesa, y con ello la sofocación de toda libertad y no sólo de la libertad proletaria, y por ello, la lucha no es sólo contra los partidos obreros sino también contra todos los partidos políticos no fascistas, contra todas las asociaciones no controladas directamente por el fascismo”²⁷.

Esta crisis de la pequeña burguesía, que se extiende a otros sectores de la sociedad, puede provocar un desplazamiento social que saque al proletariado de su aislamiento y genere una fuerza nueva, capaz de enfrentar el régimen fascista. La clave está en la alianza de las clases medias con el proletariado para derrocar a la dictadura y lograr un gobierno que no sería directamente un gobierno obrero y campesino, sino un gobierno de concentración pequeñoburguesa.

En esta fase, Gramsci asigna un potencial papel de conducción a la clase obrera en la lucha contra el fascismo y en la alianza que se constituya en su contra. Señala que la pequeña burguesía y sus expresiones políticas desarrollan una acción que se muestra “incierta, equivocada e insuficiente”, por lo que una real oposición al fascismo sólo puede conducirla la clase obrera. Pero para ello la clase obrera puede lograr su unidad y encontrar en ella toda la fuerza para enfrentar la lucha.

Como se observa, Gramsci concibe la acción contra el fascismo como diversos momentos unitarios: unidad de la clase obrera, y por lo tanto, unidad con la socialdemocracia como condición indispensable para la unidad con la pequeña burguesía y otras fuerzas sociales.

La elaboración política de Gramsci – que no es abstracta, sino vinculada directamente a los elementos coyunturales que se destacaban de la situación italiana - tiende a buscar respuestas a las fórmulas que pueden reemplazar el fascismo. Es decir, el problema de la construcción de la transición.

Gramsci comprendió que a la crisis del fascismo pueden presentarse también alternativas diversas a las de la clase obrera, y abrirse paso una perspectiva de solución democrática más restringida. Al respecto, señala: “Esta crisis ha enseñado que tras años de terror y de represión las masas han llegado a ser muy prudentes y no desean dar un paso más largo que su pierna. Esta prudencia se llama reformismo, se llama maximalismo, se llama ‘bloque de la oposición’. Ciertamente, está destinada a desaparecer en un periodo no muy largo, pero mientras exista podrá superarse sólo si nosotros en cada ocasión, en cada momento, continuamos caminando de conjunto a las clases trabajadoras”²⁸.

Aquí se observa que Gramsci otorga a la lucha antifascista objetivos democráticos, parciales, de transición, tendientes al objetivo estratégico de la instauración del gobierno obrero-campesino, que no era probable pudiera imponerse de inmediato, en entre factores, porque “es necesario tener en cuenta el hecho de que las fuerzas armadas existentes, dada su composición, no pueden ser conquistadas de inmediato, y serán el elemento determinante de la situación”²⁹. De allí que Gramsci se orientará hacia la búsqueda de una coalición en la que incluso sectores de la burguesía tuvieran un papel importante.

En la cárcel, entre 1930 y 1932, Gramsci opinaba ante sus compañeros de prisión: “En Italia, se deben fijar dos tipos de perspectiva, aquella más probable y la más improbable. En mi opinión, la más probable es aquella del periodo de transición... En Italia, el proceso de lucha se desarrollará sobre la línea de las libertades determinadas por el fascismo... La presión de los trabajadores podrá incluso influir en una parte de aquellos dirigentes fascistas que están en contacto más estrecho con ellos. Al mismo tiempo, se producirá una activación de las corrientes antifascistas y un paso hacia la oposición de las corrientes que buscaban obtener ventajas en la recuperación del movimiento de masas, manteniendo este movimiento dentro de los límites del Estado burgués... El primer paso hacia donde se debe conducir a estos estratos (pequeña burguesía, campesinado, e incluso oficialidad subalterna del ejército) es hacia aquel que los lleve a pronunciar e acerca el problema constitucional de la nueva institucionalidad...”³⁰.

Se trataba, pues, de individualizar el objetivo más adecuado para facilitar la alianza contra la dictadura y modificar la relación de fuerzas existentes. Por ello, según Gramsci, el partido debía hacer de la Asamblea Constituyente su principal consigna de agitación, y organizar en torno a ella su propuesta

política unitaria. Ello dependería de la capacidad política con que actuaría el PCI y la clase obrera, y de la posibilidad de que la Asamblea Constituyente fuese un medio a través del cual se continuase la lucha por el Estado popular.

Desde la cárcel, a fines de 1930, en las conversaciones sostenidas con A. Lisa, Gramsci señalaba: “El partido tiene temor a todas las denominaciones que no forman parte de la vieja fraseología maximalista; cada acción táctica que no esté en correspondencia con el subjetivismo de los soñadores se considera una deformación de la táctica y de la revolución. Así, se habla de revolución careciendo de una noción precisa de lo que es necesario para llevarla a cabo, de los medios para lograr estos fines. No se sabe adecuar los medios a las diversas situaciones históricas”³¹.

En estos momentos, Gramsci se encontraba en la situación de Lenin, es decir, debía combatir, por una parte, el maximalismo en el interior del Partido, y por la otra, la acción colaboracionista o pasiva del reformismo.

En relación con el reformismo, Gramsci recuerda lo dicho por Engels en Principios del Comunismo: “Una categoría de reformadores que llega incluso a retribuirse el nombre de socialista quiere conservar el sistema capitalista eliminando sus maléficas consecuencias... Hablan de reformas que reorganicen la sociedad, pero su verdadero objetivo es conservar las bases de la sociedad actual”³².

Con igual energía rechazó el concepto blanquista de revolución desde arriba: “Sólo las masas pueden llevar a cabo la revolución socialista, no puede realizarse con un golpe de mano. Incluso si una minoría revolucionaria lograra, con la violencia, controlar el poder, ésta derrocada al día siguiente con el golpe de respuesta de las fuerzas mercenarias del capitalismo”.

Asimismo, recuerda lo señalado por Lenin en *El Marxismo y la Insurrección*: “Para poder triunfar, la insurrección no debe apoyarse en una conjuración, en un partido, sino en la clase más alta avanzada. Esto, en primer lugar. En segundo lugar, debe apoyarse en el auge revolucionario del pueblo. Y en tercer lugar, la insurrección debe apoyarse en aquel momento de viraje en la historia de la revolución ascensional en que la actividad de la vanguardia del pueblo sea mayor, en que mayores sean las vacilaciones en las filas de los enemigos y en las filas de los amigos débiles, a medias, indecisos, de la revolución. Estas tres condiciones, previas al planteamiento del problema de la insurrección, son las que precisamente diferencian el marxismo del blanquismo”³³.

De este modo, Gramsci pone en el centro el problema de las alianzas y de la consigna de la Asamblea Constituyente, que en esta fase adquiere el valor de la consigna leninista; “Todo el poder a los soviets”, y lo hace resguardando la independencia del Partido de la clase obrera, ubicando el enemigo y el problema principal de la etapa, e insistiendo en que el Partido debe crear la conciencia en el pueblo de que “la solución es la revolución proletaria, pero que el socialismo no es un simple cambio de gobierno, de dirigentes, sino la edificación de una nueva civilización que requiere grandes masas conscientes”

Unidad, movilización de masas y supremacía de la política son los elementos claves definidos por Gramsci para enfrentar a la dictadura.

BIBLIOGRAFIA DE AUTORES CITADOS Y MENCIONADOS

Capítulo Quinto

1. Santarelli Enzo, Gramsci sul fascismo, Salemi, Roma, 1970, pag 5
2. Lenin V.I., L' imperialismo, fase suprema del capitalismo, Opere Complete, Riuniti, Roma, 1960, pag.102
3. Gramsci Antonio, “ La reazione”, en Giornale Avanti, Octubre de 1920
4. Gramsci Antonio, “ La reazione...” en Giornale Avanti, Octubre de 1920
5. Gramsci Antonio, “ La reazione...” en Giornale Avanti, Octubre de 1920
6. Gramsci Antonio, “ Per il rinnovamento del Partito Socialista”, Ordine Nuovo, 8 de mayo de 1920.
7. Bordiga A, Il soviet, Ordine Nuovo año IV, N° 11, 15 de mayo de 1921.
8. Bordiga A. “Intervención al IV Congreso de la Internacional Comunista” en Documentos del IV Congreso, Progreso, Moscú, 1966, pag. 366.
9. Gramsci Antonio, Quaderni del Carcere, Riuniti, Roma, 1964, pag.503
10. Gramsci Antonio, Note sul Machiavelli..., Riuniti, Roma,1975, pag.71.
11. Gramsci Antonio, Note Sul Machiavelli...” Riuniti, Roma, 1975, pag 72
12. Gramsci Antonio, Note sul Machiavelli...” Riuniti, Roma, 1975, pag 92
13. Marx Karl, “ La guerra civil en Francia”, en Marx C. y Engels F, Obras escogidas, Progreso, Moscú, 1969, pag. 297.
14. Gramsci Antonio, “ La guerra civil en Francia” en Marx C y Engels F, Obras Escogidas, 1969, pag 298
15. Gerratana Valentino, “Il popolo delle scimmie, tra reazione e rivoluzione passiva”, en varios autores, Gramsci e la cultura contemporanea, Einaudi, Turin.pag. 206.
17. Buci-Glucksmann Ch. Gramsci e lo Stato, Riuniti, Roma,1976, pag. 114.
18. Gramsci Antonio, Sul Fascismo, Riuniti, Roma, 1974 pag.102.

19. Gramsci Antonio, *Sul Fascismo*, Riuniti, Roma, 1974, pag.118
20. Gramsci Antonio, *Sul Fascismo*, Riuniti, Roma, 1974, p.203.
21. Gramsci Antonio, *Note sul Machiavelli...*, Riuniti, Roma, 1975, pag 8
22. Gramsci Antonio, *Note sul Machiavelli...*, Riuniti, Roma, 1975, pag 87
23. Gramsci Antonio, *Note sul Machiavelli...*, Riuniti, Roma, 1975, pag.447
24. Gramsci Antonio, *Note sul Machiavelli...*, Riuniti, Roma, 1975, pag 460.
25. Gramsci Antonio, *Note Sul Machiavelli...*, Riuniti, Roma, 1975, pag.448
26. Gramsci Antonio, *Quaderni del Carcere*, Riuniti, Roma, 1975, pag. 768
27. Gramsci Antonio, *Sul fascismo*, Riuniti, Roma, 1974, pag 67
28. Gramsci Antonio, *Sul Fascismo*, Riuniti, Roma, 1974, pag 334.
29. Gramsci Antonio, *Sul Fascismo*, Riuniti, Roma, 1974, pag 341.
30. Gramsci Antonio, *Sul Fascismo*, Riuniti, Roma, 1974 pag 345.
31. Gramsci Antonio, *Sul fascismo*, Riuniti, Roma, 1974, pag.349.
32. Gramsci Antonio, *Quaderni del Carcere*, Riuniti, Roma, 1964, pag 632.
33. Gramsci Antonio, *Quadernio del Carcere*, Riuniti, Roma, 1964, pag 571.
34. Gramsci Antonio, *Quaderni del Carcere*, Riuniti, Roma, 1964, pag 651.
35. Lenin V.I., “El marxismo y la insurrección”, en *Obras escogidas*, Progreso, Moscú, Vol 2, pag 397

A MODO DE CONCLUSION

1. La elaboración de Gramsci, desde sus escritos en el periódico Orden Nuevo a aquella de los Cuadernos de la Cárcel, implica una vuelta al marxismo de Marx y de Engels después de las modificaciones deterministas y teleológicas introducidas por el marxismo ruso, especialmente durante el período de Stalin.

La obra de Marx fue pensada y elaborada en el escenario de los países que ya alcanzaban un desarrollo capitalista y donde estaban en plena expansión sea los sujetos sociales característicos de esta sociedad – capitalistas propietarios y proletariado desposeído de propiedad mas allá de su propia fuerza de trabajo – como el nuevo tipo de Estado en capacidad de construir procesos hegemónicos durables y sostenidos en la sociedad.

Sin embargo, la primera revolución se produjo en Rusia, -revolución contra El Capital de Marx como la llamó Gramsci utilizando una metáfora - país con escaso desarrollo capitalista y un régimen político zarista que ya no existía en occidente y basado únicamente en un tipo de dominio construida sobre el uso represivo del aparato estatal y apoyado en una formula religiosa de la alegación de los subalternos, es decir en la consideración que el Zar en si mismo encarnaba la divinidad.

Lenin y los revolucionarios rusos advirtieron que el régimen zarista no estaba, como los Estados modernos de Occidente, en condiciones de generar hegemonía, comprendió que había una contradicción de fondo, imposible de resolver que derivaba del propio carácter del zarismo: era incapaz de detener, de frenar el desarrollo incipiente del capitalismo que se transformaba en el principal elemento disgregador “objetivo” de este régimen político.

Lenin vio en la Revolución de Octubre la forma de llenar ese vacío, en un país donde no existía una burguesía ascendente capaz de llevar a cabo una segunda Revolución Francesa.

Este espacio, y es un gran mérito de filosofía de la praxis de los marxistas rusos, fue llenado por la revolución de los soviets que a su vez se muestra incapaz de incorporar las conquistas democráticas derivadas de la revolución burguesa ni tampoco aquellas que ya existían en occidente desde el punto de vista de la superestructura política e ideológica de la sociedad y que nunca estuvieron presentes en la historia rusa.

Es en el Capitalismo donde el Estado alcanza la posibilidad de una dimensión consensual y este no existía en la Rusia zarista. El ámbito de esta revolución, por tanto, solo podía ser el del asalto al poder, la completa liquidación del régimen zarista y la instalación de un régimen totalmente nuevo basado mas en el partido revolucionario que en la clase, de un Estado basado esencialmente en su naturaleza coercitiva e incapaz de desplegar el aparataje conceptual del desarrollo de la superestructura que ya el propio Marx había avizorado para Occidente.

Esta necesidad política conllevó un cambio teórico profundo del marxismo de Marx y una adecuación en clave esquemática y naturalística de sus contenidos que se agudiza después de la muerte de Lenin y se torna irreversible en el largo dominio político ejercido por Stalin.

Lo que hace Gramsci es reelaborar un marxismo para un Occidente que ya, en tiempos de Gramsci, distaba del Occidente que el propio Marx y Engels había conocido y, por tanto, incorpora, enriquece el marxismo, realiza, desde el punto de vista conceptual, una verdadera revolución copernicana del

marxismo, con una visión de la filosofía de la práctica cuyo objetivo era analizar las relaciones de poder de la sociedad en las nuevas condiciones que el proletariado y las clases subalternas enfrentaban y que en el caso de Italia agrega el surgimiento y el predominio del régimen fascista como régimen de masas.

Al estudiar a Gramsci hay que siempre tener presente que el era no solo un filósofo sino un político, el líder del Partido Comunista Italiano, y que por tanto el interés primordial de su elaboración, que no es neutra ni solamente teórica, es la transformación radical de la sociedad capitalista y para ello reinterpreta y crea instrumentos conceptuales adecuados a este objetivo.

Gramsci, marcando su distancia de la elaboración de Bujarín¹ y del marxismo estalinista, señala en los Cuadernos de la Cárcel : “ La experiencia en la cual se basa la Filosofía de la práctica no puede ser esquematizada, ella es la historia misma en su infinita variedad y multiplicidad”².

Filosofía de la praxis como sinónimo de marxismo – que Gramsci usa en los Cuadernos seguramente para sobrepasar la revisión de sus escritos por parte de sus carceleros - pero a la vez como novedad mas allá del horizonte teórico clásico.

Gramsci rechazaba la visión teleológica de la historia humana y la reducción de la filosofía de la práctica al determinismo naturalístico. Tal como apunta correctamente en un reciente libro el antropólogo norteamericano Kate Crehan³, para Gramsci el marxismo mismo debía ser considerado como una nueva síntesis cultural que capturaba los momentos teóricos, económicos y políticos de la era capitalista con todas sus contradicciones. Filosofía de la praxis que al captar esas contradicciones adquiere ese ca-

rácter contradictorio y, por tanto, provisorio en sus formulaciones. El de Gramsci es, por tanto, un marxismo abierto, sin elementos preconstituídos derivados mas bien de las interpretaciones teleológicas y desprovisto de la naturaleza evolutiva que la concepción determinista implicaba.

El propio concepto que Gramsci acuña de filosofía de la praxis, ya no solo como sustitutivo de marxismo, conecta elementos antes separados, enfatiza la función de la filosofía en el contexto de una teoría que tiene como epígrafe la famosa de la Tesis XI sobre Fuerbach de una filosofía que no solo interpreta sino que es la herramienta para cambiar el mundo. La “herejía” que el propio Gramsci reconoce como tal, consiste en alzar en el plano de la “verdad” aquello que siempre estaba referido a lo particular, a los contingente, a lo instrumental , a la fuerza.

Gramsci exalta, por tanto, el carácter filosófico del marxismo y con ello fija, como también lo haría Korcsch⁴, el objetivo del socialismo, **en su fin y durante todo su camino**, como una batalla para la realización de la libertad. Esto lleva a Gramsci a leer la dimensión materialista del marxismo en clave de práctica, de filosofía de la práctica o mejor dicho en un nexo entre filosofía y política, práctica y libertad. Esto es esencial en el nuevo marxismo gramsciano toda vez que como señala Francesca Izzo⁵ le permite a Gramsci liberar – a través de un concepto reabstracción histórica determinada y de trabajo como conjunto – el factor económico que fue tan predominante en la elaboración de Marx.

Pero Gramsci cumple otro paso en el desarrollo de la filosofía de la praxis. Nacionaliza culturalmente el marxismo, busca desentrañar de la historia aquellos elementos que lo ligan a la filosofía y a la cultura de una determinada realidad, integra el marxismo a esa cultura nacional – y de allí el

cronograma que emprende en los Cuadernos de la Cárcel -, busca construir un horizonte teórico “fur ewing”, trascendente, de manera que el marxismo se enraíce en una interpretación de la historia, forme parte de ella y con ello nacionalice al propio proletariado como clase subalterna para que este, y su teoría, asuman todo lo progresivo de la historia y con ello esté en condiciones de convertirse en clase hegemónica de la sociedad.

Cuando Gramsci estudia el Renacimiento en una perspectiva de enriquecimiento de la filosofía de la práctica, lo hace porque este representaba una gran revolución cultural cuyo propósito era crear un nuevo tipo de hombre de las clases dominantes, un movimiento humanista elitista, circunscrito a las clases dominantes, y que daba luces de la portada histórica que la revolución proletaria debía adquirir en Occidente.

2. El aporte general más relevante de Gramsci al marxismo, a la filosofía de la praxis y a las ciencias políticas, consiste en producir el paso de la economía - que había sido el terreno base de la elaboración de Marx - a la supremacía de la política.

Para ello Gramsci realiza una operación filosófica de magnitud: **cambia la visión negativa de Marx de la ideología** - sobre todo en el período anterior a su propia reelaboración en La Ideología Alemana 6 que desgraciadamente Gramsci no conoció – **a un concepto positivo de ella y de la superestructura**. Para Marx la ideología era “falsa conciencia” y la percibió como un fenómeno derivado y dependiente de la estructura económica.

Es cierto que Marx revisó parcialmente esta concepción y sea en el Prefacio de la Crítica de la Economía Política⁵ que, sobretudo, en La Ideología Alemana 6, Marx se mueve hacia una visión más neutral de la ideología y

con ello contribuye a la propia elaboración de Gramsci y en gran medida también a la Lenin que en las condiciones de una revolución en la Rusia zarista distingue que el momento de la subjetividad y no el determinismo histórico resultaba esencial para llevar a cabo una revolución en un país sin desarrollo capitalista.

En efecto, en el Prefacio del 59 Marx afirma : ” Una distinción debe siempre ser hecha entre la transformación material de las condiciones económicas de producción, que puede ser determinada con la precisión de la ciencia natural, y las formas filosóficas , estéticas, religiosas, políticas o legales, en suma ideológicas, en las cuales los hombres se hacen conscientes de este conflicto y luchan acerca de él ”7.

Este pasaje, que Marx profundizó, no sin contradicciones dado que lo refiere a los “ideólogos” de la clase burguesa en La Ideología Alemana, fue, sin embargo, crucial para la elaboración gramsciana y para la afirmación de su postura positiva del rol de la ideología, que deja de ser un “reflejo” de la infraestructura y se transforma en un factor que adquiriría autonomía en el contexto de la superestructura . También fue importante la elaboración tardía de Engels que en 1880 al enfrentar el positivismo, que reducía el materialismo histórico a un extremo determinismo económico, debió realizar una operación filosófica de “liberar” la superestructura y admitir una interacción con la economía 8.

Tal como lo aborda el sociólogo chileno Jorge Larraín 9, el cambio de un concepto negativo de la ideología a uno neutral o positivo ya había sido emprendido por Lenin – para quien era una necesidad imperiosa para fundamentar el valor del subjetivismo en la revolución rusa – y por Lukács.

Sin embargo, dice Larraín, yo comparto esta visión, “ el problema principal de Lenin y Lukács es que no pudieron resolver convincentemente la oposición entre la conciencia espontaneas y la ideología socialista, entre la conciencia imputada y la conciencia psicológica, entre la filosofía y el sentido común. Estos pares se convirtieron en dicotomías que separaban el mundo perfectamente lúcido de la ciencia, del mundo incoherente y distorsionado de la conciencia espontanea”¹⁰.

Justamente el valor de la elaboración de Gramsci es que supera esa dicotomía e instala una visión mucho más creativa del concepto positivo de la ideología y le construye un escenario para su desenvolvimiento. Ello, porque Gramsci liga ideología a hegemonía, a una nueva definición de sociedad civil y produce un novedoso paso desde lo económico al momento ético político, a una revolución que debía adquirir la calidad ética suficiente para ser hegemónica. Este paso de lo objetivo a lo subjetivo, que caracteriza la definición positiva de ideología en Gramsci, es lo que él denomina “catarsis”.

Este paso es clave dado que Gramsci llegó a la conclusión que la visión negativa de la ideología estaba ligada estrechamente a una concepción economicista, dominante en el marxismo, incapaz de cambiar la estructura y ese sentido era solo apariencia. La fuerza de la interpretación gramsciana de ideología, en tanto concepto positivo, se deduce de la necesidad que tiene el momento hegemónico de considerar e incorporar las creencias populares que para Gramsci son tan poderosas que tiene la misma energía que una fuerza material.

Por ello es que Gramsci estudia la ideología en cuatro momentos distintos, pero a su vez asociados, de presencia : la filosofía, la religión, el sentido común y el folklore. Es esta simbiosis lo que permite a Gramsci establecer

estadios distintos del desarrollo de la ideología, que en Lenin y Lukács se habían mantenido en su generalidad abstracta, destaca el valor positivo de la ideología en cada uno de sus expresiones y, a la vez, llegar a la conclusión que solo la Filosofía de la Práctica estaba en condiciones de servir al proletariado para cambiar la sociedad.

En los Cuadernos de la Cárcel, Gramsci reelabora, reinterpreta y crea un nuevo léxico teórico para la revolución en occidente que constituirá su gran aporte a la ciencia política, a la filosofía, a la antropología, pero sobre todo a la lucha popular . Es este patrimonio intelectual lo que permite que Gramsci mantenga vigencia y actualidad aún después del derrumbe del comunismo constituido en poder y sociedad.

3. Un concepto esencial del nuevo léxico gramsciano es el de “bloque histórico”¹¹, situándolo en una determinada fase dentro de una misma formación social, comprendiendo, con ello, el desarrollo no sólo como una ruptura, sino también en un sentido evolutivo e histórico.

Gramsci sostiene que, para entender con precisión un determinado período histórico, es necesario conocer las particularidades de la articulación entre estructura y superestructura, es decir del bloque histórico específico, lo cual varía no sólo de una formación socioeconómica a otra, sino dentro de un mismo modo de producción.

Para ello estableció la variante tiempo histórico, prefiriendo siempre estudiar sea la estructura que su expresión superestructural en el contexto del conjunto de las relaciones sociales. Esta relación es la que permite efectivamente trasladar el desenvolvimiento de la superestructura ideológica al plano social, es decir, realizar una traducción del nexo en una organización social concreta.

En este aspecto, lo que constituye la novedad de Gramsci es, en primer lugar, el carácter orgánico y de interacción que atribuye a las esferas del bloque histórico y, en segundo lugar, el hecho de considerar que la unidad, la relación entre ambas esferas, está fusionada por la ideología, en una versión positiva de ella, por lo que resulta obligatorio hacer un análisis concreto de cada bloque histórico y de los cambios que en ellos se producen para distinguir entre lo orgánico y lo ocasional.

A partir de la propia elaboración de Marx y más allá de ella, Gramsci rechaza la concepción mecánica del materialismo histórico, que subordina en términos absolutos las experiencias culturales e ideológicas de la sociedad a la estructura económica.

Gramsci escribía “el bloque histórico indica el proceso a través del cual el Estado armoniza sus funciones de sociedad civil y sociedad política y se torna hegemónico”¹²

Sin embargo, esto no significa que Gramsci deprecie, como algunos autores críticos de Gramsci lo afirman, el rol de la estructura. Para él lo central es como nace el movimiento histórico a partir de las características que adquiere la estructura económica de la una determinada sociedad. Es decir, todo evento histórico, una clase, una relación social, se configura a partir del dato orgánico, la estructura de la sociedad en un lugar y en un tiempo determinado.

Sin embargo, la novedad esencial en Gramsci está dada por el carácter filosófico que le atribuye al desenvolvimiento de la estructura y, en mi opinión, él trasciende en sus escritos últimos de los Cuadernos de la Cárcel, esta división simplificada y estratifica en que se presentan en el marxismo clásico estas categorías, ya que las cruza, en su conjunto, con el rol de la

filosofía, de la cultura, dado que la propia estructura representa un conjunto de relaciones sociales.

Esto implica que Gramsci desarrolla dos procesos completamente novedosos para el marxismo. De una parte confiere una dialéctica de autonomía a las ideas, que pueden avanzar, estar más allá, de la estructura y con la cual no hay una relación de dependencia, es decir las libera del determinismo economicista, y, de otra parte, establece que las propias relaciones materiales no pueden ser abordadas como si fueran fenómenos a estudiar por la física, la química o las ciencias naturales, sino en su dimensión filosófica, ideológica, en tanto relación social entre seres humanos.

Esto significa, como bien lo señala Antonio Cortés¹³ que él ve la materia misma como relación histórica, a la propia propiedad privada como una relación de poder totalizante, en tanto total, por tanto, susceptible de ser analizada por la filosofía de la praxis y no solo por la economía.

Gramsci no abandona, por tanto el materialismo histórico y se convierte solo en el “teórico de la superestructura”, sino que su concepción de la filosofía de la práctica justamente busca establecer los nexos, las conexiones, liberando también de esta forma a la propia estructura del aislamiento y de la pasividad en la cual la ortodoxia marxista la había recluido.

Para ello Gramsci construye a través del Bloque Histórico la subjetividad de la práctica que se expresa en la relación de estructura y superestructura y donde el nexo se produce en el ámbito de una abstracción ligada a la subjetividad y por tanto a la ideología, a la filosofía. Por tanto, para Gramsci, la distinción entre ambas esferas del Bloque Histórico es de doble dependencia, es lógica, “didascálica” como diría Gramsci, porque lo material no

se podría concebir sin la ideología que las recubre y las justifica o critica y la ideología serían “fantasmas” sin las relaciones materiales.

Por tanto, Gramsci se contrapone completamente a lo escrito por Stalin en su libro *El Marxismo y la lingüística*, “la superestructura es creada por la base para servirla”¹⁴, para el cual la ideología era algo artificial, superpuesto mecánicamente y no como parte de un proceso histórico de interrelación.

Esta elaboración, a través de la relación de liberación e interacción de ambas esferas en el bloque histórico, es uno de los grandes aportes de Gramsci al rol de la cultura en la formación del proceso de hegemonía y en la configuración de una estrategia política completamente diversa a la instalada por el estalinismo por decenios en el movimiento comunista.

4. Clave, en la redefinición de la nueva estrategia diferenciada para Occidente que elabora Gramsci, es el de determinar el alcance del concepto de sociedad civil y el vínculo que esta establece con la sociedad en general. Gramsci separa, de una parte, la sociedad civil de la esfera de las relaciones económicas y la coloca en la superestructura, concediendo a ésta un papel autónomo y dinámico radicalmente distinto del que tiene la visión clásica.

De otra parte, distingue, en la superestructura, el momento fundamental del consenso, que es típico de la sociedad civil, del momento coercitivo de la ley, que por el contrario es típico de la sociedad política, es decir del Estado, del cual elabora una visión ampliada de su carácter.

Señalamos ya que la reconceptualización gramsciana de la sociedad civil representa una novedad no sólo respecto de Marx sino de la cultura filosófica y política en general.

Gramsci, confiere al concepto de sociedad civil un ámbito más restringido que el de Marx, dado que excluye de ella la estructura económica, y le da un contenido absolutamente moderno, radicado totalmente en la superestructura. La sociedad civil es el lugar específico de la producción del consenso y, por tanto, la base real, la garantía de la estabilidad del Estado, la sede del desarrollo de la hegemonía.

Es el contenido ético del Estado. A través de la sociedad civil, el Estado forma el consenso, trata de elevar a la población al nivel de las exigencias del modelo productivo. Es aquí donde se produce el paso de lo objetivo a lo subjetivo, de la economía al programa político, y a la ética, de la necesidad a la libertad y a este proceso, como hemos dicho, Gramsci le llama “catarsis” con lo cual logra un punto de partida de una visión más elaborada que la de Marx.

En definitiva, la elaboración gramsciana, como intentado demostrar, es la única teoría política de la transición formulada por un teórico de génesis marxista e implica la superación de la dicotomía entre superestructura y estructura - lo que en el plano filosófico representa la superación de la subordinación de la ideología de la materia, que es el punto de partida de muchos de los elementos conflictuales y unilaterales presentes en la “esencia” del marxismo - , la superación de una visión reductiva del Estado que ha visto en este sólo un órgano coercitivo que a juicio de Lenin era necesario “destruir” como condición para acceder al “poder obrero”.

5. El centro de toda la concepción de la superestructura de Gramsci y de su extensión del concepto de Estado, sea respecto de Marx, pero en general, de la filosofía política de la época, reside en el tema de la hegemonía.

A través de ella se expresa la relación entre sociedad civil y Estado, la dialéctica entre consenso y autoridad, la diferencia entre -“guerra de posición”- que comporta una profunda reforma intelectual y moral como la difusión de una nueva hegemonía que transforma la filosofía en “sentido común” de la sociedad - y “guerra de maniobras”- que era el modelo típico de las revoluciones jacobinas pasando por la francesa, la rusa y por la mayoría de eventos de los últimos dos siglos y que comportaron siempre, como común denominador, la idea del asalto, del acto palingenético, la utilización de la violencia como “partera de la historia”- y redefine el papel de los intelectuales y, con mayores límites. el del propio partido-príncipe. Este conjunto de nuevas definiciones o la reformulación moderna de ellas, es el nudo de la elaboración gramsciana y, sin duda, su mayor aporte filosófico al marxismo y a la teoría política en general.

Al respecto hay que siempre tener presente que el centro de la atención teórica de Gramsci fue indagar sobre las relaciones de poder y la formas como la cultura, la filosofía de la práctica era capaz de elevar al proletariado a clase dominante, construyendo hegemonía antes de ser dominante y después de haber alcanzado este objetivo, como un proceso, por tanto, perenne.

Gramsci afirma, en sus Cuadernos de la Cárcel, que “el momento de la hegemonía o de la dirección cultural es el momento esencial de la más moderna filosofía de la práctica”¹⁵.

Aquí, como en la formulación del “partido príncipe”, se vincula a Maquiavelo para tomar en su propia noción de hegemonía esta doble naturaleza del centauro maquiavélico, “de la bestia y del hombre”, de la violencia como factor que, en definitiva, por si solo, no logra construir una nueva civilización.

Hay que tener presente que para Gramsci, Maquiavelo representó una alternativa progresista y moderna al feudalismo¹⁶

Gramsci lo reivindica como el único intelectual que expresó las exigencias nacionales y cuyo pensamiento e influencia sirvió de transición entre el estado corporativo de la Comuna y el estado moderno absolutista, portador de un programa democrático-agrario. Gramsci presenta a Maquiavelo como un verdadero jacobino, adelantado a su tiempo, ya que la idea del príncipe unificador encarna una voluntad colectiva de romper con la estructura feudal, con el papado – que representaba una de las dificultades para la unidad de los diversos estados italianos – y veía en la organización de las clases productivas de la época el motor de esta acción. Un Maquiavelo que pensaba y escribía para la acción política inmediata y autónoma, un pensador moderno, pero, a la vez, un “profeta desarmado” ya que carecía de poder para llevar a cabo sus ideas.

En mi opinión, la estrategia de hegemonía de Gramsci supera definitivamente, en términos teóricos pero también históricos, a la noción de “dictadura del proletariado”¹⁶ que nace con Marx, que no alcanzó a conocer el desarrollo de la incipiente democracia occidental, que absolutiza Lenin de acuerdo a las necesidades de la revolución Rusa y que Stalin transforma en “dictadura del partido comunista”.

Sin embargo, el concepto de hegemonía en Gramsci no es reducible a una contraposición entre el consenso y la fuerza toda vez que aún cuando este se da en la sociedad civil, se da en la perspectiva de convertirse en Estado y el Estado es coerción legalizada, y es consenso, cuando el Estado es democrático. Por tanto, en Gramsci el concepto de hegemonía es flexible y no reducible a una sola impostación.

Pero hegemonía, es en Gramsci un poder basado en la persuasión, en la creación de una voluntad colectiva nacional popular, es sinónimo de dirección cultural, es el componente obligatorio de la ampliación social e ideológica del Estado en general, es un momento de medición entre teoría e historia, un momento de tránsito de la filosofía de la praxis a la ciencia política.

Como bien lo señala Kate Crehan “la hegemonía en Gramsci implica siempre una actividad práctica que comprende las relaciones sociales que producen desigualdad así como las ideas que han justificado, explicado y normalizado estas desigualdades”¹⁷. Es decir, no es solo ideología, es movimiento social con las complejidades que ello expresa.

Todo esto implica un verdadero repensamiento de la política, desde Maquiavelo a Marx, una reelaboración sea de la sociedad civil que de la sociedad política. Cambia el concepto de “revolución permanente” del Marx del 48 18 y de Trosky¹⁹ posteriormente, como la estrategia eminentemente jacobina de Lenin en el escenario ruso.

Desaparece, con Gramsci, la hora X, la idea tan cobijada en la izquierda marxista leninista, de la secuencia; espera – acumulación de fuerzas- preparación del salto definitivo- asalto al poder como acto único y resolutivo y, en cambio, se disemina la lucha hegemónica dentro de la sociedad civil y los aparatos de hegemonía, en una búsqueda permanente e ininterrumpida de soluciones incorporadas en un proyecto transformador que señala la capacidad de ser fuerza dirigente –no excluyente- dentro del Estado que se quiere socializar.

Como bien señala el sociólogo Antonio Cortés “uno de los proyectos dominantes alternativos se tornará hegemónico respecto de los restantes si,

en primer lugar, se haya respaldado por la mayores jerarquías de la intelectualidad, en segundo lugar, si recoge la cultura nacional – popular y, en tercer lugar, si está en condiciones estructurales de aceptar lo estatal, o sea, el interés general”²⁰. Traigo esta cita, porque coincido con Cortés y creo que ella expresa bien el esfuerzo teórico de Gramsci. La hegemonía no es un proceso único y para siempre, debe renovarse constantemente antes y después que los sectores subalternos acceden al poder. Esta hegemonía debe expresarse en un proyecto nacional y popular, es decir en historia y en pueblo en general más allá del proletariado, y debe además, generar un Estado que represente el interés general, o sea el interés de todos los ciudadanos. El nuevo poder es legítimo si es capaz de representar la voluntad colectiva nacional.

Para Gramsci, por tanto, la hegemonía exige una constante capacidad para renovar la legitimidad y para construir nuevas esferas de consenso y de productividad cultural, de manera tal, que el conflicto por la hegemonía queda siempre abierto, no se gana de una vez para siempre, está en disputa y ello prefigura la posibilidad de la alternancia. Son temas completamente ausentes en el marxismo clásico y, más aún, en el ortodoxo.

La concepción de hegemonía supone un régimen político de libertades y Gramsci lo señala claramente; “somos liberales, aún cuando somos socialistas”. “El liberalismo en cuanto a costumbres, hábitos, reglas, es condición ideal e histórica del socialismo”²¹ Es decir, Gramsci supera la idea de Marx y de Lenin del Estado – fuerza, de puro aparato coercitivo, y le contrapone la idea de la sociedad regulada y de una libertad orgánica donde Estado se identifica con sociedad civil.

En Gramsci el Estado, dicho reductivamente, deja de ser “el comité de gestión de los asuntos burgueses” como lo llamaría en un pasaje Marx 22, o “excrecencia represiva” de Lenin²³ que pensaba sobretodo en el Estado zarista. El Estado ya no se reduce en Gramsci al momento de la fuerza sino que, además, engloba prioritariamente el momento de la producción del consentimiento por medio de los “aparatos ideológicos” y a través de la interacción con la sociedad civil.

En este punto, hay críticas a Gramsci de parte de algunos estudiosos – pienso en Perry Anderson²⁴ – que sostiene que Gramsci habría ubicado la coerción en el Estado y la ideología en la sociedad civil. Gramsci ubica la ideología en la superestructura y, por ende, ella juega un rol sea en la sociedad política, cuando el Estado es amplio y capaz de ejercer hegemonía, como en la sociedad civil donde se forma la hegemonía de la clase ascendente.

Para Gramsci este Estado, en referencia al estado liberal democrático o al como debiera configurarse el estado socialista, es Coerción + hegemonía y es la hegemonía ideológica y cultural la que permite, en última instancia, una dominación basada en el consenso.

He explicado en el texto como en la elaboración gramsciana de hegemonía hay una notable influencia del neoclasicismo griego, del Renacimiento italiano, de Maquiavelo, de una síntesis creadora que va desde Robespierre a Kant, y, sobre todo, del neoidealismo de Benedetto Croce, particularmente en lo que se refiere al rol de la cultura, del pensamiento en el desarrollo de la historia y al lugar y función de los intelectuales en un bloque histórico.

En la reelaboración del concepto de Hegemonía es vital el nuevo concepto de ideología y la composición de ella que surge de la elaboración Gram-

sciana a lo cual ya hemos hecho referencia. Para Gramsci hay “ideologías orgánicas” ligadas a una determinada estructura económica, e “ideologías arbitrarias” que corresponden a percepciones individuales. A la vez Gramsci, que como hemos visto va más allá de las visiones genéricas de Lenin y de Lukacs, concibe la en cuatro formas de distinto peso intelectual: la filosofía, la religión, el sentido común y el folklore y es en esta distinción donde funda parte importante de la investigación de los Cuadernos de la Cárcel.

Es el sentido común el que permite a Gramsci visualizar que no hay ideologías puras – como en cambio creía Lenin - ni en el ámbito de la burguesía ni en la ideología proletaria. Hay contaminación, dado que la ideología se socializa no solo entre filósofos o especialistas sino principalmente en las masas a través del sentido común, de una forma y en las creencias populares que tiene una enorme potencialidad.

Podríamos decir, que en la extensión del Estado y en la supremacía de la política, entendida como la búsqueda de consenso, persuasión, liderazgo, construcción de un proyecto interpretativo de la voluntad colectiva nacional radica la novedad que Gramsci construye a través de la noción de hegemonía.

6. En los Cuadernos de la Cárcel 25, Gramsci pone el acento en el valor moral y político de la cultura que concibe integrada de tres factores principales: la historia, la obra de los intelectuales y el fin ético-político de la creatividad.

Estos factores se entrelazan cuando se socializan los conocimientos y se pone de relieve el carácter historicista del consenso colectivo que cada época genera y el carácter de la propia conciencia crítica que es capaz de colocar en cuestión, como condición de desarrollo, todo dogma, todo precepto fijo.

Gramsci concibe al intelectual, desde el punto de vista filosófico, como el lugar principal de creación de la actividad nacional y como ideólogo y científico, como político y científico, como un verdadero “promotor” de la persuasión y, por tanto, analiza esta categoría de manera nueva: a partir de su función en la sociedad ya que en tanto “funcionarios de la superestructura” mantiene compacto un determinado bloque histórico, pero, a la vez, dado que poseen autonomía respecto de la estructura económica y de los modelos establecidos, son, también un factor de autocritica del sistema y de los cambios de éste.

El tema de la relación entre cultura y política, vinculado al papel de los intelectuales, es para Gramsci central en la conformación de la hegemonía.

En los escritos anteriores a los Cuadernos de la Cárcel, Gramsci ponía énfasis especial en el valor moral de la cultura, tema siempre importante en él a partir de su vínculo con Gobetti²⁶ y con Croce²⁷. En los Cuadernos de la Cárcel, Gramsci analiza de manera más directa el papel político de la cultura, que es la verdadera productora de la hegemonía, del despliegue de la guerra de posición y de la formación del consenso.

Hay momentos en que Gramsci se refiere estrictamente a la cultura humanista en el ámbito de una concepción historicista, con la finalidad de conformar el carácter de la conciencia y de la voluntad del hombre colectivo. Otras veces, explica la cultura en sentido antropológico como expresión de la vida propia de un pueblo. De allí el gran valor político e ideológico que confiere a la cultura que podría considerarse integrada por tres elementos principales:

La historia, la obra de los intelectuales y el fin ético político.

A través de la guerra de posición se producen las transformaciones culturales en la sociedad civil para lo que se requiere una verdadera socialización de los conocimientos precedentes a fin de poner de relieve su carácter historicista, permitir el surgimiento del consenso colectivo —que supone ya una fase superior de internalización de nuevos valores, superando los adquiridos con anterioridad - y de la propia conciencia crítica; es decir de un instrumental metodológica que ponga en cuestión todo dogma, todo precepto fijo y, en definitiva, acerque a la ciencia.

Su meta es el desarrollo de la filosofía práctica, que constituye el momento superior entre la reforma protestante y la Revolución Francesa. Ella será la base para la creación de un grupo propio de intelectuales y para la educación de las masas populares, que de esta forma pueden superar la cultura idealista. Al respecto es válida la contribución del iluminismo francés que supo llegar a las masas campesinas y desarrollar un espíritu laico en la cultura.

El interés de Gramsci es indagar acerca de la cultura de masas, ya que concibe el quehacer cultural como elemento esencial de la reforma intelectual y moral, base de la transformación de los aparatos ideológicos del Estado y del Estado mismo. Justamente, esta posición de plena valoración de la cultura y de la supremacía de la política le valió a Gramsci fuertes difidencias por parte del marxismo oficial que lo acusó de intelectualismo y de aislar metodológicamente los factores culturales de la estructura económica.

Gramsci, en el vínculo orgánico del bloque histórico, identifica el papel de los intelectuales como categoría específica. Es el teórico marxista que dedica más espacio a la definición de la función de los intelectuales y a su integración social, ya que este problema está indisolublemente ligado

a la formulación de una estrategia de cambio que tenga necesariamente en cuenta la tendencia creciente a la modificación radical de la estructura social que se genera con el paulatino desarrollo y del conjunto de sistema de producción capitalista.

Como hemos analizado la concepción gramsciana de los intelectuales se articula a partir de tres fuentes. Una de orden político social: los intelectuales son funcionarios de los grupos dominantes a nivel del Estado. Otra, de orden filosófico: el intelectual como lugar de creación del conjunto de la actividad nacional. La tercera, de orden cultural: el intelectual como ideólogo y científico, como político y científico, como “activista de la persuasión”.

Es decir, los “intelectuales orgánicos” son para Gramsci una categoría ideológica del grupo social dominante.

Sin embargo en la función del intelectual no hay un simple reflejo pasivo de la estructura socioeconómica, sino una autonomía que más que derivar del origen social del intelectual, deriva de su inserción en las diversas concepciones culturales.

Muchas veces el intelectual se transforma en la conciencia crítica del sistema y en otras en una conciencia autocrítica del sistema, lo que permite a los grupos dominantes, en este último caso, no aparecer en primera persona en la gestión del conflicto social. Desde el punto de vista de la cualidad de las funciones intelectuales, Gramsci distingue diversas categorías, que van desde el gran intelectual al intelectual subalterno.

El primero es el creador de la nueva concepción del mundo y de las disciplinas que de ella derivan y cuyo prestigio trasciende la esfera de la con-

fluencia propiamente política. La segunda es la de los organizadores, lo que hoy llamamos operadores culturales, que tienen una importancia significativa en la preparación del terreno social de extensión de la hegemonía a nivel de la sociedad civil. Gramsci otorga gran significado, también, a los divulgadores de la ideología y de la cultura adelantándose al significado que ésta categoría tendía en el futuro.

Vigente es la calificación que hace de la combinación especialista más político de la naturaleza y el valor de las tradiciones, del folklore, del lenguaje, de la religión en la formación de la subjetividad colectiva; de la cultura nacional-popular; del sentido común y que constituyen las bases de una teoría de la cultura que crea conciencia social y, a la vez, civilización.

De ésta forma, democracia política es en Gramsci la tendencia a hacer coincidir a gobernantes y gobernados, es la transformación de las exigencias de la sociedad civil en derechos, pero, obtenido esto y por tanto, más allá del liberalismo formal, es la consolidación de éstos derechos en comportamientos y decisiones autónomas de la colectividad, basada en sólidos principios éticos y en una perenne transformación cultural.

BIBLIOGRAFIA DE AUTORES CITADOS Y MENCIONADOS

1. Vease Bujarin Nicolás, Manuale Popolare di Sociologia Marxista, La Nuova Italia, Firenze, 1977
2. Gramsci Antonio, Quaderni del Carcele ,Einaudi, Torino, 1975, pag 827
3. Vease Crehan Kate, Gramsci, Cultura e Antropologia, ARGO, Lecce
4. Vease korscho K, en Gramsci dopo Gramsci, Caponi Editori, Lecce , 1986
5. Vease Marx Karl, Lineamenti Fondamentali di Critica dall Economia Politica, Riunite, Roma, 1967
6. Vease Marx Karl, L Ideologia Tedesca, Opere, Riuniti, Roma, 1986
7. Marx Karl Lineamenti Fondamentali di Critica dall Economie politica, Riuniti, Roma, pag 42
8. Vease Engels F, Crehan Kate,Gramsci Cultura e Antropologia, ARGO, Lecce, 2010
9. Vease Larraín Jorge, El Concepto de Ideología, LOM, Santiago, 2008
10. Larraín Jorge, El Concepto de Ideología, LOM, Santiago, 2008, pag 120
11. Vease Gramsci Antonio, Quaderni del Carcele, Einaudi, Torino, 1975,
12. Vease Gramsci Antonio en Antonio Cortés, Gramsci Teoría Política, América Latina Libros, Santiago, 1989. pag 95
13. Vease Antonio Cortés, cita N° 12
14. Stalin José, Obras Escogidas, Lenguas Extranjeras, Moscú, 1951, pag 214
15. Marx Karl, en Antonio Cortés,Gramsci: Teoría Política,América Latina Libros, Santiago, 1989, Pag 162
16. Vease Gramsci Antonio en Sanguinetti, Gramsci e Machiaveli, Laterza, Bari, 1981
17. Crehan Kate, Cultura e Antropologia, ARGO, Lecce, 2010, Pag 82
18. Vease Crehan Kate, Cultura e Antropologia, ARGO, Lecce, 2010

19. Vease Crehan Kate, *Cultura e Antropologia*, ARGO, Lecce, 2010
20. Cortés Antonio, *Gramsci: Teoría Política*, América Latina Libros, Santiago, 1989, Pag 100
21. Gramsci Antonio en Cerroni U., *Lessico Gramsciano*, Riuniti, Roma, 1978, pag 49
22. Marx Karl en cerroni Umberto, *Léxico Gramsciano*, Riuniti, Roma ,1978, pag 75
23. Lenin Wladimir, *Lo Stato e la Rivoluzione*, Riuniti, Roma, 1960, pag 72
24. Vease Perry Anderson, *Consideraciones sobre el Marxismo Occidental*, Siglo XXI, Madrid
25. Vease Gramsci Antonio, *Quaderni del Carcele*, Einaudi, Torino, 1975
26. Vease Gobbeti P., *Scritti Politici*, Einaudi, Torino, 1970
27. Vease Croce Benedetto en Matteucci, *Filosofia Della Prassi*, Giufre, Milano, 1981
28. Vease Marx Karl, *Il 18 brumario*, Riuniti, Roma, 1962
29. Cuoco, in *Quaderni del Carcele*, Einaudi, Torino, 1975, pag 1300
30. Gramsci Antonio, *Quaderno del Carcele*. Einaudi, Torino,1975, pag 1131
31. Bobbio Norberto, *Saggio su Gramsci*, Feltrinelli, Milano, 1990, pag 42
32. Vease Santucci Antonio, *Gramsci*, LOM, Santiago, 2005,
33. Santucci Antonio, *Gramsci*, LOM, Santiago, 2005, pag 21
34. Santucci Antonio, *Gramsci*, LOM, santiago, 2005, pag 21
35. Vease Said Edward, Jorge Larraín, *El Concepto de Ideología*, LOM, Santiago, 2008

GRAMSCI
ANTONIO LEAL